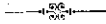


BIBLIOTECA GALLEGA, vol. 13

JOAQUÍN DE ARÉVALO



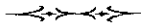
# OCIOS DE CAMAROTE

(COLECCIÓN DE CUENTOS CORTOS)

CON UN PRÓLOGO

DEL

EXCMO. SR. D. LEANDRO DE SARALEGUI



LA CORUÑA

ANDRÉS MARTÍNEZ. EDITOR.

1888



# OCIOS DE CAMAROTE



BIBLIOTECA GALLEGA. vol. 15.

---

JOAQUIN DE ARÉVALO



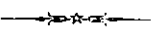
# OCIOS DE CAMAROTE

(COLECCIÓN DE CUENTOS CORTOS)

CON UN PRÓLOGO

DEL

Excmo. Sr. D. Leandro de Saralegui y Medina



LA CORUÑA

ANDRÉS MARTÍNEZ, EDITOR

1888

---

**Es propiedad**

---



## PRÓLOGO

---

Necesitaríamos desconocer la ilustración de nuestros lectores para proponernos demostrar en este momento la importancia real y positiva de la *Biblioteca gallega* que publica en la Coruña nuestro distinguido é ilustrado amigo el Sr. D. Andrés Martínez Salazar y de cuya publicación viene á formar parte la interesante colección de artículos literarios del Sr. Arévalo, reunidos y coleccionados bajo el título que encabeza este libro.

Verdaderamente no es ni puede ser un misterio para nadie la existencia de una gran riqueza intelectual, científica y literaria, en las cuatro provincias hermanas, como no lo es tampoco la serie de dificultades en que ha tropezado siempre la realización de empresas co-

---

mo la que el Sr. Martínez Salazar ha conseguido realizar ya en gran parte en la Coruña, triunfando de toda clase de obstáculos y de todo linaje de contrariedades.

Si á esto se añade la consideración del acierto, el gusto y la inteligencia que han presidido la elección de las obras publicadas hasta ahora por la *Biblioteca gallega*, inéditas y de actualidad las unas, olvidadas ya ó desconocidas por completo otras, útiles, interesantes y excelentes todas, bajo los diferentes puntos de vista de su especialidad y de su objeto, nada nos resta que añadir á nosotros para encarecer el mérito de la publicación y contribuir á proporcionarle la envidiable acogida que el público le ha dispensado desde un principio, con tanta espontaneidad como justicia.

Comprendiendo perfectamente la índole y el carácter de la empresa que tiene á su cargo, las exigencias de la opinión y las circunstancias peculiares de la época que atravesamos, el Sr. Martínez Salazar, tanto como en la acertada elección de las obras que ha dado á luz hasta el día la *Biblioteca gallega*, ha demostrado especial discreción y exquisito tacto en el orden á que viene subordinando el desarrollo del plan que se ha trazado, sin excluir de la traducción práctica de su pensamiento género alguno de producción literaria, sino, por el contrario, acogiéndolos á todos y dispensándoles honores proporcionados á su importancia y finalidad respectivas, aplicando á la



---

realización de la obra en que se encuentra empenado el *utile et dulce* del célebre preceptista latino.

Gracias á ese sensato y racional criterio del Sr. Martínez Salazar, que nunca aplaudiremos con exceso, los amantes de las letras gallegas hemos tenido la satisfacción de ver publicadas, en un breve lapso de tiempo, al lado de las cruditas disquisiciones de los señores Iglesia y Besada y de los interesantes estudios del Sr. Murguía respecto á las principales figuras de la generación que tiene la gloria de haber inaugurado el moderno renacimiento del espíritu provincial en Galicia, las delicadas concepciones de Pondal, los viriles apóstrofes de Curros, las inspiraciones de carácter eminentemente regional de Losada y los fáciles, correctos y sentidos versos de Novo, á que vienen á añadirse hoy los amenos trabajos del Sr. Arévalo que, por primera vez, colecciona una parte de los muchos con que se ha dado á conocer ventajosamente antes de ahora en el estadio de la literatura particular del antiguo Reino.

Modesto hasta la exageración y tan descuidado del mérito propio como entusiasta admirador del ajeno, el Sr. Arévalo no hubiera pensado seguramente en recoger y coleccionar esta pequeña cuanto recomendable fracción de los frutos de su ingenio, si á ello no se considerara obligado por los repetidos ruegos de

---

sus amigos predilectos, entre los cuales tenemos la satisfacción de contarnos.

Y, en verdad, que no es la vida momentánea, efímera y transitoria del periódico la que en justicia corresponde á las producciones del Sr. Arévalo, que no nos estimamos engañados al considerar de interés mucho más duradero y permanente que el que su mismo autor ha pensado en imprimirles, ajeno como se hallaba, al escribirlas, á la previsión de que llegarán á publicarse nunca, reunidas y ordenadas bajo la forma que en la presente ocasión se verifica.

Aunque dotado de rico y flexible ingenio, de un espíritu de observación envidiable y singularmente apto para recibir todo género de impresiones de la vida real y reproducirlas con el sello de su genialidad distintiva, la cualidad que más especialmente distingue y caracteriza al Sr. Arévalo es, tal vez, su particular predisposición para descubrir los vicios y el aspecto ridículo de las cosas y los sucesos, que exhibe con natural donaire y desenfadado estilo, acaso sin cuidarse demasiado de suavizar las asperezas del género, ni de templar el subido color de las tintas, pero sin malignidad, sin ensañamiento, sin esa cruel complacencia que inspira á otros escritores satíricos el espectáculo de las imperfecciones y los defectos que son consecuencia ingénita é inseparable de la débil condición humana.

La natural benevolencia de los afectos y los

---

sentimientos personales del Sr. Arévalo, entra indudablemente por mucho en la determinación de su genio satírico respectivo, preservándolo de esa torcida é inmoral tendencia, sin impedirle, al mismo tiempo, hallar el ridículo hasta en el fondo de los elementos más ajenos, al parecer, de las condiciones que lo constituyen y lo informan.

Por el contrario: difícil sería encontrar un sólo cuadro entre los muchos debidos á la pluma del Sr. Arévalo—sin exceptuar aquellos que parecen la obra de un poeta—en que no asome la nota satírica, revelando la singular claridad de percepciones del autor que le hace notar la fealdad de los poros exagerados y las desigualdades de la tez en una Venus, donde no ven los demás sino la proporción de las facciones y la pulidcz de los contornos, como decía el malogrado Larra.

Este don especial de la Providencia, por muy alto grado en que se posea, no basta, sin embargo, para que el escritor satírico desempeñe en términos plausibles su misión eminentemente social y moralizadora, que por el contrario, degenera en un terrible azote para la sociedad y se convierte en verdadero tormento para el escritor mismo, según confesión del desventurado Figaro, desde el momento que deja de hallarse convenientemente ponderado por la benevolencia propia de una naturaleza delicada y sensible que, juntamente con la idea del mal, sugiere la intención del remedio, des-

---

cubriendo con escrutadora perspicacia el lado oscuro de las cosas y elevando el nivel moral de la sátira á la altura de amable y levantado magisterio de acuerdo con la autorizada opinión de La Bruyère, *le ridicule qui est quelque part, il faut l'y voir, l'en tirer avec grace et d'une manière qui plaise et qui instruisse...*

Dentro de este molde, gira y se desarrolla libremente la inspiración satírica del Sr. Arévalo, en quien, al mismo tiempo que las demás cualidades expuestas, concurren las de fácil, donoso y afluente *causeur*, mezclando en la mayor parte de sus escritos,—que parecen hijos de temperamentos distintos y de condiciones en cierto modo contradictorias,—á las galas del decir y la sal del ingenio, que se pretende hacer exclusivas de las regiones meridionales, las profundas sentencias de la filosofía y el sentido práctico peculiar de nuestras viriles y reflexivas razas del Norte de la Península.

No es, sin embargo, el género satírico el único cultivado con éxito por el Sr. Arévalo que, lejos de circunscribirse á un orden determinado de sentimientos y de ideas, se complace en abarcarlos todos, desplegando tesoros de originalidad y de ingenio en producciones muy distintas por su contenido y apenas semejantes entre sí por el carácter exterior del estilo, siempre ameno, ligero y animado, aunque no completamente exento de neologismos y giros extraños á la índole del idio-

---

---

ma, en que se traduce ostensiblemente la influencia francesa, que penetró todo el movimiento literario de nuestra patria.

La presente colección, en la cual, como hemos dicho ya, sólo se comprende una pequeña parte de los trabajos del Sr. Arévalo, omitiendo muchos tan notables é interesantes como sus *Cartas de Egipto*, por varios conceptos dignos de la envidiable acogida que les dispensó la prensa periódica, revela la especial idoneidad del autor para todos los géneros de literatura, constituyendo una fundada y halagadora promesa de futuros y lisonjeros triunfos.

En particular para el género descriptivo, posee también el Sr. Arévalo condiciones muy recomendables, que se evidencian en diferentes páginas y lugares de este libro.

Como todo escritor de ardiente y poderosa fantasía, ó mejor dicho, como todo pintor de costumbres, el Sr. Arévalo idealiza y sublima en cierto modo, los cuadros que describe ó las pasiones y los sentimientos que analiza; pero sin destruir el efecto de la realidad que constituye la esencia y fundamento de sus producciones todas, hasta el extremo de poderse considerar al autor de *Ocios de camarote* como un escritor del género realista, en el sentido estricto y genuino de la palabra.

Su riqueza de imaginación por una parte, y su admirable observación y claridad de juicio, por otra, lo constituyen en las mejores condi-

---

ciones para responder á la unión armónica de lo real y lo ideal en que consiste la esencialidad del arte y que no excluye sino que, por el contrario, afirma y consagra, si así puede decirse, el carácter propio y determinante de la literatura contemporánea, fundado en el desarrollo del método científico que preside las manifestaciones todas de la actividad intelectual de nuestro siglo.

Cuando no la totalidad de las narraciones siguientes, la mayor parte de ellas, por lo menos, son escenas de la vida real de nuestros días; recuerdos vivos y palpitantes todavía en la memoria de aquellos á quienes están especialmente dedicados; impresiones de pueblos, climas y países diferentes, visitados por el autor en el curso de sus campañas marítimas; sentimientos, episodios, tipos, caracteres y cuadros tomados del natural, que una imaginación, al mismo tiempo ardiente y reflexiva, sublima y embellece bajo la influencia del ideal que la razón concibe y contempla en el seno de la realidad misma, conforme al axioma fundamental de la concepción de Hegel, *toda idea es realidad y toda realidad es idea*.

No se echa de menos, por otra parte, en las producciones que son objeto de las presentes líneas, el sello provincial siempre grato y plausible para los que consideramos la persistencia de los caracteres y los afectos locales como la base de la futura regeneración moral y material del antiguo Reino.

---

Mucho se ha discutido y se discute acerca de la conveniencia de esa especie de renacimiento del viejo espíritu regional que, de algún tiempo á esta parte, viene operándose, rápida y progresivamente, en cada una de las distintas demarcaciones de la Península en que la diversidad de razas, de posición geográfica y de historia, ha impreso un sello especial y distinto del de las demas regiones incorporadas definitivamente, desde el siglo XV, á la antigua corona de Castilla.

Los temores, en nuestro concepto injustificados, de que los progresos del regionalismo en España puedan llegar á traducirse algún día en detrimento de la unidad interior de la patria, explican si no legitiman por completo la oposición suscitada al espontáneo crecimiento de las corrientes locales que,—hijas de las causas que dejamos indicadas,—no será poderosa á contener la atmósfera de alarmantes presentimientos en que pretenden envolverlas los que, dominados por tenaces convencionalismos de escuela, no han llegado á penetrarse todavía de que, así como la unidad engendra la variedad, la variedad conduce á su vez á la unidad si no la determina y la produce.

Por otro lado, y como el regionalismo tiene su causa y su razón de ser en las profundidades del genio provincial exclusivo de cada una de las antiguas nacionalidades de la Península, todo lo que fundadamente pudiera esperarse de la oposición de que es objeto se reduce

---

á la supresión más ó menos completa y definitiva de sus manifestaciones exteriores—arte, literatura, idioma &—sin llegar á destruir jamás los términos esenciales de su existencia, desde el momento que no está al alcance de las fuerzas humanas la transformación radical y absoluta de la fisonomía distintiva, del tipo propio, del carácter primitivo y peculiar de las agrupaciones accidentalmente reunidas á la sombra de una organización política determinada.

Y dado que, prevaleciendo las causas y las razones que lo alimentan y sostienen en la intimidad de la vida interior y propia de los distintos pueblos peninsulares, no se conseguiría más que alejar, hasta cierto límite, los supuestos peligros del regionalismo en España; preciso es convenir en que, cohibiendo sus manifestaciones externas y sensibles, hasta donde fuera posible conseguirlo, y limitándonos al particular punto de vista á que debemos contraernos en este momento, no habríamos hecho más que sustituir indefinidamente á las fecundas expansiones del ingenio nacional, más ricas, esplendorosas y originales cuanto más variadas y espontáneas, la literatura servil y amanerada,—sin carácter ni colorido propio,—que tiene en Madrid su centro común de influencia y condiciones.

Afortunadamente estamos muy lejos de caminar á ese resultado del que, por el contrario, nos alejamos más cada momento, siguiendo



do el impulso recibido de algún tiempo á esta parte y á que no dejan de obedecer, inconscientemente al menos, los mismos adversarios del regionalismo,—como el Sr. Arévalo, por ejemplo,—en cuyas obras no es raro encontrar huellas tangibles y positivas de sentimientos opuestos á las doctrinas que sostienen y preconizan.

La *nota gallega* que palpita en las páginas de este libro,—como su propio autor indica,—¿qué es sino la expresión pura y genuina de ese mismo espíritu regional tan combatido y anatematizado, en principio, por el antiguo polemista de *El Correo Gallego*?

La mayoría, si no la universalidad de los escritores gallegos de su misma escuela, se hallan en el propio caso que el Sr. Arévalo, y en vano sería, por lo tanto, pretender atenuar la importancia y significación del hecho que, lejos de limitarse á la esfera de la literatura en sus numerosos y variados aspectos, se extiende también á los demás órdenes de la vida, lo mismo en Galicia que en todas las regiones de la Península, presagiando el triunfo definitivo de los usos, costumbres, literaturas, lenguas y dialectos provinciales que no ha conseguido confundir y uniformar la acción niveladora de siglos enteros de absurdo y avasallador unitarismo.

Refractario, al mismo tiempo, á causa de sus condiciones de carácter, á todo lo que requiere una atención sostenida y perseverante,

---

por más que no esté reñido con las fundamentales exigencias de un género de producción literaria fundado en la reflexión y el examen, el Sr. Arévalo no sólo ha conseguido preservarse del contacto de las pasiones políticas, sino que ha tenido también, hasta ahora, el acierto de conservarse á conveniente distancia de los grandes problemas sociales y religiosos que preocupan ardientemente á la sociedad de nuestra época; sin que, por eso, el análisis de la verdad deje de constituir el elemento interno y determinante de sus producciones todas que, persiguiendo más arduos fines, quizá perdieran, por otra parte, sus más galanos y singulares atractivos.

Para nosotros no admite ni la menor duda que una elaboración lenta, acompasada y metódica, como tiene que serlo siempre el desarrollo de una fase cualquiera del gran problema económico, social ó religioso de nuestros días, ya que no los excluya por completo, reduce y limita notablemente y por efecto en cierto modo inevitable de su propia naturaleza, la parte reservada á la variedad de tonos, la rapidez de las concepciones, el cambio instantáneo de afectos, el desenfado, la intención, la naturalidad y el ingenioso donaire que constituyen la base de la personalidad literaria del Sr. Arévalo.

¿Es esto decir que las producciones del autor del libro que tenemos á la vista se hallen exentas de imperfecciones y defectos, de más

---

ó menos fácil remedio, como hijas que son de las condiciones personales del escritor y de la acción que en ellas han ejercido y ejercen las circunstancias peculiares del medio en qué vivimos?

Muy lejos estamos de creerlo, y por el contrario, somos los primeros en recomendar á nuestro amigo el estudio de los grandes maestros del siglo de oro de nuestras letras, el *improbis labor*, indispensable al literato y al artista, aplicándole el sabio consejo de Bacon, *no alas, sino plomo*;..... pero al ver—como observa muy bien Macaulay—la frecuencia con que el público, semejante á la Titania de Shakspeare, se apasiona ciegamente de una cabeza de asno, prodigándole tiernos halagos y coronándola de flores ¿habríamos de ser menos indulgentes que Horacio, extremando nuestras exigencias hasta el punto de no transigir con los lunares *quibus ignovisse velimus*, de que ninguna obra humana se halla exenta y —menos que la presente—otras muchas de pretensiones muy superiores á las de esta?

Adoleciendo, como hombre, de los defectos propios de sus cualidades, inútil es que nos detengamos en enumerar los primeros después de la ligera exposición que acabamos de hacer de las segundas; persuadidos, por nuestra parte, de que el Sr. Arévalo conoce, tan bien como nosotros, sus propias deficiencias, á que no dudamos que acertará á poner el posible remedio desde el momento que el

---

natural deseo de adquirir celebridad y renombre empiece á preocuparlo como está muy lejos de haberlo preocupado hasta ahora.

LEANDRO DE SARALEGUI Y MEDINA

Ferrol, Octubre de 1887.



## Dos palabras al que leyere

---

*En todos estos renglones palpita una nota gallega ó sopla un aura marina. En todos ellos va algo de mi corazón, de mis sentimientos, de los recuerdos de mi vida de joven. Escritos han sido al volar de la pluma sin pretensiones literarias que no me ciegan.*

*A mis bravos compañeros de navegación los dedico, que ellos, mejor que nadie, sabrán á su lectura, reconstruir escenas reales de tiempos que han pasado, y recordar, sé que con cariño, al camarada arrinconado hoy en el Departamento,*

*J. de Arce*

Ferrol, 1887





## SABELA

Era una tardecita de Mayo.

Venia triste, astrosa, lánguida.

Su hombro desnudo asomaba por un ancho girón de su camisa y servía de apoyo al pobre ciego de blanca barba y luenga melena que apoyaba allí su calenturienta y trémula mano.

Apenas si la pubertad coloraba su semblante anémico y decaído. Sus piecitos menudos, mostrábanse manchados de sangre y lodo. En aquella cabeza rubia, desgrefiada, había, sin embargo, pensamientos, había ten-

dencias, sueños de oro; sueños de amor, quizá; que también es posible soñar con los pies descalzos.

¡Qué mirada me lanzó á su paso la pobre niña!., Bajo aquellas sombrías pestañas, insuficiente pantalla á un focus luminoso, fluyó el fuego de la simpatía, acaso el fuego del amor, ¿quién sabe si del deseo?...

Arreglóse los descompuestos bucles, miró triste sus harapos, y un rubor divino inundó de escarlata su juvenil semblante; que hasta la indigencia tiene su coquetería y sus temores.

¡Pobre lazarillo!...

\*  
\* \*

Como ancho festón de blanca seda, extendiase la carretera de Jubia á mis ojos. A lo lejos, las cumbres del Chamorro fanático, dejaban al último destello del poniente sol cobijarse en sus pedregosas cuevas. A la derecha el mar, fluyendo de entre dos orillas de esmeralda. El olor de la madreSelva y de la zarzamora llegaban á mí en ondas acariciantes. En la vecina costa se iban escondiendo, en la penumbra de la tarde, los caseríos le-



---

janos, como blancos alciones que retornan al nido. :

Surcaban la pequeña lengua de agua que se divisa, menudos botecillos que simulaban, vistos desde lejos, un bando de hormigas caminando sobre un cristal. Por el camino se retiraban á sus hogares las últimas parejas de aldeanos, *él* y *ella*, tan rozagantes y tiernos, en amorosa plática, enganchados por los dedos meñiques.....

Indiferente á todo, el viejo descansó en su cayado, y ensanchó el oprimido pulmón, fatigoso de larga caminata.

La niña sentóse á mi lado y me presentó el raído sombrero de su padre. Oprimí su mano, acaricié su semblante decaído y deposité en el tosco carabel, pendiente de su diestra, una moneda, y en el alcázar de sus miradas tier-nas, un ósculo de piedad. La moneda fué rodando por entre los mendrugos del pan moreno, y la pequeñuela bajó los ojos avergonzada.

¿Por qué lloró el pobre anciano en aquel momento?

¿Por qué en su ancha frente, tostada sin duda por el sol de las batallas, nacieron de súbito tenebrosos sureos?

¿Por qué con su mano descarnada acudió enérgico á sus ojos como pidiéndoles más luz?...

La niña, en tanto, tenía mi mano entre las suyas y la acariciaba con el cuidado mimoso con que se acaricia el terciopelo. Me miró, notó mis indecisiones, miró á su padre, y, entre gozosa y apesadumbrada, me dijo casi al oído y en son de secreto, lo que yo ya sabía: —¡Es ciego!.....

\*  
\* \*

¡Cuántas veces volví á ver á Sabela!...

Siempre un encanto nuevo aparecía, de aquella linda y pobre criatura, ante mis ojos. Su candor me estimulaba. Aquellos mugrientos harapos y aquellos desnudos pies me hacían ver en ella una flor humana, tanto más linda cuanto con menor atavío la aspiraba mi ser enamorado.

Flor silvestre, reflejaba en sí toda la sencillez de la naturaleza. Flor sin aroma, mi alma la concedía aromas mil de penetrante esencia.

Abría sus ojos lánguidos mi niña y nacía el rayo suave de la aurora; los cerraba, abatien-

do sus luengas pestañas, y me dejaba á oscuras.

¡Qué tarde aquella en que, sentados tras un repecho del camino, la abracé delirante y desfloré la grana de sus labios con una caricia de fuego!

Era la primera vez.

El viejo, á corta distancia de nuestro cariñoso grupo, lloraba. Extendía su mano en derredor y estaba sólo. A sus oídos debió de llegar el murmullo de nuestros besos y ese zumbido misterioso que producen dos seres que se aman, por que cerró el puño y nos lo enseñó amenazante.

Presentía el triste anciano en nuestros gorjeos una negra traición.

Sabela se levantó, corrió al viejo, y al depositar en su mano la moneda que yo acababa de darle, el ciego, con ira, se la tiró á la cara.

La moneda, así lanzada, fué á herir el glóbulo de blanca nieve que asomaba en aquel momento por un desgarrón de la camisa de la niña.

\*  
\* \*

Pasaron seis años y no existe ya el ciego. ¿Qué fué del lindo lazarillo?... Si veis una joven elegante y hermosa, cuya blanca mano empuña en noche de crápula, la copa del *champagne*, cuyos labios ardorosos se entrea-bren al vicio y cuyas miradas impúdicas excitan la lascivia, no os acerqueis: es Sabela.

Así la vi yo en noche de triste recuerdo. No la buscaba, ni la conocí al verla. El antiguo fango de sus pies de niña se le había subido á los labios y al corazón.

Me huyó; escapaba delante de mí por los corredores de aquella morada inmunda; pero logré darle alcance, sujetarla, y al separarlo las manos de sus ojos, que ocultaba vergonzosa, vi que estaba llorando amargamente.

Yo era para aquella pecadora su pasado; yo era el recuerdo de aquellos días de adolescencia, tranquilos é inocentes; yo era la página primera de la novela de sus desgracias.

Entreabrió la triste los guipures de su escote, y, en contacto con la seda, mostróme una pequeña mancha roja. Era la maldición del padre anciano, la huella de la moneda lanzada con ira sobre el seno, aquella tardécita de Mayo...

---

Nos sentamos sobre la alfombra; me cogió una mano; la acarició como otro tiempo, con el mismo mimo; me miró con dulzura, buscando tonos de amor en sus miradas tristes; mē contó una por una sus desdichas, y..... no lo pude remediar, lloramos juntos.

*Ferrol 1880.*







## UN LEGAJITO



DE JOAQUÍN A SOFÍA.

No cesaré de repetírtelo. Te amo, te amo, te amo. En esos ojos de Danubio, Sofía del alma, naufragó mi pobre corazón. Atado á las madejas rubias de tu cabello está mi porvenir. Del granate de tus labios ha de brotar mi dicha ó mi desgracia. Yo soy el alma enamorada que bate, con el roce de sus alas, tus cristales. Yo soy el misterioso rayo de la luna que á tí llega y dora tu faz. Yo soy el sople de la brisa que se quiebra en la caña de

tu cintura. Yo soy el blando suspiro que invade tu pecho. Yo soy, mi buena Sofia, un pobre loco que te adora.

*Joaquín.*

DE SOFÍA Á JOAQUÍN.

---

Soy una pobre huérfana, caballero, y os pido piedad. Planta abandonada en el erial del mundo, necesito mucho respeto. Extranjera y pobre, nave sin guía, paloma sin nido, no puedo ni debo abandonarme á los impulsos de mi corazón, sin garantías previas. Cansada de llorar, me asustan las lágrimas. Me siento inclinada á vos; pero tengo miedo. Sed noble conmigo; no me engaños. El buen Dios no podrá jamás perdonaros que abuséis de la orfandad y el desamparo.

*Sofía.*

DE JOAQUÍN Á PEPE.

---

No puedes figurarte cuanto me rio. Me eché por novia un tomo de Amadis de Gaula. Romanticismo con crema de café. Es francesa y huérfana. Sometida á un tutor catalán de 35 grados, éste la tiene al cuida-



do de una señora que parece una escopeta. La chica me acepta; pero me teme. Resultado total: entrevistas de café y Rambla; espectaciones al salir de misa, paseitos por la calle del *Conde del Asalto*, donde mi tormento vive; billetes con *Ilang-ilang*, y... hecho un cadete, hijo.

*Joaquín.*

DE SOFÍA A EMILIA.

Es guapo. Me dijo que llevo la mantilla española con el donaire de las andaluzas. Es chico fino y cosa de mar. Viste con pulcritud y sin afectación y tiene un lunar en el cuello.... Emilia, ¡qué lunar! Nos llevó al teatro una noche y no se enteró de la ópera, fijos siempre en mi los ojos. Ni siquiera volvió la vista al palco escénico en el bailable de *Aida*. Ya ves tú que es una prueba. A mi *dame de compagnie* la entusiasma porque la convida á crema de café.

Pero, mi adorada Emilia, yo no confío. Hija de la desgracia, se me figura que no tengo organizados los labios para sonreír. Siempre ven negro mis ojos, y ya ves tú que son azules. Luego los hombres,... *mia carina*,

¿qué son los hombres?... Deseo y me asusto de penetrar en ese tomo. Si al menos tuviese una madre al lado!... Me dijo Pepita que es casado... La verdad es, que esa Pepita es muy envidiosa. Yo no lo creo. No sabes tú como se puso él cuando se lo dije. Tiene los ojos negros como la noche, y chispeaban relámpagos de indignación. La verdad, Emilia del alma, me lo comería, pero sin que él lo notase. ¡Si vieses qué cosas sueño con él!... Mira, sueño que... pero no te lo digo, gran curiosa... ya tú te podrás hacer cargo.

¿Y tú te casas al fin con Venancio?... ¿Verdad que parece mentira que ya amemos de veras?... ¿Te acuerdas cuando nos adorábamos de broma en el *Sacré cœur*?... ¿Te acuerdas cuando me estrechabas tú contra tu pecho y me besabas en los labios?... ¿Se hace eso también con ellos, Emilia?... ¡Ay! yo creo que no, porque ya vos... como fuman... Yo no vacilaré en confesarte que este cariño me parece más dulce y más doloroso á la par. Créo que me suspenden algo dentro del pecho cuando él me habla. Cuando me mira, Emilia, es como si me clavasen un estilete en el corazón. Se me agita; late mucho, mucho, pero me gusta. ¿Qué tendrá, mujer, este bi-

cho que se llama hombre que tanto nos conmueve? Te besa,

*Sophie.*

DE PEPITA Á JOAQUÍN.

Es V. un mal caballero. Sí, le diré á Sofia que es usted casado para que le desdée. Le diré también que tiene V. por prole un batallón. ¿Porqué me abandonó V. nuevamente? ¿Cree V. por ventura, *Monsieur Mariposa*, que yo me acomodo á desempeñar el simple papel de introductora de embajadores de mis amigas?... Porque ésta es ya la segunda por quien V. me abandona, y yo, tonta, que no escarmiento nunca!...

Pero vuelve á mí, por Dios, Joaquín querido; abandona á ese sorbete *franchute* que ni te ama, ni te amará nunca *como yo*. Aun me escalda el labio el beso que me diste la otra tarde abordo de tu buque. Aun me quema el fuego que despidió tu mirada. Vamos, no me hagas *romantiquear*, y ven, ingrato, más que ingrato. Vuelve á mí que te necesitó. Cuanto más me abandonas, yo más te amo. Quisiera poderte aborrecer; pero no puedo.

Vuelve y... te concederé... la cita..... ¿quieres?...—Tu

*Pepucha.*

## DE PEPE Á JOAQUÍN.

Eres, primo, el mamarracho más mamarracho que conozco. Deseo verte para tirarte de las orejas. No hagas diabluras. Piensa en el Código penal. Piensa en otro código más sublime: la conciencia. No hagas el amor, créeme, y ya que las circunstancias de tu profesión te tienen alejado de tu mujer y de tus hijos, tómale hecho y serás un santo. ¿A qué ocasionar lágrimas por *babor* y *estribor*, como decís vosotros?; ¿á qué hacer derramar llanto á la *francesa* y á la *española*?.. ¿á qué ser ocasión de quebrantos en tu hogar y en el ajeno?... No comprometas á esa desgraciada. Sé noble, y no traspases los Pirineos. Quédate, Joaquín, en la frontera. Mira que una pasión empieza y no se sabe donde acabará. Es fuego que se enciende suave, y al poco rato se dan casos en que tiene que intervenir nuestro amigo Bañolas. Además, oye ésto: una esposa engañada, que lo sabe, podrá perdonar; pero en el secreter de su amor propio guarda cuidadosamente este vocablo: Venganza.

Tu primo  
*Pepe.*

## DE JOAQUÍN A SOFÍA.

Te amo más que nunca. Veo que quieren separarnos; pero no lo conseguirán, Sofía del alma, yo te lo aseguro. No creas á esa amiga falaz. Te engaña. El despecho la guía. Me ama, yo la odio, y ahí tienes la explicación de sus procederés: celos.

Te adoro, vida mía, te idolatro. Los besos tiernísimos que escondí ayer en la flor de tus labios, ligaron fuertemente nuestros corazones. ¿Cuándo volveré á besarte? ¿Cuándo te atreverás á besarme tú á mi, mi ídolo querido? Piensa mucho en tí,

*Joaquín.*

## DE EMILIA A SOFÍA.

Cumplimento tu primer amor, y te doy mis parabienes. Te deseo mil felicidades venideras con ese marino. Sin embargo, piensa y calcula. La mujer, Sofía amiga, debe amar con la cabeza. El corazón es una entraña que nos pierde y que deberíamos guardar en el *cabús*. Somos tan desgraciadas que carecemos de elección y tomamos buenamente lo que se nos ofrece. Y casi siempre se nos ofre-

ce lo contrario que apetecemos. Iban un rubio y un moreno, y yo con Adelina por el bosque. En aquellos ojos sin fondo del caballero de la tez tostada, hubiese yo sepultado mi porvenir. Pues no, señora, el rubio fué el que me declaró sus aspiraciones. Le admití porque Adelina tenía novio, y no era cosa de hacer un papel desairado delante de mi amiga. Se llamaba Venancio y tu le conociste. ¿Le amé?... me parece que no. Si le hubiese amado, acaso... y eso, hijita, que el cabelle-rito se extralimitaba. Figúrate que un día al coger galante mi pañuelo, caído casualmente, me hizo cosquillas en un pie. Le perdoné con facilidad; pero á la siguiente caída del pañuelo, me arañó un tobillo; ya ves qué broma de mal gusto. No quiero pensar, Sofia, á donde hubiera llegado el mentecato en una serie *x* de caídas de mi pañuelo. Mira tú, y un rubio!... Son hija mía, la culpa rebozada en jarabe de cidra. Agridulces. ¿Y al tuyo le amas? Si le amas, no te fies, ni de él, ni de tí. Háblale con blindaje del más grueso. No dejes caer tu pañuelo jamás cuando esté presente... Y no te digo que gastes anteojos de color para mirarle, porque eres tan linda que sería una infamia recluirtte esos bellos ojos.

No entregues por Dios el corazón ó te pierdes. *Escámate*, como dicen en el país en que habitas, y ponte siempre al abrigo de cualquier irregularidad. Piensa en su olvido más que en su amor, y eso tendrás ganado cuando te abandone. No dejes que te coja ni la punta de los dedos, y hasta cuando te dé agua bendita, tómasela con guante. Calcula que si aspiras á ser su esposa un día, se cejará hasta de si mismo, y no te perdonará *él*, esposo, ni las caricias que le hayas prodigado á *él*, amante. Son incomprensibles. Así, con mil precauciones y mucho tino, quizá llegues al altar; pero ni aun allí, arrodillada á los piés del sacerdote, estás segura. Aun puedes volverte á tu nido de virgen, en vez de ir al tálamo. Se dieron casos.. No los coge ni *Gladiateur*, Sofia, el caballo de carrera que ganó más premios en el Hipódromo. Se escurren de entre los dedos como el jabón de lacteina.

Me ruboriza que me preocupe tanto ese esperpento que se llama hombre; ese artefacto humano tan ridiculo, compuesto de un ente patizambo y un puro saliendo de entre una selva de pelo. Siempre apestando á ese tabacote que Dios confunda... Y á mí que

me gusta el olor, mujer, ¿has visto?... No se lo digas por Dios á nadie, *cara mia*.

Me encontrarás muy variada ¿verdad?.. Práctica adquirida después de nuestra separación del convento. ¡Qué felices éramos allí, mi buena amiga! ¿Recuerdas cuantísimas veces te hice el amor? ¡Cuánta tontería nos figurábamos, ¿verdad? de esta pasión que ocupa hoy todas nuestras horas! Creíamos al hombre un diablo, siguiendo las opiniones de Sor Juana, y no tan malo, según aseguraba Sor Inés. ¿Te acuerdas que casi nos gustaba más la explicación de Sor Inés?.. La verdad es, hijita, que nuestra educación es simple é incompleta. Nos llenan la cabeza de tonterías en la pensión, y descuidan en cambio lo que pudiera sernos útil en el porvenir. Nos dejan salir al mundo desarmadas, indefensas, ignorantes. Viene el *bicho*, como tu le llamas, y abusa de nuestro candor. No le conocemos, y se burla. No hacemos su estudio y abusa de nuestra ignorancia. Y, gracias, que no nos cause lágrimas! ¿Qué puede, Sofía, contra ese pillo de playa que viene del barco, ó del cuartel, ó de corretear el mundo en todas direcciones, una pobre señorita, como nosotras, que á lo sumo es maes-



tra consumada en hacer tulipanes de cera, ó en bordar babuchas al lausi? Es cursi, cursi, la educación que nos dan. Debiera haber en los colegios de señoritas una clase intitulada: *Conocimiento del hombre y de sus propiedades y accidentes*. ¿Verdad que todas sacaríamos *sobresaliente* en los exámenes de fin de curso?

Ahí tienes á la pobre Amanda; la infelicia cria un hijo de su deshonor. Laureta, casada, va diariamente buscando á su marido por las casas mas infames. Julia, vió destruido su patrimonio por el *treinta y cuarenta*; nuestra amiga Nina fué á Arcachon á buscar salud, y perdió allí al canalla de su marido. Se lo tragó una ostra... que baila en *La Gran Ópera*. La hermosa Estrella, aquella provenzala rubia que tanto alardeaba de perfil griego, ¿no?, se quedó sin griego y hasta sin perfil, hija. Horrorosa. Me dijo mamá que la culpa es de su esposo; pero yo no te sabría explicar que... culpa... cabe... En fin, pillos todos, Sofia, canallota rebotada. Yo no me caso, chiquita, no me caso, ante el horror que me inspiran esos ejemplos. Pero si viene Armando de la Argelia, y pide á mamá mi mano... al fin es de la familia. ¡Si vieras que

bien le cae el uniforme de *Spahis!* parece un moro de teatro.

Adios: rompe esta carta.

*Emilia.*

DE SOFÍA A JOAQUÍN.

Te incluyo la carta de mi amiga Emilia. No te negaré que me hizo pensar. Pero creo en tí como en Dios, adorado mío. Tuya es mi suerte. En tus manos está mi porvenir. Decide tú, noble y caballero.

¿Que cuando te besaré?... ¿Pues no te beso diariamente con ardor en los cielos de mi fantasía?... Esta noche saldré con Agustina. Espérame en la Plaza Real y te abrirá una vez más su corazón tu desdichada

*Sophie.*

DE LA ESPOSA DE JOAQUÍN A JOAQUÍN.

¿Pero por qué no me escribes con la frecuencia de antes, mi pícaro ingrato? No quisiera ofenderte, pero juraría que algo extraño ocupa tu corazón... ¿Hay algo que valga, Joaquín mío, lo que los brazos de una esposa?... ¿Dime si hay cariño como mi cariño?...

¿Es posible que pueda existir algún idilio tan tierno como el idilio de nuestros santos amores?... Me enojaré contigo, gran bribón!... Si señor, y se lo contaré todo á nuestro hijito para que no te quiera ¡tunante!... Si vieras que lindísimo está, Joaquín querido, este ángel. Tiene ya dos dientes ¿sabes? y balbuca con una gracia!...

Ven, mi Joaquín, (sólo mío ¿verdad?); ven á mis brazos, mi cielo, que no puedo vivir sin tí. Estoy muy intranquila siempre que vais á Barcelona. Me parece que esa gran población debe encerrar muchos peligros y muchas caras bonitas. ¡Te amo tanto!... ¡Te amamos tanto todos!

Adios  
*Elvira.*

#### DE JOAQUÍN Á PEPE

---

Chico, estoy hecho un lio. Me he metido en un berengenal espantoso. Sofia me acosa y me enternece. Mi mujer me pincha y me hace recordar la conciencia. Y el caso es, querido Pepe, que tengo corazón para todas, y aun me sobra algo. Amo á mi mujer y adoro á Sofia. A aquella por conocida y á

ésta por conocer, las idolatro á ambas. ¿Y qué hacer? ¿Cómo le digo á esa criatura que no me pertenezco, que ha dos años un pacto solemne y perpetuo me ha ligado á otra; que soy casado? La mato... sí, la mato de fijo... ¡Pobre Sofia! ¿Porqué te conocí? ¿Por qué, no has de poder, bien mío, entrar en mi corazón, si para ti tiene cabida? Si mi corazón también te ama, ¿porqué romperle esta fibra?... ¿Porqué nos separa la sociedad?... ¿Porqué no ha de poder un hombre adorar á dos mujeres? ¿Por qué no has de poder amarme tú, sin culpa, ángel querido? ¿Acaso el corazón es una tumba que se cierra tras la ceremonia de los desposorios? ¿Es una flor que pierde su aroma, después de aspirado por una mujer? ¿Se seca? ¿Se da y no queda nada?...

Estoy loco, Pepe. No se lo que me digo.

*Joaquín.*

#### DE PEPE Á JOAQUÍN.

¿Que dirías si oyeses en boca de tu esposa las estúpidas reflexiones de tu carta?...

*Pepe.*

## DE JOAQUÍN Á SU ESPOSA.

Eres una *tontiña*, esposa mía, al abrigar pensamientos de esa naturaleza. Ni tu esposo lleva su infamia al punto de olvidar sus deberes sacratísimos, ni hay mujer alguna en el mundo—óyelo bien—que pueda valer lo que tú vales. Te amo como el primer día que te uniste á mí en santo amor, y si alguna ilusa ó desgraciada viniese á llamar á este corazón, que sólo á ti te pertenece, sólo vería salir desprecio para ella del fondo de mi pecho.

Me enloquece la fausta nueva que me das del segundo diente de nuestro hijo. Bésalo mil veces en mi nombre, fea mia, y háblale mucho de mí á ese ángel querido.

Y estáte tranquila tú, gran tonta, que este Barcelona no es la Babilonia que te figuras.

Aquí no se tragan á la gente.

*Joaquín.*

## DE JOAQUÍN Á SOFÍA.

Iré á la *Plaza Real*, vida mia, y enloqueceré de amor en tus amantes brazos. Ya no

se hará esperar el dichoso momento de nuestra unión, para mí tan halagador, tan ansiado. Serás mi esposa, Sofía, á despecho de todo el mundo.

Te abraza

*Joaquín.*

#### DE SOFIA Á JOAQUÍN.

---

Caballero: Guárdese V. sus metáforas, sus extremos y sus lucubraciones para cuando le asome al chiquitín el tercer diente.

B. S. M.

*Sofía Gênevê.*

#### DE LA ESPOSA DE JOAQUÍN AL MISMO.

---

Mi amado esposo mío: ¿Se declaró la poligamia en Cataluña? Sino, ¿cómo quieres casarte otra vez viviendo yo todavía, felizmente?... No seas loco, Joaquín querido, y aun por esta vez te perdona tu esposa

*Elvira.*

#### DE PEPITA Á JOAQUÍN.

---

Ya conozco tus calabazas. Al demonio se le ocurre enviar á Sofía una carta escrita

para tu mujer; y—lo que es natural—habrás cambiado los sobres, y habrá recibido tu mujer la carta destinada á Sofia. Como si lo viera. Ya ves, hijo, que no se puede andar en contrabandos, pues, cuando menos se espera, se convierte uno en carabinero de sí mismo. Te prevengo que ahora no me vengas con lloriqueos porque no te admito tampoco. No me gustan los casados. Me huelen á puchero de enfermo.

*Josefa.*

#### EL AUTOR AL LECTOR.

Encontrado por mí ese pequeño paquete de cartas en el *Tivoli* de Barcelona, atado con una cinta negra, no sé á quien habrá pertenecido; pero no vacilo en darlo á la publicidad, seguro de que no ha de reclamar ninguno de los personajes que figuran en el lio.

Ni hecha apropósito resulta una historia más acabada.

¿No es cierto?

Málaga, 1892.









## ORA PRO NOVIS



### ANTECEDENTES



Era en la sociedad de la Brigadiera P.\*\*\*  
Allí se conocieron y se amaron.

### MÁS ANTECEDENTES



Adela era una bellisima rubia en cuyos ojos de balada soñaba el amor. Su carne, que tenía la suavidad del terciopelo, y la diafanidad del cristal, transparentaba el mate dul-

ce que hubiera dado á su sangre una alimentación de líquenes.

Era un ideal, no una mujer. Aire, convertido en cuerpo de niña, era Indra volando de la gabeta de los Incubones. Hija de un antiguo militar, muerto en el campo del honor, vió cernerse desde bien temprano sobre su cabeza la descarnada mano de la miseria, único legado que un digno servidor de la Patria puede ofrecer á sus hijos. Obligada á trabajar para comer, auxiliaba su orfandad con los pobres productos de su aguja, y ella y su madre, ya anciana, templaban así con el trabajo las deficiencias de una pensión miserable. Aquel pan, que venía de la costura era muy amargo; pero era muy honroso. Cuando, al caer de la tarde, madre é hija se miraban con los ojos débiles de tanto coser, Adela sonreía dulcemente y la vieja lloraba, pensando que pronto la ruín peseta ganada con su auxilio habría de reducirse á la mitad, porque sus fuerzas ya no llegaban á dos reales. Para ahorrar aceite se cosía á la luz de la luna; para ahorrar apetito no se hablaba. Allí se ahorra todo; hasta la respiración, hasta el aire. La economía era elevada en aquel triste hogar al rango de prodigio.

Pero donde Adela mostraba mejor sus talentos de hacendista y hacendosa era en los trajes. Ni á un político de nota se le hubiese ocurrido cambiar de casaca en las caprichosas formas que aquellos trapos cambiaban de hechura. Lo de arriba para abajo; lo de dentro para afuera, lo del centro para el lado; lo que hoy era *falso*, pasaba mañana á ser cintura, lo que era un paño, quedaba convertido en volante, lo que era volante, alcanzaba la alta categoría de adorno... y la tela, sin punto de reposo, ni coma de tranquilidad, parecía doblegarse humilde y agradecida á aquellas manos reformistas que la subyugaban á metamórfosis hasta reducirla á la última condición social de la estofa: el remiendo. Allí se honraba á la diosa Moda, se respetaban sus veleidades, se oían sus inconstancias; pero no se gastaba una peseta. Sólo así, sólo á merced de estas hábiles extratagemas, podía la linda Adela asistir los domingos á los saraos de la Brigadiera. También se hubiese privado de esta inocente distracción; pero ¿cómo no ir, si allí estaba su cielo, la mansión de sus amores, el trozo de corazón que latía fuera de su pecho?...

Allí le conoció. Allí vió á Federico una

noche. No se vieron y se amaron, no, que era Adela muy escrupulosa en asuntos de honra, y D.<sup>a</sup> Juana muy celosa de su reputación y buen nombre... El joven marino agasajó á la doncella, la galanteó, la acompañó á su casa al retirarse de noche... y, D.<sup>a</sup> Juana, poder ejecutivo de aquella pequeña sociedad, seamos justos, no vió inconveniente de cuantía en acción tan sencilla como caballeresca.

Pero ya Adela aquella noche no se acostó tranquila. Paloma blanca, desnuda entre los edredones de su lecho, vió pasar por su imaginación la gallarda presencia del marítimo mancebo. Vió ante sí aquellas patillas de seda, negras como las alas de la noche. Sintió en su ser la quemadura de aquellos ojos grandes. Notó más circulación en su sangre, más agitación en su pulso, más vida en sus arterias. Presa de una aspiración, de una ansia desconocida, huye de su pupila el sueño. Su respirar se agita, y los dulces vaivenos de su pecho se traducen en virginales curvas sobre las ondulaciones de la sábana. Se contempla á sí misma en su inocente desnudez, y se encuentra bella, y quiere serlo; lo necesita. Desea pureza en los perfiles de su plástica, y no es coqueta. Paloma enamorada, no pien-

---

sa en sí al lastimar sus ojos en la blancura de su pluma; pintada mariposa, piensa en el elegido de su corazón, al desear tornasoles para los matices de sus alas...

Adela se durmió. Sus ojos azules se cerraron lánguidos como una flor que oculta su corola. Lanzó un suspiro tierno, dulce, vehemente, y dejó caer por fuera de la bordada sábana, el brazo desnudo, semejante á un pellón de nieve que se desprende de las grecas de un *chalet*.

A las tres de la madrugada, observó con alarma, la madre, luz en el cuarto de Adela. Acudió solícita, augurando algo terrible en vista de aquel derroche de aceite; pero sólo vió á su hija dulcemente dormida y con el coral de sus labios fruncido en actitud de besar.... ¿Cómo iba á adivinar la vieja los deliquios en que se adormecía aquella imaginación de veinte años?... ¿Qué sabe el volcán muerto de lo que pasa en el cráter del volcán que empieza á arder?

Aquí LOS CASO.

---

¿Cómo se entrega la mujer?.. ¿Qué diferencia existe entre la que cede su corazón

---

obedeciendo á la sordidez de un frio cálculo y la que lo entrega, presa de amorosa llama? ¿Cuál se da y cuál se vende? ¿Cómo conocerá el varón si la elegida de su alma va al tálamo, conducida por el resultado de una fórmula ó palpitando de amor y de ventura?

¿Fué por huir de la miseria, por lo que Adela dió su mano á Federico? No. Federico no hizo una compra, tomó un alma que era suya. Bien lo decían los efluvios de pasión escapados de aquellos ojos de color de añil, al hundirse en la negrura de las pestañas de su amado. El mundo, fuera de Federico, no era mundo. Sin Federico, el ave no piaba, ni el río producía rumores, ni el sol reflejos, ni la naturaleza vestía galas.... Federico era su Dios, su vida.

. . . . .  
. . . . .

La corona de desposada yace marchita en un ángulo de la alcoba. Se ausentó la virgen y llegó la mujer. Destruído el enigma, apareció la esposa. El espíritu se hizo carne. La oruga dejó la célula y crió alas. A la tímida sonrisa del pudor, sucedió la franca felicidad de la dicha completa. La tórtola se posó en la rama, y arrulló amores....

Cuando la mañana siguiente á la feliz noche de las bodas, acudió solícita la madre al nido de los recién casados, sorprendió á Adela acariciando á su esposo. Con un cordoncito le tomaba medida del desarrollado cuello, é inundaba de oro su semblante con los rizos de su cabeza que se lo cubrían todo. A través de aquel telón perfumado, veía una garganta varonil, y una mano morena atraía hacia sí, cogiéndola por el flexible talle, á la linda medidora. Adela perdió el equilibrio, y, abriendo los brazos, soltó el cordoncito, cayendo en brazos de su esposo. En esto entró la vieja, y Adela se ruborizó mucho.

—Le iba á hacer camisas, dijo.

Era un ángel. Su corazón, huérfano de historias pasadas, había encontrado la dulzura de la pasión primera. Desconocía la ficción y el engaño; desconocía esas pequeñas artes que constituyen la diplomacia de la mujer. Era un terreno virgen, dispuesto á hacer fructificar la savia de las primeras semillas; un lienzo en blanco, que aguarda la inspiración del primer artista; un libro abierto por la primera página, con una dedicatoria sublime; composición lipogramática, que había encontrado su letra...

¡Con qué dulce protección marchaban juntos *él* y *ella* por el camino de la vida!

¡Con qué dicha se embebían y bromeaban por el contraste de sus ojos!

—¿Sabes cuando dejaré de amarte? cuando me vuelva morena.

—¿Sabes cuándo dejaré de quererte?.. cuando este corazón que es tuyo, tuyo todo, vida mía, cese de palpar... y aun entonces, Adela, tu serás la losa de su tumba...

Formaba el marco de este cuadro de ventura la apergaminada viejecita, con sus manos ya trémulas, molestando á su hija diariamente en su pudor con augurios y esperanzas de algo que le había de hacer muy pronto abuela....

### ¡A VIAJE!....

---

Es un buque que se va. Cuelga la alba lona en forma de cuchillo, del alambrado estay y obliga á volver la cabeza al monstruo que gime y se estremece impaciente por tomar carrera. Bulle en su seno el fuego de la fiebre, y por su boca escupe á borbotones blancas espiras de ardientísimo aliento.

Rodean al *steamer*, como sus hijos, multi-



tud de pequeños botes, y allá en lo alto de los puentes, rostros varoniles, de tez tostada y de mirar altivo, se despiden del puerto, y limpian furtivamente una lágrima que pugna por huir y mostrarse en todo el esplendor de su redondez de gota.

Son marinos que se van.

Aves de blanca pluma, abandonan la rada y preceden al vapor. Baña el crepúsculo con rojas tintas los objetos. El mar está tranquilo; sus ondas puras y serenas guardan igual paralelismo que si las hubiese engendrado el tiralíneas.

Se está levando. Alegre rueda de marineros suda y empuja con el robusto hombro la barra del cabrestante al compás del pito chillador.

Extraen del fondo de la lama, á fuerza de fatiga, la ferrada uña con que el monstruo se agarra y se sujeta. Ese ancla, que sube, es la esperanza de puerto que se viene abordo. Se termina la faena, y el buque, libre de sus últimas ligaduras, tiembla, constriñe su costillaje en feroz esperezo, y silvando rabioso como una culebra, azota el mar con su cola y desaparece entre las brumas...

Allá va la nave.... ¿qué suerte cabrá á esos

infelices?... ¡Van tan lejos!... ¡Dejadlos; Dios va con ellos!..

En el muelle, una pobre joven aun aguza su triste mirar; pero ya nada ve. El bajel maldito, que se lleva al bien de su alma, rebasó la jurisdicción de su mirada. Ya traspasó la línea vaga del horizonte; ya no vuelve, aunque le llama á gritos.

Ya las ondulaciones del pañuelo blanco, que agitaba una mano cariñosa en la toldilla del bajel, se desvanecieron entre el vapor de las olas.

—¡Casarse!... casarse para quedar viuda en los primeros cuartos de la luna de miel!... ¡A penas formada la pareja, y ya el nido deshecho!... Aun allí el calor de los primeros amores, el fuego sagrado de los primeros sacrificios..! Casi vestal, y rota el ara..! ¡Vuelve, amado de mi corazón, elegido de mi pecho!... ¡Vuelve á traer á tu Adela la vida que le falta sin ti!

La pobre niña hundió su rostro en el pañuelo y envió un suspiro á las ondas lejanas. En el mismo momento, el marino, abordo de su buque, lloraba contemplando el retrato de una mujer. Una lágrima ardiente cayó en el

dorso de la fotografía y abrasó la breve y apasionada dedicatoria.

El joven se quedó suspenso y reflexivo.

#### CONSIDERACIONES TARDÍAS.

El marino no debía ser casado. Este estado natural completo del hombre, parece estarle vedado por los rigores de su profesión. Ausente casi siempre del hogar, no puede atender á la compañera de sus días en las justas exigencias de una esposa. Condenado á vivir en remotos climas, sobre las ondas del mar, ni puede educar á sus hijos, ni ofrecer á su compañera el consuelo de su presencia y el amparo de su consejo.

Es un menaje incompleto el del marino. Es un hogar partido en dos. El marino casado, es un corazón al que falta un pedazo. Ni las alegrías son compartidas por mitad, ni las penas se distribuyen equitativamente. Rotos los lazos de la carne, se aflojan también los del cariño, que no es posible vivir perpetuamente de sueños y esperanzas.

El matrimonio tiene sus leyes, sus deberes: el marino no puede cumplirlos. Siempre lejos, siempre lejos, aparece como un meteoro,

y los brazos de su esposa son para el desgraciado un viaje de transporte. Ve su casa como un buque donde ha de parar poco tiempo. El lecho nupcial es un breve descanso preparatorio para nuevas y prolongadas ausencias. Su esposa no es para él lo natural, sino lo inesperado; no lo cotidiano, lo ilógico. Viene, aumenta la familia, y torna á desaparecer, impulsado por las acritudes de su destino.

La mujer del marino sufre también las consecuencias de la unión que ha aceptado. Unida á un pájaro emigrante, aun no acabó de tomar posesión del ave, y ya ésta alzó su vuelo. En su tálamo no hay calor; en su corazón sólo hay suspiros. Mira á la soledad del mar é interroga sus llanuras siempre con los ojos preñados de llanto. Ve crecer á sus hijos con zozobra. Apenas casada, siente sobre su alma las negras tocas de una viudez anormal y prematura. Tiene marido, y no le pertenece. Es casada, y la sociedad la encuentra siempre sola. En su corazón nacen los celos, en su cerebro la desconfianza. Tiene miedo; miedo de algo que no sabe explicar...

En nuestros departamentos marítimos son muy comunes estas uniones. El sueño dorado de la mujer de nuestro litoral es un oficial

---

de marina. Ven poesía en sus ojos, algo de misterio de ola en su mirada. Novia, lo contempla con deleite, sueña con su morena tez, se empapa é imita su particular tecnicismo, se enamora de su azul uniforme, se envanece de ser la elegida de su pecho... ¡Desgraciada!.. ¿No ves al especiero de la esquina que te festeja? Deja al marino, niña mía, déjale seguir el curso de su vida nómada sobre el mar, no lo aprisiones en tus redes y atente al especiero que te hará más feliz.

Con el especiero serás una esposa, con el marino un alma vagabunda. Hay en el honrado mercader menos poesía; pero más positivismo... ¿Te ríes?.. ¿Juzgas humillado tu amor propio?..... ¡Oh!.... cuántas veces el sacrificio de la vanidad evita el verter llanto!....

#### RECELOS.

---

Pasa un año y no viene. Pasan dos... tampoco. Ya Federiquito, un niño rosado y gordo como un ángel de *biscuit*, tiene quince meses y no conoce á su padre. Pasa el tercer año y la maldita ausencia continúa. Ya aquellas flores, que dejó plantadas el ausente, se marchitaron. Ya los oídos de Adela casi no

recuerdan el timbre de su voz. Sus ojos se cansaron de tanto llorar. Al rocío del alma sucede la sequía. Las cartas, ansiadas en un principio con delirante fervor, se reciben ya sólo con alegría; después, con frialdad, por último con miedo. Más tarde, al abrir el sobrecrito, sólo se observa si dentro de la carta viene algún papel *litográfico*. La carta se masculla de un tirón... ¡escribe tan largo ese Federico!...

Ya no se reza por el pobre navegante. Ya las manecitas del niño, que antes elevaba su madre al cielo todas las noches en adorable plegaria, yacen frías sobre la almohada del lecho. ¿Qué pasó en ese corazón?..

Con esa curiosidad de la infancia, compuesta de impertinencia y de candor, interroga el niño á su madre, y esta le responde indiferente.

Murió la abuela. La virtuosa D.<sup>a</sup> Juana bajó á la tumba, tranquila de haber cumplido su misión por el planeta y consolada por dejar un lago de felicidad en pos de sí....

Pasa otro nuevo año, y el ausente no llega. Viene un correo, y no hay carta; la mujer abre inmediatamente su corazón á la sospecha.

—No, no está enfermo!.. es que me olvida el infame!... maridos crueles!.. Tiene razón D. Gregorio!.... Herir, herir por los mismos filos...

Nace una idea; el cerebro es invadido por un punto negro...

Un día llega Federiquito de la escuela. Viene llorando. Su cabellera rubia cae en rizos que se desbordan sobre su frente y se pegan sobre sus mejillas con las lágrimas. La criatura trae una congoja terrible dentro de su pecho. Su voz es entrecortada y balbuciente. Le han dicho otros niños que su padre es D. Gregorio, y él no quiere un padre tan feo, porque su papá es *mí monito, mí monito!*... Adela llora, pero el correo no llega para ella. Siempre mudo ese mensajero cruel!... Una amiga oficiosa la visita y algo la dice, que su amor propio se revela dentro del pecho y su voz clama venganza con acento lúgubre. La imagen de D. Gregorio torna á aparecer sobre su fantasía con tintas rojas. El punto negro pasa desde la cabeza al corazón. El objetivo de su pecho ya no reproduce una persona, retrata un grupo. D. Gregorio, de personaje ridículo, se convierte en una idea familiar. Acaso ya la copa de la in-

fidelidad se está llenando en la fuente de la impureza.... ¿Y los buenos principios? ¿y la educación?.. ¿y el amor grande, sublime?.. ¿y la fe jurada en los altares?.. ¿y el agradecimiento al que la arrancó de la miseria?.. ¿y el recuerdo santo de una madre virtuosa?.. ¡Sucumbir Adela! ¡Ilusos! ¿Qué sería la humanidad si Adela sucumbiese!!!.....

#### MÁS VALE TARDE QUE NUNCA.

Vedlo que ya viene. Trae el marino su cabeza preñada de ideas; su corazón henchido de amantes ansias; su alma rebosando ternura. Estuvo muy enfermo, muy enfermo!.. Ann sobre su amarillo rostro se ven las huellas que dejó la enfermedad. Pero ya llega, ya va á confundirlos á todos en un abrazo. No le esperan, y ¡qué sorpresa tiernísima!.. Su Adelina llorará como una tonta... Su niño es rubio como su madre; va á tener dos cielos en vez de uno.

El vapor avanza, avanza! Ya se ven á lo lejos las puntas de las gaditanas torres que bordan el mar como un alicatado árabe. Aquél es el *Carmen* donde tiene su camarín



la virgen morena de sus oraciones. Allí está *Tacira*, con su blanquísima clámide, curioseando á todo el que retorna. Ya llega en ondas de la brisa el grato perfume de las gaditanas flores. Ya la fantasía finge brazos que estrechan, labios que sourien, bocas que besan.... ¿Pero no habéis llegado nunca tras abrumadora ausencia?... ¿No vais pasando y reconociendo vuestra tierra bendita?... ¿No véis en la costa el vetusto castillo que os saluda como á un viejo camarada; el árbol que mueve sus ramas y os envía una caricia entre el rumor de sus hojas; la peña que bate el mar, que llora de gozo á vuestro paso?... Ponéis el pie en tierra, y el rudo barquero, os empuña, en la suya callosa, vuestra mano, porque sois cosa de casa; os sonríe la conductora de vuestro equipaje; os conoce el polizante, el barquillero, la aguadora; vais moviendo la cabeza en son de saludo á uno y otro lado, y aquí un apretón de manos, allí un adiós, allá un abrazo fuerte, llegáis á la esquina de vuestro hogar, torcéis, pisáis el umbral de vuestra casa; una puerta se abre como movida por un resorte; no os esperan, pero os adivinan... y, renuncio, Dios mio, á copiar toda la dulzura, todo el adorable vértigo de esta escena de

seres que se ligan en un abrazo, porque... no sabría escribir con lágrimas. . . . .

Federico llega pálido y extenuado. Su larga estancia en climas ardientes envenenó su sangre y deterioró la fortaleza de su organismo. Falta á su mirada brillo, á sus labios color, expresión á su continente. Aquella dorada y viril juventud se sacrificó en aras del amor á la familia. El ahorro se tragó un hombre y produjo un esqueleto. Pero ya tiene para educar á su hijo. Ya, aunque él sucumbía, el ángel de su corazón no se verá expuesto á la miseria. Va á estrecharle entre sus brazos... Ya aquella soñada, lejana dicha va á convertirse en realidad... Su corazón palpita, su paso se apresura... ¿Que va á decir su Adela cuando le vea tan feo?... ¡Pobre Adela!... ¡cuánto habrá sufrido en su ausencia!... ¡cómo habrá contado la triste, uno á uno los días, una á una las horas, uno á uno los instantes!... Huérfana y sin esposo... Navecilla abandonada en el mar de la vida... ¿habrá resistido el rudo embate de las olas?... ¡Pensamiento cruel, calla; y no incluyas á los ángeles en la noche de la duda!...

## DESENLACE, DEL NATURAL.

. . . . .  
. . . . .  
En una alcoba de la calle del *Airc*, una mujer horripilada y convulsa, con las manos unidas en suplicante actitud, gime de rodillas sobre el enladrillado suelo. Su cabello rubio cae sobre el seno desnudo y se entremezcla con el polvo de los ladrillos. A su frente, un mancebo joven, yergue la altiva cerviz con actitud amenazadora. Su puño crispado se eleva al cielo, y de sus negros ojos brotan rayos de ira que iluminan los tristes perfiles de su tez de enfermo.

Sobre un lecho revuelto, gruñe y gimotea un enteco infante de tres meses, y otro niño como de cinco años, fresco y sonrosado cual las auroras del amor, oculta á medias tras un mueble su descompuesto semblante. Pugna la mujer por abrazar las rodillas del caballero y pugna éste por separar su cuerpo con el asco que le produciría la aproximación de un reptil. El niño de cinco años cesa de llorar y se aproxima, rojo de ira, á defender á la ultrajada; cógele el caballero por una mano co-

mo para llevársele, tira, y al tropezar con la madre que viene á rescatar su presa, con el delirio de la leona, lanza su cabeza atrás y arroja un feroz salivazo sobre el rostro de la adúltera...

La saliva era sangre.

#### LIA PRENSA.

—  
 “Un marino joven y de porvenir se ha pegado un tiro en el corazón. Al efectuar el reconocimiento del cadáver, se vió sobre su pecho, agujereada por la bala, una fotografía de mujer. Se ignora quién pueda ser la dama, porque el proyectil desgarró precisamente la cabeza de la imagen en el retrato. Este, por el reverso, muestra unos renglones diminutos de apasionada dedicatoria, borrados por huellas que acaso sean de lágrimas.”

. . . . .  
 . . . . .

En un número del periódico que publicó el anterior suelto, el tendero D. Gregorio envolvió al día siguiente medio kilo de manteca.

· Ismailia (Canal de Suez) 1882.





## SERINA



### RECUERDOS DE TÚNEZ.



Lejos de la patria querida, viajero sin rumbo y sin objeto, me encontraba.

El aire cálido de las africanas playas ardía en mi frente y abrasaba mis pulmones, mientras invadían mi oído las canturrias monótonas de los músicos árabes que despertaban en mi imaginación el recuerdo de las interminables baladas andaluzas.

La noche azul tendía su manto sobre mi cabeza, y un *garçon* del *Grand Hôtel*, al refle-

jo del cometa que lucía sobre el horizonte su penacho, me explicaba cómo el nuevo huésped luminoso era nuncio de calamidades próximas.

Los oficiales del ejército francés de ocupación, venidos de Beja, pasaban, arrastrando sus sables de metálica envoltura, y en el *Café militar* se escuchaba el continuo choque de las copas, el bullicioso timbre de las risas, el apasionado gracejo de las floristas francesas, y el escarceo constante de los pilluelos malteses que venden fósforos y fotografías de elevada temperatura.

Unos árabes, pringosos y destrozados, lucían las habilidades de sus monas, con manifiesta deshonor de sus respetables turbantes; y allá á lo lejos, batida por las ondas ardientes de un mar de fuego, silueta fantástica del pasado, se veía Cartago, con sus restos de altivo esplendor humillados en el polvo del olvido y con sus frailes cenicientos que elevan la picuda capucha en la atmósfera que respiró Annibal y pisan con su sandalia el mismo gredoso suelo que circundó Dido con la piel de toro.

\* .  
\* \*

¡Dios mío, qué bella estaba mi Serina!... Bajo aquellas negras y espesísimas pestañas, fluía el volcán de la pasión... Aquellos ojos grandes, donde el sol del Atlas se miraba enojado, dos focus simulaban de caricias y de deseos. El labio amarillo de la hermosa, al sentirse oprimido por los míos, ardientes y rosados, parecía una finísima cáscara de naranja, aprisionada entre dos cerezas. Sus finas uñitas, matizadas de rojo escarlata, recorrían trémulas el diapasón de su guzla, imprimiendo al instrumento melancólico decir, y sus pequeños y desnudos pies hollaban blandamente el pavimento, trazando curvas de una zambra misteriosa... Abracé tiernamente y henchido de ansia amante aquella cintura de mi judía, más flexible que las palmas de su país; corté el hilo de sus suspiros con la corriente de mi aliento; recliné su cabeza sobre mi hombro; sentí todo el fuego del desierto, circular por mis venas, y... aquí el oficial de marina inglés, que me contaba el sucedido, bajó la voz y, como comprendo poco el idioma en que me hablaba, no pude interpretar bien la terminación de aquel idilio africano.

Empuñamos, sin embargo, por las asas los monumentales *boks* de cerveza, chocamos los

cristales uno contra el otro, con toda la ceremoniosa galantería británica, y bebimos á la salud de Serina, la judía de las luengas trenzas, enamorada, con su sangre de lava, de aquel hijo de la fría Albión, dando así una prueba de que existe la ley de los contrastes en el mundo.

\*  
\* \*

Yo me encontraba embarcado en la fragata de guerra *Carmen*, y un acontecimiento triste prolongó un día la estancia de mi buque en La Goleta. Un deber de cortesía internacional obligaba al marino español á acompañar á la última morada el cadáver del marino inglés, víctima de una fatalidad ó de una imprudencia.

El oficial torpedista de una de las fragatas británicas había sucumbido, al preparar un torpedo, por la inexplicable explosión del artificio. Quién, pretendía que un intruso pedazo de cobre habiase colocado, importuno, comunicando entre sí los dos alambres cuya unión produce el fuego; quién, culpaba al pobre fulminato de mercurio, tachándolo de



imperito en las altas temperaturas del africano cielo; quién, suponía si las mismas divisas de alambriillo de oro de la manga del oficial habrían establecido la corriente al cerrar, el circuito... De todos modos, el hecho es que un oficial, un hombre, y siete hombres más, aunque no oficiales, acababan de ser víctimas sacrificadas en aras de ese monstruo odioso que se llama *adelanto de la guerra*. El torpedo venía de destruir su causa creadora, como ciertos animales que, al nacer, matan á sus progenitores.

\*  
\* \*

Terminó el sacerdote inglés sus plegarias que, con el mayor respeto y con la cabeza desnuda, oímos todos; arrojóse tierra sobre la sepultura, con anchas palas; púsose sobre la tierra una losa con un nombre grabado toscamente; y allá lejos, á muchas leguas de distancia, quizá á esa misma hora, jugarían unos niños de ojos azules, con infantil algazara, bien ajenos de la aciaga suerte de su pobre padre...

Nos retirábamos, el cortejo fúnebre, para

nuestros respectivos barcos, haciendo reflexiones tristes sobre la vida, cuando interrumpió mis pensamientos un chancleteo característico que se acercaba, denunciando la presencia de una judía.

Era, en efecto, una judía. Era Serina.

Con faz risueña, se acerca á la tumba del recién enterrado. Lleva en su mano derecha una varita de almendro y la coloca sobre un montoncito de tierra á la cabecera de la sepultura. El débil aire movía la varita, cuyas flores se desprendían una á una sobre la superficie de la losa, y la judía nos miraba con felicidad.

Estaba, dentro de sus creencias, practicando una buena obra.

¿Quién sabe si ella sería la culpable de aquella muerte?

¿Quién sabe si el recuerdo de la mirada ardiente de aquellos ojos, inflamó el torpedo contra todas las previsiones de la ciencia?...

Pero Serina corregía su inconsciente crimen, y con aquella vara mágica, enviaba á su país al muerto, resucitándole. Es una creencia de los judíos.

Inglaterra le estaba debiendo en aquel instante la vida de uno de sus mas intelligen-

---

---

tes torpedistas, que á buen seguro desembarcaría en Londres por el Támesis. La esposa del oficial debía á Serina los brazos de un ser carísimo.

La pobre Serina, que tanto amaba al inglés, y que le mató de amor, daba con su vara de almendro, vida á su amante y le encaminaba al país de la niebla á los brazos de otra mujer...

¡Se sacrificaba!....

La pobre judía valía mas que muchas de nuestras cristianas sensibiles.

\*  
\* \*

Me ausenté de aquellos tristes lugares, donde la barbarie africana ofrece un descanso al muerto europeo, dedicando un recuerdo á los mártires de esta bárbara civilización que no sabemos á donde nos lleva, y pensando en que ya comenzaba á hacer de las suyas el planeta de rabo de que habíamos hablado el *garçon* del *Grand Hôtel* y yo.

Gibraltar, 1881







## AL PIANO



¡ESCOITA!...



¡Vaya si lo recuerdo!

Tu mamá disimulaba, muellemente sumergida en blanda otomana y jugando con la cola de su gato de Angora, no tan negra como la noche de tus ojos.

El quinqué, velado por rosada bomba, lanzaba destellos de luz, dulces, mortecinos, misteriosos, imprimiendo matices fantásticos á la habitación.

La sombra de un gigantesco tibur, coloca-

do entre mamá y nosotros, nos protegía con su beneplácito, al sumergirnos en grata penumbra. Yo me estiraba de cuando en cuando para ver á tu madre por encima del ramaje de la maceta.

Tú estabas al piano. El instrumento sonoro, hijo de Bernareggi y de nueve mil reales, sucesor legítimo de la guitarra, aunque no tan melancólico como su antecesora, lanzaba quejidos tiernísimos á la presión de tus dedos. Acaso cada una de sus teclas guardaba dentro de sí un corazoncito que, al oprimirlo, se quejaba. Acaso aquellos pedacitos de marfil puro, eran effuvios de un alma dolorida que la moderna industria había convertido en teclas. Acaso eran nervios sensibles de un ser orgánico, encantado en la caja de palisandro del instrumento.

Tú, atenta al lamento del cordaje, paseabas tus manos sobre el teclado del elegante mueble, manos que, por lo agitadas, se me figuraron dos cervatillos asustados buscando donde esconderse, y por lo blancas, dos copitos de nieve recién caídos sobre el tejado de un *chalet*. ¡Qué manos, alma mía, al herir las teclas!... Jamás he visto más feliz consorcio entre el marfil y el marfil.

\*  
\* \*

¡Qué linda te encontré aquella noche!... ¡Como ardía en tu frente el fuego de la inspiración y qué mirada tan amorosa dirigías á los signos del papel que descansaba en brazos del atril!... Tu pie oprinía el metálico pedal, que crugía de placer á la presión de tu planta. El borde inferior de tu traje, levemente alzado sobre la menuda bota, dejaba al descubierto un filetito de media, tan blanco, que, á mi se me figuró un trozo de la vía-lactea.

Arrobado por lo dulce de tus armonías y estático por la contemplación de tu belleza, quise aventurar un *¡te adoro!* pero me fué imposible. Enamorar al ángel de la música me parecía una profanación. Además, temí á aquel ejército de fusas que desfilaba á tu frente, las que, con sus tranquilás, me parecían dispuestas á defender á su señora. Tú, sin reparar en mi deleite, continuabas aquellas escalas con que lograste escalar mi pecho. *Escalas cromáticas...* ¡claro!... como ejecutadas por un *cromo*.

\*  
\* \*

Tu mamá ya dormía. El gato, depuesta la rigidez de su enhiesta cola, descansaba en el amoroso regazo de la anciana señora, produciendo guturales sonidos de satisfacción. El quinqué, menguando en luz, desvanecía los objetos. La sombra del tabor era cada vez más grande, más imponente, más negra. Y la canción que brotaba bajo tus dedos, aquel *Escoita* tan dulce, era más sentida, más melancólica, más amante que nunca.

*Cal se peneiran  
Por entr'as follas,  
Qu'o vento more  
N-a verde touza,  
D'a lua as tépedas  
Blancas rayolas,  
Así ti peneiráchem'a yalma  
Có mirar d'os teus ollos de corza. (1)*

Emitía tu garganta la nota final semejante á un suspiro que se prolonga; aquel *corza* tan amoroso que parece el balido de una oveja.

Y vibraba tu voz cual si en ella tuvieses

---

(1) Canción del malogrado poeta Castor Elices, puesta en música por el maestro Piñeiro, y dedicada á una señorita de Ferrol.



depositado el rumor de nuestros bosques y el genio de nuestras *soidades*. Y tus ojos se elevaban angustiados al cielo reflejando en ellos el genio del músico y la ternura del poeta....

No pude más. Ciego de amor, enlacé tu talle. La silaba *cor* pudo contar los latidos violentos de mi acelerado pecho; pero la silaba *sa* ya fué testigo del más amante y atrevido beso que puede darse en la aterciopelada tez de una niña encantadora.

Te di un beso entre silaba y silaba.

Quedó el temor destruido. Ya criatura humana ante mis ojos, derreti la nieve de tu mano entre el fuego de la mía; desahogué en tu seno los tesoros de mi cariño; interrogué á tu corazón pidiéndole amante correspondencia, y el *si bemol*, que, en tu aturdimiento y huyendo de mis caricias, arrancaste al piano, fué la nota mágica que unió en aquel instante mi alma á la tuya.

—¿No me das el *si* mas que con la tecla?..

—Con la tecla y con el alma, me dijiste, ruborosa, inclinándote hacia mí y envolviéndome en una atmósfera de dulce secreteo.

—Niña—te advirtió tu mamá, despertando —me parece que ese *si* está desafinado....

---

—Aprensión, señora—le repliqué—yo lo encuentro afinadísimo...

\*  
\* \*

Desde la noche del ¡*Escoita!* han pasado algunos años; y para que veas tú lo que es el mundo y lo que deben fiarse las muchachas en la poesía, te diré que hoy, cuando te encuentro del brazo de otro hombre, tu marido, sólo se me ocurre pensar si para pescarlo, habrá empleado tu mamá el procedimiento de jugar, haciéndose la distraída, con el rabo de su gato de Angora, no tan negro como la noche de tus ojos.

Algeciras, 1881.





C. L.

---

Pobre Elvira!.. Húmedos aún los ojos por el llanto, acongojada el alma por aquel conmovedor y triste descubrimiento, tuvo que ponerse de nuevo al bastidor.

El bordado era su pan; el bastidor era su tirano. De aquellas cuatro barras, sujetas por medio de clavijas, surgía para la pobre niña un porvenir tenebroso. Aquel infame paralelógramo era su existencia y su muerte. Abandonarle, era el hambre; no abandonarle, era la tisis.

Ya en las mejillas de aquella mártir no había rosas, ni turgencias en su seno, ni fulgores en su mirada, ni esbeltez en su talle, ni gorjeos de alondra en su voz. El respirar era incierto y fatigoso; la voz, de caverna; la sonrisa, de esqueleto. Sobre sus pómulos descarnados se veían ya esas fatidicas chapas rosáceas que indican que está la tumba próxima, y sus ojos tenían ese mirar meloso y simpático de las físicas, poema de juventud con mezcla de sepulcro. El bastidor se había tragado, en fraternal compañerismo con la miseria, á una mujer de 20 abriles y había devuelto una tuberculosa.

¡Pobre niña!... Caliente aun en su pañuelo la sanguinolenta gota espectorada, tuvo que seguir trabajando. El primer esputo que descubrió la recelosa vista no fué suficiente á suspender la labor. Había que *entregar*, y ese autoritario verbo era por el momento el pan de una madre vieja y de cinco hermanitos. Era preciso terminar pronto la orla bordada de aquel almohadón, donde en breve quizá apoyaría su cabeza una recién casada dichosa.

Aquella C. y aquella L., que se entrelazaban voluptuosas besándose con sus palmas y

acariciándose con sus perfiles, representaban para Elvira dos pesetas menos de hambre en el hogar de la familia.

A peseta cada letra, y la maldita L. nunca se veía terminada!...

Cogía á la C. entre sus elegantes curvas, y la ceñía y la estrechaba, como un amante á su amada, con tal cariño, que hasta parecía se daba besos el algodón!... Maldita L!...

No; razón tenía Elvira, que no debían consentirse letras con el rabo tan largo.

\*  
\* \*

¿Porqué ama más que una joven sana, una niña enferma? ¿Será que, perdida la fogosidad de la sangre, se convierte el amor carnal en amor idílico? ¿Será que la proximidad al cielo idealiza las pasiones? ¿Que hay en el alma más eternidad y menos mundo, más espíritu y menos cuerpo, más corazón y menos sensualismo?...

El enfermo no ama más; ama mejor.

Elvira aguardaba á su amante y se olvidaba de sí misma. El amor se sobreponía en ella á la salud.

—Le diré lo de la gota de sangre y me consolará. ¿No hay también sangre en la garganta?... No, yo no me muero; yo vivo para mi Cárlos... Sería odioso suponer que Dios va á destruir mi dicha... ¡Y qué casualidad que estas iniciales que bordo sean las mismas de mi Cárlos!.. Pero ¡no!.. no debe de llamarse Cárlos el dueño del almohadón.... me hubiese salido la C. mucho más bonita.. Y mamá que me dice que tenga desconfianza!.. ¡susplicacia ruin de los años!... Cárlos es un ángel... Si Cárlos me engañase, también sería capaz de engañarme la virgen del Carmen, á quien rezo todas las noches... Y tarda hoy, tarda hoy ese picarillo!... Desde que viene por la esquina le conozco en el pisar, que me agita los latidos del pecho.... Yo casada!..... yo con mis hijitos en el regazo y mi Cárlos al lado, mirándome con amorosa dicha!... Dios, qué bueno eres!... Y no voy á poder criar á mis ángeles con este pecho pobre! ¿porqué no me hizo Dios más robusta?... Gozaría tanto con mi ángel arrimadito al seno!... Cárlos mio!... Cárlos mio!...

Y la pobre niña, fatigada de sus ideas, que en confuso tropel danzaban en su cerebro débil, dejó caer la mano, soltó la aguja, y se

---

quedó, no dormida, sino entregada á ese *duerme-vela* letárgico de los enfermos del pecho.

\*  
\* \*

“Adorada Elvira: Circunstancias tristísimas é inesperadas me alejan de ti. Nuestros amores han sido un sueño; nuestra soñada dicha una ilusión; nuestra ilusión un desvarío; nuestro desvarío copo de nieve que licúa hoy el sol de mi desdicha. Olvidame. Procura borrar de tu pecho esta pasión desgraciada. Sé feliz, mientras yo en lejanos climas lloro las adversidades de mi destino. Adios.—*Cárlos López.*”

La carta era cursi; pero expresiva, y el necio se creía á salvo con cuatro frases estúpidas. El corazón de una inocente, pisoteado por un mentecato; la derrota de un hogar, el cariño de una virgen, el sosiego de una pobre enferma, la tranquilidad de una mártir, y la vida quizá de un ser, alcanzaban por todo premio una despedida cobarde; la ficción de una ausencia para cubrir las asperezas de un abandono; una copia de epístola de novela romántica...

Cárlos López podía quedar satisfecho.

Al asesino, nuestra sociedad le da garrote, al bandolero le sepulta en el Código penal... ¿y á tí, bandolero del hogar, qué tribunal te juzga?... ni siquiera el tribunal de los hombres de bien, porque los conocemos, y aun seguimos estrechando la mano de esos infames.

Aquellos renglones que dejaron libre á Cárlos López, y con todas las honras del más perfecto caballero, se recibieron en el hogar de Elvira como un aire de muerte. La pobre vieja vió realizados sus tristes augurios. Elvira, que aguardaba á su amante, vió llegar en lugar suyo una perfidia. Leyó temblando la carta y cerró los ojos antes de terminar su lectura...

Noche, todo noche...

¿Lloró?... No. ¿Se llora acaso por los bribones?...

\*  
\* \* \*

Declinaba una tardecita del mes de Mayo. El sol, envuelto en purísimos lacres rojos, caminaba hacia el horizonte como un gigan-



tesco labio que sonríe, satisfecho de haber prestado fructífero beso de amor á las primeras lilas. Los enfermos del pecho están de plácemes. La temperatura se templá. El aire tibio conduce suave calor á los pulmones. Ya se pueden iniciar los paseitos al campo. Ya se puede llegar á la fuentecita de Insua á beber aquel agua tan suave en el vasito de cuerno.

¡Bienvenida seas. Primavera, con tus flores y tus efluvios embalsamados!

A tu dulce soplo, crea risueñas esperanzas: el ánimo del triste; carminase la aterciopelada tez de la doncella; adquiere vida y vigor la Naturaleza; cúbrose de florecillas el campo; sube más recto al cielo el humo azul de la choza de la montaña, y llega en avanzadas á nuestras riberas el primer contingente de alborotadoras golondrinas. El nido poético del año último, aguarda, pendiente del toscó alero, el nuevo calor de los pintados huevecillos del ave emigradora, y allá por las llanuras areniscas del Africa, traza éstas sus planos en averiguación de su querida morada europea.

Primavera, á tu calor ensúchase la vida, enriquecese el organismo, circula la sangre

---

con más fuego, se abrillanta la fantasía, y se enciende el alma en santos amores. En ti bebe el poeta sus delicadas rimas, en tus tintas empapa el pintor los márgenes de su paleta, en tí encuentra el literato la forma de sus sublimes concepciones; á tí recurre el amante en busca de colores para su pasión, y la enamorada doncella en busca de aromas y de besos. De tus brisas suaves brota el molde del suspiro que acaricia, del canto que adormece, del labio que besa. Tú eres el cielo del pobre y del desesperado, y en tus redomas de misteriosas virtudes traes el bálsamo de la convalecencia al triste y abatido enfermo.

Germen de la vida, consuelo del afijido, madre de la luz, yo te saludo, como te saludan las lindas alboradas de mi Galicia con sus ruidos vagos y sus tenues claridades; como te saludan las, á tu aliento, rizadas ondas azules de nuestros ríos; como te saludan las mimosas campanillas de nuestros prados; como te saludan en coro esas falanges de mariposas que vuelan, de alondras que pian, de abejas que zumban, de corderillos que saltan, de cabras que triscan, de gorriones que aletean, de hierbas que brotan y de grillos que

mueven al sol las membranas de sus sonoros élitros . . . . .

—¡Maldita butaca que me retuvo durante este interminable invierno gallego!... ¡oh!, mediante Dios, este será el último que sufra... Dios no abandona á sus pobres criaturas que le piden..... Bien lo dice el médico; aun hay esperanza; aun hay esperanza... ¡Y que simpático se me aparece diciendo eso mi buen amigo!...

¡Mentida ilusión!... ¡La Primavera!... ¡La primavera para detener la muerte ante el lecho de una mártir del trabajo que sucumbe de privaciones y herida en su amor!... ¡Quiá!...

El médico suda, discurre, y espera de la estación lo que no ofrece el libro.

Y mientras la estación llega, se encarga la botica de tragarse el mísero salario de las últimas puntadas.

\*  
\* \*

Se ausenta el apóstol de la ciencia haciendo un gesto doctoral, y viene el ministro de la religión preparando sus algodones. A las

fórmulas farmacéuticas, sucedense las preces de los agonizantes. Sale el médico llevándose las llaves de la esperanza, y entra el sacerdote con las llaves de la eternidad...

El pulso decrece y se torna filiforme; aumenta la *dispepsia*, esa ansiedad en el respirar que obliga á abrir las ventanas, anhelando aire, cuando lo que falta es pulmón que lo respire; el pecho araña bajo el oído que lo ausculta y suena á hueco, como un ataúd, al percutirle; suda la sien con ese sudor pegajoso cuyo contacto repele; los accesos de tos cascada y profunda aumentan desesperadamente; cae el brazo sin fuerza sobre el embozo de las sábanas, y las hemoptisis frecuentes y abundantes no ceden ni á los derivativos más enérgicos, ni á los astringentes más poderosos. El percloruro de hierro, la poción de Silvio, la limonada sulfúrica, el cornezuelo, la ergotina, presentaron su dimisión...

Se han convencido de la ineficacia de sus esfuerzos.

¡Qué triste!... ¡qué triste!...

¡Y aun piensa la desgraciada en el mundo! Aun ideas profanas oscurecen su mente!...

—Acaso me volverá á querer. No es posible que sea tan infame ese hombre. Si! ven-

drá, vendrá, y con él la vida!... Le avisaremos que me muero, padre mio!...

Escena tierna entre una joven que agoniza y un anciano cura que llora. Ultimo esfuerzo de la materia que se subleva contra la nada... Relámpago fugaz que ilumina el paso á la tumba... Después, la postración suprema; el aniquilamiento precipitado; el sudor más y más copioso; el pulso que se vá, ¡se vá!; recuerdos confusos de la niñez que vienen á la memoria; mecánicas trivialidades que hacen arrollar inconscientemente los encajes del lecho mortuorio; unos ojos que se fijan y enmudecen y una mano que sobrevive y habla... Luego... nada... el sacerdote que reza fervoroso en un brebiario, la familia que huye, los niños que lloran de algo que les asusta y no saben explicar, y... un hombre que apura con deleite una copa de *cognac* en el café de la esquina.

\*  
\* \*

No he sabido nunca si las iniciales que bordaba mi amiga Elvira en el almohadón, estaban destinadas por un azar del destino á

---

servir de efecto en la canastilla de boda de la futura del cursi D. Carlos López. Hubiera sido un escarnio de la suerte; pero un escarnio muy posible. Lo que si sé, por que lo he visto, es que al amortajar el cadáver de la pobre niña, una de esas viejas asquerosas, que desempeñan el triste oficio de doncellas de la muerte, encontró en la mano cerrada de la joven un pedacito de tela con una C. y una L. primorosamente bordadas al lausí. No había duda que á la pobre Elvira le había asaltado la misma idea que á mí, y quiso llevarse al sepulcro el motivo de su sospecha.

El resto del almohadón apareció después, cuando el dueño de la tienda vino á reclamarlo, desgarrado á tijeretazos en el bastidor.

La inocente venganza de la infeliz, costó á la familia 35 reales.

\*  
\* \*

Pasaron meses de este suceso, en que no volví á ver á la familia X.\*\*\*

Llegué á Ferrol tras una ausencia; voy á hacerle mi visita, y ¿á quién creéis que veo al bastidor?... A la misma Elvira con sus me-

---

jillas de cera y sus ojos lánguidos, que bordaba otras iniciales diferentes....

Había muerto; pero era reemplazada al bastidor por la mayorcita del resto de las hermanas, que ya tosía de extraño modo.

Ferrol, 1880.









## EN EL TRONCO DE LA HÉLICE

—○—  
CUENTO AL VAPOR

—  
I

Roque es un buen muchacho.

Nacido en humilde cuna, tales trazas se dió, tantos esfuerzos de imaginación hizo, y tanta laboriosidad ha desplegado, que hoy, después de muchos años de trabajo, y trabajo rudo, ha podido conseguir un legítimo bienestar á merced de un sueldo decoroso que le proporciona la compañía de vapores *Great steam ship*, en la que sirve la plaza de primer

maquinista. Trabaja mucho, y aun suele mancharse sus manos con el sebo y el aceite de las lubricaciones; pero las manchas que produce el trabajo honran y no deslustran.

¡Cuánto corrió el mundo, Dios mío!... Cuántos sudores y cuántas peripecias en su vida, antes de llegar á la codiciada meta!.. Pero llegó, y es claro, pensando prudentemente, al verse con los galones de la suprema categoría, tuvo por noble el cumplir la palabra empeñada con aquella morena, que le espera en Ferrol, haciendo dobladillos y rezando las noches de vendabal para que la *Virgen del Buen viaje* le dé un viaje bueno.

—Nada, nada, ya llegó la hora,— dijo Roque una mañana de mucho calor, en el *Pantalán* de Cavite, y desde Cavite se vino, nada menos, cargado de mamarrachos chinos para ofrecerlos á su futura...

## II

Miren ustedes como causas insignificantes producen efectos trascendentalísimos y que influyen para siempre en nuestro porvenir. ¿De donde creerán ustedes que venía Roque el día que conoció á Rosa, quedándose preso

en aquel par de ojazos negros como el carbón?.. Pues venía simplemente de un recibo de *idem*, es decir: de carbón.

¿Y de donde creerán Vds. que venía Rosa, con su pasito menudo, la primera vez que se puso al habla con Roque?.. Pues venía simplemente de *entregar*.

Rosa cosía para fuera.

Y sin embargo, aquel simple *recibo* y esta simple *entrega* iban á ser las operaciones fundamentales de un asiento muy importante en el *cuaderno de vapor* amoroso del simpático maquinista.

Roque vió, con extrañeza, después de conocer á Rosa, el manómetro de su sangre subir sin tino; y Rosa vió también, después de conocer á Roque, que la bastilla de su firmeza se descosía punto á punto como las costuras de máquina. Y Roque con su manómetro elevado, y Rosa, ya del todo descosida, se amaron como dos tontos, y se lo juraron, é hicieron proyectos para el porvenir, y... vamos, todo lo que sucede en esos casos.

Roque, veía con dicha inefable, que el corazón de Rosa abría cada vez más sus válvulas á la pasión, y Rosa observaba, con delicia, como el manómetro amoroso de Roque

---

iba sube, que te sube, delatando cada día más atmósferas en las calderas de su cariño.

### III

Y es que las morenas, caballeros, siempre serán las morenas. No hay nada más apetitoso ni más reguapo, que una morena, en el nomenclator de la mujer.

Yo, respeto á los apologistas de las rubias, acato los encomios prodigados á los azules ojos, hasta me gustan las rubias por un rato; pero la verdad, me saben á infusión de tilo... No puedo soportar aquellos ojos lánguidos, anémicos, sin eclipses, que siempre dicen lo mismo, y siempre nada. En cambio, los ojos de una morena me atraen, aunque me asesinen. Encuentro en ellos imán, electricidad, calor, vida, movimiento, promesas, caricias, fuego, agilibus....

Los ojos deben ser negros para ser ojos, como el chocolate debe estar espeso para ser chocolate.

Los ojos azules sueñan; los negros, hablan. Los azules, reflexionan; los negros, gritan.

---

Unos son poema, otros epitalamio. Los azules, piden; los negros, ofrecen.

Los ojos azules no son ojos; son un pretesto para mirar.

Y aun así, para mirar con malos ojos.

Me haría una rubia, que pretendiese robarme el corazón con sus ojos lánguidos, el mismo efecto que si me saliesen á un camino con un par de puños de paraguas.

Pero á Roque, en vez de puños, le salió Rosa con el par de puñales de sus ojos negros, y el pobre Roque ¡es claro! entregó la bolsa y la vida.

#### IV

Ya tenemos á nuestro maquinista enamorado, de vuelta de Filipinas, en Ferrol, con la orden de embarco para la goleta *Rosa*, coquetón bajel de 18 Abriles, ó mejor dicho 21, porque *Rosa* siempre se comería un par de años. Orden de embarco, firmada por el cura y con el V.º B.º del juez municipal... orden endiablada.

Pasáremos por alto el pormenor de éste trasbordo. También nos callaremos el rosario de suspiros, mimos, promesas etc. que se hi-

cieron los nuevos esposos al salir por la puerta de las Animas, aquella madrugada del mes de Septiembre, porque ¿quién no se casó una vez por lo menos en la vida?

La mamá gimoteó un poco, abrazó á su hija, y la dijo algo al oído, que hizo poner colorada á Rosa. Hubo banquete por todo lo alto, los brindis naturales alusivos al fausto suceso, las bromas de cajón de los amigos, las sonrisitas picarescas de las convidadas solteras, y los augurios de las viejas sobre el primer fruto de bendición. Huyendo el laberintico alboroto, Rosa y Roque, serian las once y media, se retiraron á sus habitaciones, y al estar la niña con sus zozobras de virgen, ya bajo la nube de puntillas y entredoses de las sábanas blanquisimas, se sentó y murmuraron sus labios esta oración rutinaria:

*Con Dios me acuesto,..*

Aunque ya ella sabía que aquella noche iba á suceder de otro modo.

## VI

Pasaron años de las anteriores escenas.

Roque volvió á navegar, renovando su conocimiento con los chismes mecánicos que odió un instante.

El idilio matrimonial terminó como termina todo.

Y á los extremos de pasión, que serian insostenibles, sucedió esa calma del cariño, que se enfría, es cierto, pero se torna más santo. El fuego de los primeros sacrificios, deja de arder, y en el amor que queda, habrá menos vehemencias; pero hay más verdad que en el amor que pasa.

Ya se acabaron las tiernas solicitudes, el constante agasajo, la pegajosidad continua de los cónyuges, las disputillas mimosas, los celitos fingidos para llegar á reconciliaciones adivinadas de ante mano; toda esa balumba, en fin, de nimiedades y tonterias á que nos solemos someter gustosos durante el reinado de la luna de miel. Por otro lado, los hijos llegan con sus imposiciones de solicitud y de cuidados, ocupan á la madre tiernamente, y

comparten en su corazón el amor que antes era todo del marido. Este, sale con más frecuencia del hogar, reanuda sus amistades del mundo, comprende que el pan de la familia está en el trato social, y sin dejar de querer entrañablemente á la esposa, no aparece ya á sus ojos con la antigua miel del amante de alfeñique.

Las sentimentales lloran, creyendo en despegos; las enérgicas—y ahí están las morenas—se enfurruñan, y no pasan por el aro; las imprudentes y mal educadas, gritan y convierten la casa en un refidero perpetuo; y las más, casi todas, nos achacan mil monstruosidades y crímenes, por tal cual pecadillo de infidelidad que solemos cometer, los días de la semana que tienen *erre*, y algunas veces también los que no la tienen.

El demonio son los hombres!.....

## VII

—Fuego en ellos—decía la pobre Rosa, cuando se enteró de ciertas picardigüelas de su marido.

—Sí, señor, graneado—contestaba su ami-



ga D.<sup>a</sup> Blasa, solterona de libras, que, por lo visto, tenía motivos para aborrecer al género masculino.

—¿Y lo vió V. misma, señora?...

—Con la mayor insolencia, hija. Por mi lado pasaron, los muy sin vergüenzas, hechos dos cajas de jalea de la Habana...

*Observación:* Un marido que resbala; una amiga officiosa que lo cuenta y una esposa que ya se está *escamando*. Tres elementos, obligados del primer desacorde en la charanga del matrimonio.

Rosa, con todo, duda; y si con el corazón defiende á su marido, con la cabeza le cree culpable. Oyó muchas historias parecidas, y no ha de ser su Roque el único que tenga una lápida de contra-incendios.

—Torpe de mí, dice. Y yo, que era la que le impulsaba á acompañar á Matilde para que la pobre chica no fuese sola de noche!...

Esta Matilde era el pedrusco puesto á la puerta de la dicha de aquel hogar, que hasta entonces marchara sin tropiezos.

Era Matilde la costurera de la casa.

## VIII

¿Pero, de veras, no sabéis lo que es una costurera?

Ni aun de broma se os puede consentir que desconozcáis ó afectéis desconocer el tipo.

Doce varas de cretona floreada, unos botitos diminutos como el alvéolo de una almendra, un pañuelito de seda de colores que acaricia las sienes, un paso menudo como el respunte de una máquina de coser, una faz risueña, aterciopelada, y... una esquina: he ahí lo puramente preciso para el dibujo. Después, dentro, un corazón que late fuerte, una mente que sueña, una imaginación que fantasea un novio, una sencillez que le cree, y una bondad que le sufre y le perdona. Dentro de cada costurera hay una balada de amor, á veces hay dos baladas, á veces cinco y siete, y nueve, y doce: un tomo de versos. El héroe de estas baladas es casi siempre un militar. La aguja tiende á la espada. El acero, atrae al acero. En esas noches frías en que la costurera vela con sus manos amoratadas y apresura la velocidad de la confección para

terminar el costoso traje de baile de la elegante dama, por bajo el rizo castaño que cae sobre la labor, se ve en sus ojos un destello. ¿Qué pensará la humilde muchacha al remover la crujiente seda?.... ¿Acaso el destello es de envidia?... no; es de esperanza; también ella lucirá un día una seda y un escote como aquel que está ocupando actualmente su aguja... También su Federico—que indudablemente será su esposo—subirá y subirá, y la misera estrella de la bocamanga será entorchado, y la costurerilla olvidará su humilde origen. Sí, ya ella lo leyó bien en aquella novela en que la heroína subió nada menos que á un trono; ya ella vió á fulanita, mucho menos guapa, que se unió á un marino; ya ella sabe que no hay clases ante el amor... Así piensa, y dan las ocho y recoge, y sale, y del portal del lado se destaca el consiguiente bulto, y con él hace pareja, y de aquella pareja brotan las palabras de amor, las esperanzas, las promesas. Y pasa por entre los dos el viento de Enero, y el viento se lleva en sus alas aquel idilio.

Confiada juventud de la aguja, no piensas mal. El amor, que no respeta esferas ni categorías, te iguala á la orgullosa señorita, cu-

yo traje engalanas; ¿quién dijo te iguala?... te eleva sobre ella, por que tú eres humilde, tú eres modesta, tú eres trabajadora, tú serás una esposa saludable sin jaquecas ni perifollos. Tú sabrás hacer feliz á un hombre porque sabrás agradecerle su cariño; tú no le arruinarás con tus caprichos, por que has nacido en la modestia y en el trabajo. Tú sabes bien lo que vale una peleta. Tú serás aún madre fuerte para entregar sin miedos á tus hijos el raudal de tu seno pródigo. Tú eres una mujer. Tu sonrisa, animada de destellos de vida, será para tu esposo más dulce que aquella romanza mal tocada al piano que crispera los nervios del marido de enfrente; pero... Ya pareció el pero. Tengo que confiar-te un secreto. ¿Sabes como te llama ese mismo Federico á quien adoras?... te llama cursi. ¿Sabes que hace cuando se retira de noche á su casa de huéspedes de ocho reales, ó al buque ó al cuartel?... Reírse de tu credulidad y de tus juramentos. ¿Sabes á quien aspira?... Aspira á aquella mocosa semitísica que le desaira. No te aconsejo que olvides á Federico; pero *escámate*. Yo bien sé que la aristocracia de pueblo encuentra acaso sus pergaminos en el fondo de un dedal ó á la

sombra de un cucurucho de pimiento molido; pero por eso mismo es más intemperante. Tú misma, cuando hagas tu entrada en esa estúpida *burguesía*, mirarás para atrás con desdenes, y harás mohines á las que te siguen en la carrera del dobladillo.

## IX

Nadie con tanta maña como las mujeres para inquirir lo que desean saber. Matilde y Rosa tuvieron una entrevista. La posesora legítima y la *raquera* se despedazan con la mirada.

La batalla es terrible. Mil estratagemas diplomáticas desarrollaron aquellas dos hijas de Eva; mil ardides, para inquirir la una, para disimular la otra.

Ambigüedades, palabras de sentido equívoco, halagos, promesas, iras, amenazas, insultos... de todo se valió Rosa para arrebatarse á su rival el terrible secreto. Temblando ante la idea de encontrar confirmación á sus sospechas, luchaba sin embargo por desgarrar el velo que las cubría; y aquella mujer llegó á querer comprarle á su odiada competido-

ra, con dinero, la intranquilidad para su corazón.

No se vendió Matilde; pero al querer simular un toque de dignidad de mucho efecto, entregó de valde lo que guardaba con codicia:

—Señora!... Dios le perdone á V. el mal que acaba de hacerme. Esas palabras abren una *escotilla* en mi conducta...

Matilde se acababa de vender con el pícaro tecnicismo. También Roque decía *escotilla* por decir agujero.

Rosa dijo aquella misma tarde á D.<sup>a</sup> Blasa:

—Tenia V. razón, amiga, hubo roce...

## X

Primer día nublado en el cielo del mecánico matrimonio. *Narices, monos*, desvíos mal disimulados, huellas de llanto mal comprimido, aspereza en las voces, nebulosidad en las miradas.

—Hay moros en la costa, murmura él.

—¡El infame!...; piensa ella.

Y véase como una pareja feliz, hacia veinticuatro horas, se miraba ya con enfado, gracias á una pícara solterona.

Siempre creí, y con razón, que cuando pasan de los treinta las mujeres, y no se han casado ya, deben mirarse con sospecha.

La pobre Rosa, ansiaba vengarse. Pensó en devolver daño por daño; herir á su marido con la espina de los celos que atravesada tenía ella en mitad del corazón. Pero justo es hacerle justicia: tal pensamiento no cupo en su mente más que el tiempo preciso para que le deshechase con horror.

Pablo y Virginia, Hipólito y Dianora, Isabel y Marsilla, Matilde y Malek-Adel, Laura y el Petrarca, Rafael y la Fornarina..... felices amantes de la leyenda que habeis hecho durar vuestro amor á través de los siglos... ¿vosotros no habeis tenido celos?... ¿no habeis experimentado ese horror que causa el intruso en este asunto íntimo de dos seres que se pertenecen?

Eso pensaba Rosa en sus soliloquios, sin echar de ver que, esos señores, acaso no tuvieron costurera...

## XI

¿Porqué el hombre se obstina en negar siempre sus defectos de conyugal fidelidad?

¿Es acaso que conoce que obra mal y se avergüenza? ¿Siente el rubor de su falta?... No lo sé; pero el caso es que jamás he visto un marido que declare.

—Antes mártir que confesor, dijo Roque; y ¡cualquier astucia femenil iba á sacarle á él del cuerpo sus amoríos de contrabando!..

Amoríos que le pesaban ya, que miraba con hastio, que estaba decidido á tirar por la ventana, y que sólo le hacia sostener un amor propio mal entendido y la actitud reservada de su esposa, en la que ya no veía esas dulces adhesiones y esas pequeñas familiaridades del hogar legítimo, que nos sostienen tan fieles, y nos tornan mansos al redil, cuando la picara fantasía nos hace tirar al monte. Un piadoso disimulo por parte de la mujer, ó una pequeñísima reconvención cariñosa surten, en achaques de inconstancia, más efecto, que el aparato de persecuciones y desnuestos que la mayor parte de ellas emplean con éxito dudoso casi siempre.

Rosa lo entendía de otro modo...

Caminaba una noche nuestro buen Roque, caballero en sus remordimientos, al lado de Matilde. El amor impuro, ilegítimo, tiene



sus sobresaltos, y Roque sentía aquella noche extraños temores.

La luna, acostumbrada al papel de encubridora de tapujos, esparcía las rúbias guedejas de sus rayos por entre las hojas de los árboles del solitario camino, mientras la furtiva pareja se internaba en la fronda, prefiriendo á lo poético, lo oscuro. El brazo bajo el brazo, la mirada en la mirada fija, y el aliento ansioso del uno entremezclándose con el aliento ávido de la otra, marchaban tiernamente al idilio amoroso de alameda, cuando súbito la niña lanzó una exclamación y se encontró destocada... Un atrevido, no visto, se había acercado con cautela, y la había arrebatado su pañuelo con el que se alejaba á todo correr, tremolándole en su mano.

—¡Infame!... dijo Roque.

—Veinticinco reales me habia costado, Roque mío!... dijo la hermosa y rompió á llorar.

## XII

—No me podrás negar, Roque, que tienes amores ilícitos, dijo por fin un día la buena de Rosa, entre un suspiro y una gazmoñería inimitable.

—No, mi cielo, puedo jurarte que eres la única que reina en mi corazón.

—¿Y en tus sentidos?...

—Y en mis sentidos...

—¿A donde ibas, pues, anoche, por el camino del Parque?...

—¿Te lo han contado, eh?... Pues mira, culpa al barco, hija... Una avería impensada en la máquina...

(*Rosa, con sorna*) ¿Conque en la máquina?..

—Puedo jurarte... En el tronco de la hélice... Chica! si entraba por allí un buey de agua...

—¡Dios mío...! Y mi corazón me dice, sin embargo, que me eres infiel.

—Eh!... babosilla!...

—¡Y lo eres! dijo Rosa en un raptó de mal humor.

—Mira, Rosa, tengamos la fiesta en paz, que corazonadas no son pruebas.

—¿Pruebas?... yo te las daré...

—Mentira!...

No hay que asustarse. El lenguaje de los casados, á veces empieza en un insulto y termina en un beso. Váyase por las veces que empieza en un beso y termina en un insulto.

## XIII

En la mesa y en el lecho es donde terminan, por lo regular, las disensioncillas matrimoniales. El estómago acariciado es un gran elemento; para un armisticio; y cinco ó seis (no se cuantas) varas de lienzo, cubriendo á los casados, son un gran tapete para firmar la paz.

—*La sopa está en la mesa*, fué la frase mágica que contuvo el furor, pronto á desbordarse en formas peores, y Roque, depuesto el enojo ante la esperanza de un comfortable guiso, enlazó á su mujercita por el talle y se dirigieron juntos al comedor.

Pero Roque, al acercarse á la mesa, palidece; coge el cuchillo para encontrar un disimulo, y se corta; se sienta, y le falta la silla; arrima al labio un tenedor, y se hiere; quiere mirar á su mujer, y no encuentra expresión que dar á sus ojos asombrados. Allí, á su lado, en contacto con su brazo, acusándole, llamándole traidor, haciéndole muecas horribles, está el cuerpo del delito; la prueba con que su mujer había de confundirle; el

pañuelo de Matilde, en vez de servilleta, y elevado á la categoría de fantasma. Allí estaba aquella esfinge roja con ramazones, aquel fiscal de veinticinco reales formándole una averiguación sumaria y guiñándole picarescamente un ojo. En su ilusión, creyó Roque que hasta se reía el pañuelo, y si Rosa no estuviese allí á su lado para ocultarlo, se lo hubiese comido.

Rosa tuvo el talento de terminar la escena, diciendo á la criada.

—Chica, retire V. de aquí este pañuelo, que al señorito ya se le pasó el constipado.

#### XIV

Sin que yo lo diga, ya habrán ustedes adivinado donde tuvo fin el capítulo de las reconciliaciones.

Estirando un pie, y hecho un almibar de puro derretido, dijo Roque á Rosa:

—Tú siempre tan buena... ¿Y no me guardarás rencor?...

—Con una condición: es preciso que me prometas solemnemente, evitar todo lo posible las averías... en el tronco de la hélice...

---

Después corrieron el cortinaje, y ya no oí mas que un arrullo de palomas, blando y sostenido.

Me había olvidado de decir á ustedes que estaban muy caidos en la cria de pájaros.

Ferrol 1881.







## MUGARDOS



*A mi hourado y querido asistente Miguel Soto,  
hijo de Mugardos.*



### I

Saliendo por esa estrechez que de nuestra hermosa ría conduce al mar, los pasajeros del vapor descubren á su izquierda una agrupación de casitas blancas que, miradas al través del velo de la niebla, parecen una lona puesta á secar sobre la playa, ó el ala de una gaviota que descansa sobre los rizos de las ondas. Es Mugardos. El vapor avanza en

su marcha, y el *touriste*, con la lente sobre el ojo, apunta en su *carnet* de viajero una nota poética, mirando por entre el humo de la chimenea las últimas aristas de aquel pintoresco caserío que se esquiva entre el verdor de los matorrales. Desaparece del todo el vapor entre las brumas del horizonte, y aun el remolino que engendró la poderosa hélice, viene en anchas espirales á morir, besándola, sobre la playa de la población coqueta. Aquellas franjas de agua son el lazo que une al bajel que se va con el pueblo que se queda; son el abrazo postrero del marino al hogar; son el adiós de despedida del ausente á los recuerdos de la infancia; son el postrer quejido del corazón triste, que viene á deshacerse en gotas de cristal sobre la arena.

En esas espirales vienen unidos la amargura de la lágrima y el fervor del beso, las promesas de ayer con las esperanzas de mañana, la oración y la caricia, el latido y la nostalgia... nada... debilidades gallegas que mueren trasformadas en encaje de espuma.

En la cruceta del vapor que se aleja, cabalga un hombre de rostro muy moreno. Aguza la melosa mirada hacia la ribera; quiere ver y nada descubre ya. También él tiene una



---

nota poética para aquel caserío blanco que se hundió en la ola; pero, como no tiene *caract*, la escribe sobre su corazón.

## II

La mano callosa por el remo; pero cordial y franca; el rostro atezado por el sol; el pecho duro á la fatiga; el corazón abierto á la nobleza. En su espíritu hay algo de ese reposo que infunde la continua lucha con el peli-gro; en sus ojos contellean los misterios del mar, en su conversación se aspira el salobre aroma del agua salada. Su olor es acre y simpático, su traje es pintoresco. El rojo gorro del catalán adorna su cabeza. De acero es el nervio de su brazo, de condor la penetración de su mirada altiva. Si le veis pasar, empuñad su diestra y apretad con orgullo, porque apretáis la mano de un hombre de bien, de un hijo del trabajo. Ese hombre fuerte y humilde es un obrero del Océano, es un pobre pescador mugardés. En aquellas casitas blancas que divisa el *touriste* con su lente, tiene su nido; en aquellas arenas tostadas tiende á secar sus redes, en aquel

---

pobre cobertizo embrea su pequeño falucho; en aquel mar tan manso, tan azul, que lame humildemente la playa, tiene su pan y su enemigo.

Vedle llegar. ¡Con cuánto alborozo arria la driza de su vela!; ¡ya empuña el remo! ¡ya se aproxima!.. Ya de aquel grupo de mujeres se desliza una carita sonrosada que baja á la playa hasta humedecer el blanco pie en la onda. Se sonrien *él* y *ella*, y al chocar en su camino la sonrisa de la doncella y la sonrisa del marino, nace un mundo de flores. Son dos prometidos.

Ved aquella viejecita también baja, también ella abraza con delicia al recién llegado y confunde las canas de su cabeza con la negra y áspera melena del rudo muchacho. ¡Llora! Llora porque llegó salvo... ¡Quién sabe si un día llorará por que no viene!...

Suena el caracol en la proa de la nave; llénase la playa de mimbre; y de la red, una á una, va cayendo al fondo del canasto plateada riqueza. Cala su gorro el audaz pescador, enciende su pipa, pasa el brazo por el talle de su amada, y al notar también en su párpado diminuta gota de llanto reprimido, la dice con fiereza:

---

—¿Quién teme al mar?... ¡El mar... es mi esclavo!...

### III

Allá están los faluchos dando sus picholas al viento. Los palangres calados. La brisa débil, adormece las duras embarcaciones, y la vela zapatea, falta de fuerzas, sobre el enhiesto mástil. La pesca fué maravillosa, la salida va á ser una cosecha. El mar está azul y tranquilo y Mugardos aparece allá, muy lejos, como un pequeño punto. Los muchachos trabajan al son de sus canciones. El sol cae y camina á buscar su lecho en el seno de las ondas.

El puerto espera. La embarcación se apronta. El viento aumenta. La vela se hincha...

Las ligeras lanchas caminan en escuadrilla, como una bandada de pequeñas golondrinas que ensayan sus primeros vuelos. Las rodas hienden fieramente el mar que se deshace en gotas á su embate. La vela, ya no zapatea, que se aleja del palo en soberbia tersura y las drizas silvan, al cortar con violencia el aire. La cornamusa rechina entre el ensamblaje de la regala. Los desviamientos

---

del timón hacen saltar á bordo espumas de blanca estela...

El sol humilló por completo su frente y llegan los primeros crespones del crepúsculo, mensajeros de la noche. El Océano, ha un hora tan tranquilo, da rienda suelta á las bruscas ondulaciones de su seno. El viento, en creciente ira, sopla codicioso sobre las naves. Parece que han lanzado de improviso una maldición sobre el mar.

Los faluchos se desbandan. Aquella falan-je de golondrinas busca por vías diversas el alcance del poético nido. El Océano se vuelve iracundo contra su señor. Cada ola es más grande, más tremenda que la que le ha precedido, y el agua cae ya en cataratas sobre las embarcaciones. El cordaje se extremece, los mástiles crujen por las carlingas, simulando el rechinamiento de una dentadura desesperada. Rómperse la lona en jirones de nieve; húndense las proas, como buscando el camino del abismo, y el mar está negro como el color de aquellos corazones que aun le combaten...

¡Un naufragio!... Una de las diarias epopeyas que escribe el hombre con su vida sobre las aguas del mar! Primero un temor, luego

---

un combate, luego un vencido. Un barco que zozobra, un palo, un punto, nada. Un círculo de agua que se ensancha, una vorágine que aspira, una oración comenzada sobre las olas y que termina en el silencio de las profundidades. Una lágrima de á bordo que va á encontrar otra lágrima de tierra. Cien hombres que sucumben y cien pedazos de pan que faltan. Una catástrofe marítima que llena de luto á los pueblecitos que se ocultan tras el cantil de la costa. . . . .

Por eso, como están tan íntimamente ligados el uno y el otro elemento, el mar y la tierra firme, los vapores al salir envían hacia las casitas blancas de la ribera un saludo cariñoso, entre las espirales de agua que engendra el giro de sus hélices.

Uno, tres, cinco... falta uno; uno falta; uno no viene! Uno encontró su sepultura en las olas! Circula la noticia; pero aun se espera... No, no!..., es muy traidor el mar. No volverá.

Aquella lágrima de placer que derramaba la pobrecita vieja al estrechar en sus brazos al navegante que regresaba al puerto, será ahora enjugada con un pañuelo, negro como

el dolor, como la angustia, como ese mar infame que se ha tragado á su hijo. Aquella sonrisa de la esposa se convertirá en mohín de duelo; aquellos bulliciosos gorjeos de las criaturas del marino se verán interrumpidos por el hambre. El falucho, que no llega, envió luto para veinte familias.

Descalzas, abatidas, preñados los ojos por el llanto, van las mujeres pisando las guijas de la carreterra hacia la distante rada. Allí hay guarecido un falucho... Llegan.. no es él.

Desde la cumbre del monte se divisa una embarcación perdida. Los ribereños la ven perfectamente desde las puertas de sus chozas. Tiene al aire la quilla, y las olas, otra vez mansas, del mar azul, se rizan aduladoras sobre los fondos de la nave. Ah, pérfido mar!... De aquellas tablas ya se ausentó la muerte!... Aquéllo es tan sólo el despojo del combate.

El mar venció, y los combatientes, que ayer luchaban llenos de vida, volverán mañana, en brazos de ese mismo mar, cadáveres, á las mismas puertas de sus hogares.

¡Quién sabe, si un amanecer, al abrir su

---

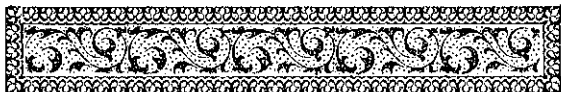
ventana una carita de rosa, prometida de un marinero, verá á sus pies en la arena el cuerpo inerte de su amante, abandonado allí por la resaca!....

Ferrol, Febrero, 1884.









## UN EPISODIO DE LA GUERRA DE EGIPTO



—Vuela mi corcel!... El ardiente soplo del Simoun inflame tu nariz, y triture tu ferrado casco la tostada arena!... Alas el huracán preste á tus lomos; fuego á tu sangre pura el sol de los desiertos!... Mágico acicate hiera tu sensible hijar, é imprima en tí el genio de las Dunas el vigor cálido de los hijos del Profeta!...

Sús, mi corcel gallardo!... Tus clines, de seda de Damasco son; tu ojo altivo es un des-

tello de la luz del día; tu nariz fogosa quema, al resoplar, la humilde yerbecilla del verjel!... De plumas de cuervo negro es tu cola y de acero templado tu lomo poderoso....

Fantástico y lujoso jinete, así animaba su fiel cabalgadura al través de las soledades del Sahara.

El sol caía, y el bruto, ganoso del estímulo y animado por el constante espoleo, hacía desaparecer bajo sus herraduras el suelo, con la velocidad de un rayo.

Moreno era el jinete y joven. Cubría su cuerpo una chislaba galoneada de oro, y, como ala inmensa de nieve, brotaba de su espalda el rebozo de su blanco alquicel sostenido en horizontalidad por el vértigo de la carrera. Relumbrante alfanje golpeaba el estribo, y por bajo los pliegues de su caftán asomaban como puntas brillantes las culatas de dos pistolas incrustadas en nácar y plata fina. En su semblante pintábase la contrariedad, y en sus ojos la impaciencia que, cual hilo invisible, se traducía en frecuentes viajes del talón acerado al flanco sangriento del animal galopador.

—¡Mil legiones de estúpidos Mahomets!..  
¡aún llego!!!....

\*  
\* \*

A un tiro de fusil de la gran pirámide de Cheops y de la Esfinge, hay una pequeña aldea, Gizebh, donde el *touriste* hace alto y cobra ánimos para llegar descansado al sombrío é imponente monumento.

Allí, en aquella aldea, hay una casita, calada como un juguete, de madera de olivo del Sinaí, y en aquella casita una joven judía que vive en compañía de su padre. El viejo Ibrahim, con su barba blanca venerable, guarda su tesoro, y apenas si el viajero puede casualmente sorprender una mirada de los ojos lánguidos de la hermosa Rebeca.

Pero Rebeca, á pesar de la exquisita vigilancia paternal, ama, El corazón de la niña ya no le pertenece. Sale por las tardes al jardín y su vieja Esther le explica sobre el fresco ramo de flores, recién hallado, el lenguaje de amor que expresa la última correspondencia. Los ramitos de flores son cartas de su amado Mahomet-Ben-Abasid-Bey. Le conoció á la cabeza de su escuadrón de valientes, galoneado de oro y seda, y amó aquellos ojos del bravo de los bravos.

R

Se enamoró de aquella tez de bronce, quemada por el sol de los combates, élla, la niña de la tez de nieve.

\*  
\* \*

—Parto, alma de mi alma. El deber lo exige, la justicia lo reclama. El estandarte verde del Profeta espera el vigor de mi brazo. La cimitarra de los Califas ya hiere. Numerosos escuadrones, inmensos como las gotas del Nilo, oscurecen la llanura. Suenan los alfanjes con horrible estrépito. El caballo del desierto piafa de cólera y de vergüenza. El invasor maldecido profana con su planta los alrededores de la ciudad sagrada. Es preciso, vida mía; déjame partir si es una verdad el cielo de tu cariño. ¿Ves á lo lejos la gran Pirámide?... El invencible beduino la rodea, presto á caer como un alud sobre las británicas masas... Nuestro es el país, nuestra es la victoria... Mañana sobre el cadáver del inglés plantará el árabe su tienda...

Sonó un beso puro, inefable, misterioso, un beso casto que fué repercutiendo de hoja en hoja por las palmeras del jardín; se oyó el blando galopar de un caballo sobre la arena

del suelo y brotó un suspiro amantísimo de entre las sombras de la noche.

—¿Volverá, Esther?...

—Volverá vencedor, Rebeca.

\*  
\* \*

La casita calada de madera, de olivo del Sinaí, está convertida en un volcan de fuego. Un centenar de beduinos, parapetados tras sus ventanas, esparce la muerte entre las filas de la compañía inglesa que ataca la posición. Sir Bletsford ve caer en torno suyo sus soldados, como cae de la palma el dátil maduro. El beduino, rodeado de humo, carga su espingarda, tira, y no yerra. Cada disparo es un inglés menos en el mundo.

Tres salidas consecutivas hicieron los bravos hijos del desierto; pero tres veces tuvieron que replegarse. El alfanje, al volver, ya no brilla en la diestra; viene empapado en sangre de enemigos, que chorrea desde la corva punta al pomo.

En medio de esta carnicería humana, el judío Ibrahin, como estatua del dolor, mira fijo los progresos de tanta ruina. Su casita de madera olorosa sucumbe. Rodeado de ca-

dáveres, busca con la vista á su Rebeca que, llena de espanto, fija la suya en su padre, y ambos permanecen mudos. El fuego sigue. Las balas penetran en el interior de la estancia como anatema de plomo. Ruedan por el suelo los hijos del Profeta; pero aun se sostienen. La sangre africana hierve en las venas, y el odio en los corazones.

Rotas las ventanas, cubren el hueco los pechos desnudos que curtió el sol de los arenales.

Pero estrépito horrible suena. El frente de combate inúndase de luz. Es la luz de una felonía... ¡cañones!... ¡Los cobardes!...

El beduino cede; la dispersión se inicia; y atropellándose en masa hacia los caballos, abandonan el campo con la rienda suelta, y desaparecen con los últimos rayos del sol en el horizonte de la llanura.

Al entrar los ingleses en la casita, sólo encontraron escombros. Ibrahim, en medio de aquella devastación, sonreía tristemente, y Rebeca, erguida y lúgubre, contenía las lágrimas que pugnaban por escaparse de la negrura de sus pupilas.

\*  
\* \*

Pobre Ibrahim!. Cincuenta años de asíduos trabajos, para contemplar el fruto de tus vigiliás y de tu avaricia semítica presa de la rapiña británica!.... Las ricas estofas de Smirna barrian el suelo; la cachemira blanquisima de la India corría por las manos callosas y sucias del soldado inglés; y los cincelados de Damasco y los aceros repujados de Damiat; y las estatuas purísimas de Atenas; y las ánforas valiosas de Stamboul, destrozadas en menudos fragmentos, sembraban las habitaciones... ¡Cuánto tesoro perdido, Dios de Israel!...

Un soldado inglés, entonando, ébrio, el *Good save the King*, sale de un sótano con un *gargolet* de barro bajo cada brazo; tropieza y, al romperse sobre el piso las carafas, brota de cada una un arroyo de amarillísimas monedas... Ni una queja asomó á la boca de Ibrahim, ni se contrajo un solo músculo de su cara.

La borrachera aumenta. Sir Bletsford no puede contener las turbas, y él mismo, dominado con exceso por la influencia de los vapores del *cognac*, se lanza con brutal carcajada á abrazar á la triste Rebeca. Al verse Rebeca en brazos del inglés, forcejea por desa-

sirse; pero no puede. Son de acero aquellos miembros, y la concupiscencia inflama la sangre del soldado. Lanza una mirada suplicante á su padre, y éste, saliendo de su paroxismo, se inclina á tierra, empuña el fusil de un muerto, apunta, y tira sobre el pecho del infame que quiere arrebatárle la flor de sus tesoros.

El inglés, mortalmente herido, vacila, y tras horrible oscilación, se desploma sobre el pavimento, arrojando por la boca un torrente de sangre.

\*  
\* \*

—Sólo hay un medio de salvar á vuestro padre, señorita. Me es muy duro deciroslo: la guerra tiene sus necesidades crueles. Vuestro padre ha sido criminal, eso no se os ocultará, su fusilamiento está próximo; pero revestido de altos poderes, yo os fio que quedará libre, tan pronto entreguéis ó nos deis las señas del paradero de Mahomet-Abasid, nuestro enemigo poderoso. Sus gentes diezman nuestras filas. Sus escuadrones nos persiguen sin piedad. Su acento lleva el ardor bélico á todos los ámbitos del país. Abasid-



Bey, y vuestro padre es libre. ¡Elegid! Veinticuatro horas tenéis para reflexionar.

Un cráneo que se deshace, una imaginación que se tortura y se exprime; una noche que no da sueño; una lucha gigante dentro de un corazón; una elección cruel y necesaria.

—¡Maldita, maldita cabeza que no me ayudas!!... ¡Yo, yo por ellos!.. ¡no acepta ese bandido!... ¿Mahomet?... no, Mahomet nunca; es mío, es mi sol, mi dicha, mi alma. Yo sé donde está; pero no lo entrego... Mi padre es viejo... es un pequeño anticipo á la tumba... Y él, él es el bien de mis amores!... No, alma mía, no te vendo; primero que tú la humanidad entera!

Pasó la noche terrible, angustiosa, insomne, convulsiva. Al tornar el alba con sus tintas de oro, llamó Rebeca á Esther, la sabia en el lenguaje de las flores, y, haciendo una mueca, le dijo esta frase, que no pronunció, arañó con sus labios:

—Compónme un ramo... llamándole... dí que hay peligro... que llegue antes de las seis...

Y partió el ramito; y Mahomet-Abasid llegó antes de las seis, á fuerza de herir con el

talón acerado el flanco sangriento del animal galopador.

\*  
\* \*

Murió el valiente de los valientes. Mahomet-Abasid purgó el delito de amar á una enemiga de su raza y de sus creencias. El judío Ibrahim fué también fusilado innoblemente; y hoy una pobre loca, sucia y harapienta, con el cabello blanco y la boca torcida en horrible mueca, vaga por las calles del Cairo, golpeándose con saña la frente y gritando con voz salvaje:

—¡Maldita, maldita cabeza que no me ayudas!!!....

El Cairo, 1882.





## LA NOCHE-BUENA DE UN NIÑO

---

A MI HERMANO ENRIQUE

---

Nieva. En misera buhardilla, una joven de macrada tiritita de frío sobre un mugriento jergón. Es morena. Dos gotas de llanto asoman á sus párpados, y el viento glacial, que penetra por el mal unido ensamblaje de la techumbre, conviértelas enseguida en dos perlas de hielo. Trémula y calenturienta, su mano pugna por subir sobre el desnudo cuello los jirones de una manta remendada y sucia. En el hogar sólo queda ceniza fría. Un

niño de tres años, acurrucado á los pies de aquel miserable lecho, tiritita y llora.

Acaso llora de hambre.

Acaso llora de frio.

\*  
\* \*

Ana de Solís fué una morena muy guapa. En sus ojos negros, magnos, de color da abismo, hundióse el porvenir del joven teniente Mario de Albornoz, que, hechizado por aquellas miradas, ingresó en la milicia del matrimonio.

El día que se unieron en santo lazo los enamorados jóvenes, Ana llevaba una riqueza de pasión en su pecho y Mario tenía tres pesetas en el bolsillo. Tuvieron un hijo de sus amores, y el día de nacer la criatura, tocó asamblea una corneta de órdenes y partió al Norte, llevándose á Mario, el maldecido regimiento.

—Tuyo siempre, Ana mia!

—Hasta mi último suspiro será tuyo, querido Mario!

Tres besos de fuego, un abrazo que no se acaba nunca, un llanto llorado para adentro para no atribular al ser querido, y allá va el

---

---

marcial subalterno á presentar á las balas el poema de santa pasión que lleva dentro de su pecho.

\*  
\* \*

Llovía granizo de plomo.

Terminó la batalla y se pasó lista. El teniente Mario, aquel bizarro mocetón tan valiente, no contesta. Se encendieron las hogueras del campamento. Un teniente menos en el Ejército español ¿qué importa? Se correrá la escala: he ahí todo.

Pero el fiel Francisco, el asistente del héroe, buscó y halló.

Al pie de un muro, un militar agonizaba. Generosa sangre brotaba de su pecho y teñía en grana el azul de su levita. El poema de pasión lo había atravesado una bala de fusil.

—Acércate, Francisco. Dile que muero con su nombre en los labios. Entrégale este pañuelo que tengo sobre la herida. Es la herencia que le dejo. Que la sangre que lo empapa sirva de relicario á la pobre viuda. Mi hijo, Francisco!... mi Mario!...

Calló el agonizante, y el soldado rudo sin-

tió con sorpresa algo que le humedecía los ojos y caía sobre su mano, sucia por el humo de la pólvora del combate.

¡Ah!... ¡maldita, maldita sea la guerra!

\*  
\* \*

Ana se quedó viuda á los 23 años. Vivía con la familia de su esposo, y ésta, con mal disimuladas disculpas, la dejó sin techo y sin abrigo. Acudió á sus parientes, y encontró la misma cruel indiferencia. Cogió á su hijo, y con los pequeñísimos ahorros hechos con el pan amargo de la milicia, se fué á vivir á un sotabanco muy alto y muy frío. Tomó costura, y convirtiéndose en costurera la mujer de un mártir de la patria. No le faltaron infames que la asediasen, ni proposiciones inicuas que despreciar, ni situaciones difíciles que vencer; pero siempre en apurados lances, élla, por un fenómeno inexplicable, oía en su oído el timbre sonoro de aquella maldicida corneta de órdenes que, al dar á luz á su hijo, la arrancó de los brazos del esposo.

\*  
\* \*

Son las doce de la noche y llegan á la mísera buhardilla en confusa discordancia los ecos de la algazara de la calle. Se oyen zambombas y chinescos, tambores y palillos, gritos de muchachos y ladridos de perros. Sólo silencio sepulcral en aquel oscuro antro de la enfermedad y del infortunio. Faltó el trabajo y vino el hambre, faltó el pan y llegó la dolencia...

¡Solos!... ¡allí solos la madre y el hijo!...

—Mamaita ¿qué éso que besas?

—Un escapulario, hijo del alma: es la sangre de tu pobre padre.

—¿Es el *pañuelo* de papaito, mamá?

—Es el pañuelo de un mártir, hijo mio.

—¿Y *nunc está* mi papaito, mamaita?...

—En el cielo, cariño mio. ¿Quieres que le recemos?...

El inundada en llanto la pobre viuda, la triste enferma, arrodillóse sobre las ya polvorientas hojas del jergón, arrodilló á su lado á su pequeñuelo, y le bautizaba con llanto de pena y gozo, al oír como la tierna criatura balbucía con su anhelante voz y su pronunciación infantil el *Padre-Nuestro*.

\*  
\* \*

---

¡Escarnio de una fecha cristiana!... Por  
mantel el sagrado despojo de un mili-  
tar, y por turrón la plegaria triste de un  
inocente...

Pobres criaturitas mías. Dios os defienda!...

Mahon 1883.







## ENTRE PATIOS



EN UN ÁLBUM



Frente á mi casa, por la cara que mira al patio, hay un palomar. El vecino y la vecina, que constituyen un matrimonio reciente y, sea dicho en verdad, muy guapo, se pasan las horas muertas mirando sus palomas, y yo me paso las horas vivas mirándoles á ellos. Me parecen, sin darme cuenta del porqué, otra parejita colombófila.

Ella es blanca como las hojas de este álbum; rubia como el trigo; con un cuello, que

descota al desdén de un modo tentador, pálido y palpitante; ojos de color de cielo sereno; chiquitilla, juguetona, de movimientos vivos y apasionados, y sonrisa de jarabe contra la tos, que es la cosa más dulce que conozco.

El es moreno, alto, barbudo, fibroso, pujante; un real mozo en toda la extensión de la palabra.... digo, en toda la extensión no sé, porque no le veo más que el busto que asoma por la ventana.

Cuando el sol, al caer las primeras penumbras de la noche sobre los tejados, va ocultando poco á poco su majestad por detrás de los vericuetos lejanos, y deja trozos de tornasol y escarlata por los surcos de las huertas, allá salen mis casados nuevos al agujero de sus dichas, á aquella ventana convertida en un cuadro de género por su cariño, á contemplar á sus palomas.

Estas, acaso vanidosas de que las miren, suben, bajan, aletean, arrullan, pían, se persiguen, se acarician; ya surcan el aire con la rapidez de la flecha, ya descienden al palomar en caprichosas curvas, ya pasean tranquilas por el borde del pilón dándose tono y

con movimientos de pollita que ensaya su primer vestido largo,

La linda dueña les desgrana una espiga, ó les desmigaja un cucurucho de pan blanco, y acuden los volátiles en tropel, bajo la ventana, á disputarse el regalo de su señora, en alada confusión.

Sobre aquel bullicioso coro de matices, que persigue el grano y la migaja, consorcio de varios plumajes que se esponjan con placer; sobre aquellos moñitos que se mueven y aquellas patitas coloradas que se agitan, y aquellos picos que se abren ansiosos ante el festín, picotea, que te picotea, suele á veces, el marido—¡qué tunante!— lanzar un vaso de agua. Las pobres palomitas se dispersan, y entonces la esposa mira al esposo con cariño; pero, en aquella mirada graciosa, hay algo de reproche ingenuo, algo de mimoso que dice:

—¡Hombre!, no seas borrico....

El se pone colorado, y ella le da dos palmaditas en la espalda.

Otras veces, del bando se destacan dos palomas: macho y hembra.

Debe de ser una parejita enamorada.

El macho arrulla, se acerca, y la hembra arrulla; pero escapa con coquetería.

Desde el arriate da un vuelcico al brocal del pozo, y el macho da otro vuelcico también.

Del brocal del pozo vuela á una pértiga de la parra, y el macho detrás.

De la parra, en tres aletazos, se sube á un alero y el macho va al alero.... Y en la chimenea, en el balde, en el balcón vecino, en la cornisa, en el pilón, por todos sitios sigue el palomo á la paloma en persecución amante, como sigue el beso á la caricia y al dolor la lágrima.

Hacen como nosotros.

Y cuánto influye en los recién casados este coquetón jugueteo!... Yo observo desde aquí, como, al ver sus palomas se miran con rubor, se conmueven, se abstraen, unen sus cabezas, desfallecen, y acaso se aprietan las manos por detrás del alfeizar de la ventana, con dicha y tensiones nerviosas de pasión.

Por fin, la paloma cansada, se rinde. Su perseguidor la alcanza, y entre las aves comienza un concurso de cadencias y blandos arrullos. Todo el diapasón del cariño, convertido en acentos, pasa por las niveas gar-

gantas de los volátiles. Se observan, se unen, hablan bajito, pían con extrañas notas, arrastran las alas con pereza, y el meloso *glú-glú*, tórnase cada vez más dulce, más tierno, más sentido.

Se dicen en su lenguaje que se adoran.

El blando coloquio es copiado allá arriba en la ventana. Las imágenes del marco repiten las acciones de las avecillas en forma tal, que se diría existir una corriente misteriosa entre las palomas y sus dueños. El ejemplo subióse del patio al alfeizar, y á mis vecinos de enfrente: á pesar de una higuera que hay entre nosotros que medio me los oculta, bien les veo como se acarician y se arrullan á compás de sus palomas. Rózanse estas con sus alas, y ellos enlazan sus talles con brazo amante y cariñoso; las palomas unen sus picos, y mis vecinos acercan sus labios; desfallecen las palomas en estremecimientos de amor, y la bella recién casada inclina su cabeza sobre el hombro robusto de su marido.

Aquellas dos parejas, la de las aves, y la de las personas, son partes integrantes de un mismo cuarteto que canta loores al amor conyugal.

¡Cómo se estrechan los cónyuges! ¡Con qué calor se miran! ¡Como sube y baja el seno de ella en agitado ritmo! Pasa la mano, atrevida, sobre el cuello de su marido y le acaricia la barba!... El, se colora, se agita, balbucea, tiembla en crispaturas extrañas, y..... cierra la ventana, retira á su amante compañera y me deja sin ver más. . . . .

De la escena de pasión, entre esposa y esposo, no pude columbrar mas que el dulce prólogo; pero me figuro el desenlace del poema, por que al día siguiente de este hecho ví volar la paloma preferida, y llevaba una cintita verde atada al cuello, destacando sobre el fino y blanco plumón.

Aquella cintita era símbolo acaso de una efeméride feliz en la luna de miel del matrimonio vecino. En aquella cintita verde se adivina la mano de una mujer enamorada y satisfecha.

No se puede dar modo más galante de agradecer unos minutos de felicidad.

Ferrol, 1836.





## EN LOS MALECONES



RECUERDOS DE LISBOA



De Cádiz à Lisboa, ni un momento enturbia su azul el cielo, ni la mar, que en sus dos inmensas curvas simula un joyero de seda encerrando en su interior este par de perlas del Océano. Desaparecen en el seno de las ondas las últimas filigranas de la ciudad andaluza, como joya que se aparta de la vista, y poco tiempo tardan ya en aparecer, allá detrás de los meandros del fecundo Tajo, las primeras almenas de las torres lusitanas con

sus primores de piedra y sus arabescos de albañilería.

El río, convertido en cinta de plata, que da acceso á la población, caracólea entre campos de verdura, matizados de puntos blancos, hasta, que llega á lamer, allá dentro en la margen izquierda, las escalinatas de los malecones, y sigue hasta el fondo del saco que forma el puerto, cual si fuese á contar á las aldehuelas del interior, novedades de Lisboa, después de haberle hecho su visita.

Sobre los rizos de estas ondas tranquilas, que la luna platea débilmente con su luz, es donde, en las primaverales noches de este venturoso país, canta el *fadista* sus amores, pellizcando el cordaje metálico de su citara, que se desgrana en melancolías musicales, y se desliza la góndola conduciendo contrabandos de amor ú oficiales de marina que han perdido su bote de servicio.

Jamás he visto puerto cuya entrada sea más poética que la de Lisboa.

A ambas orillas del río surge á la vista del pasajero un panorama pastoril, bello é interesante, que cambia de aspecto y de matices á medida que el vapor avanza. Aldeillas blancas, aquí y allí, naciendo de las espesuras



del follaje como gaviotas dispuestas á emprender su vuelo; lindos castillos, posesiones señoriales de finchados señores, con torres de caprichosas agujas; *chalets* suizos con sus tejas de colores, donde reverbera el sol, y sus lindas grecas de madera aserrada, que rodean todo el paramento del tejado; bosques de naranjos que arrojan sobre el agua sus verdes hojas impregnadas de la esencia del azahar; capillas rústicas que proyectan las cruces de hierro de sus campanarios sobre el tono oscuro de la montaña.

Después, el río surcado por multitud de vapores de todas las naciones marítimas del globo, que al cruzarse, unos saliendo y otros entrando, confunden el humo de sus chimeneas; barquichuelos de vela que abren al viento sus lonas como la golondrina sus alas, y profusión de canoas de elevados caperoles, que surcan en todas direcciones el río, azotando el agua con sus largos y pesados remos. De en medio de esta babel de embarcaciones menudas, que pululan por el río como las hormigas por un panal, se alza un eco grato á nuestro oído, un acento de idioma hermano de nuestro idioma, que nos hace creer que no estamos completamente en el

extranjero, porque el portugués y nuestro gallego tienen tal afinidad de expresión y procedencia, que nosotros, en Lisboa, nos encontramos, filológicamente hablando, en nuestra casa.

De todas las quintas y palacios que rodean á Lisboa, el más próximo, sobre la margen izquierda del río, y que entrando se ve blanquear cercano, es Bellen, que no está separado de la capital mas que por un riachuelo llamado Alcántaro, nombre que debe á un puentecillo morisco que lo cruza. Es la estancia más hermosa y la más conocida de todos los que llegan á Lisboa por mar. Situado sobre la misma orilla del canal, sus torres cuadradas de estilo semi-árabe dánle fantástico aspecto. Cerca de este palacio, fundado por el Rey Juan, se encuentra el célebre convento de Jerónimos de donde partió Vasco de Gama para la memorable expedición que abrió á los portugueses el camino de las Indias Orientales.

En la parte septentrional de la cuenca del Tajo, está Oeiras; más allá, Cacavelos; luego, dando ya la mano al Atlántico, Cascaes; y allá arriba, residencia real, colocada sobre abruptas colinas y mirando con un ojo á Lis-

---

boa y con otro al litoral roqueño, sobre el que se columpia peligrosamente, está Cintra, la hermosa mansión real, cubierta con sus alicatados y con sus cenefas como una andaluza con los encajes de su mantilla. A derecha é izquierda de los caminos que aquí conducen desde Lisboa, se ve á Benfica, el palacio de Queluz, la magnífica y señorial posesión de Bellas, donde nace la fuente que surte de aguas el acueducto de Lisboa; y en redor de Cintra, unidas á ella por una serie interminable de jardines y de hoteles, están San Pedro, Arrabalde y Santa Estefanía.

Desde las alturas de Cintra se disfruta de un espectáculo grandioso, bien se mire hacia el lado de tierra, donde la vista se pierde entre los caracoleos de la verdura, bien se extienda la vista del otro lado, hacia las llanuras del mar que bate, estrellándose en montañas de espuma, el pie del acantilado donde se columpia la coqueta.

Cerca de aquí está la famosa *Roca* que llaman los marinos la *Roca de Lisboa*, y es el promontorio más occidental de todo el continente europeo.

\*  
\* \*

Es de noche. El canto del *fadista* se escucha en el pretil de un muelle de Lisboa. Baja la luna á jugar con los rizos del Tajo y envuelve en un rayo las notas tristes de la misteriosa canción.

Llegan de la montaña, portadores de dulce aroma, los suspiros de los naranjos y de los limoneros. Surcan el río barquillas ligerísimas, de cuyos remos brotan, al azotar el agua, penachos de luz fosforescente. El cielo está azul como la pupila de una ingrata. A lo lejos, en confusa Babel, se perciben los ruidos de la gran ciudad. Dos cintas de gas se extienden paralelas y se desarrollan hasta introducirse en el seno de los hoteles y de los marmóreos edificios. Allá, la animación, el movimiento, el ruido; las damas elegantísimas que descienden en sus coches del *Chiado*; la muchedumbre que se agolpa á la *Gran Avenida*, los teatros que abren sus puertas, las *fanfarras* que tocan en los paseos públicos; las patrullas portuguesas que miden en cadencioso paso la longitud de las ruas; los vendedores del *Século* y del *Correio da noite* que, cual negras visiones, vienen á introducir, mediante el módico precio de diez *reis*,

la incendiaria literatura política lusitana en el espíritu público.

Aquí todo es quietud. Apenas si turban el sosiego de la plácida noche el sombrío *tranzway* que viene de Bellen y el melancólico botero que punza suavemente el alambrado cordaje de su guzla.

A veces, se descubre una pareja misteriosa vagando por entre las calles de acacias; otras, se ve flotar entre las revueltas del arbolado el llamativo chal de una muchachuela. Se oyen siseos desde la sombra. Son quejidos de una flor que marchitó la sociedad y la arroja al pudridero de los malecones.

\*  
\* \*

¿Qué hizo la infeliz para ser así tratada?.. De sus ojos se escapan en tropel confuso miradas de cólera; sus crispados puños se cierran con tanta fuerza, que de la palma de la mano sale un hilito de sangre producida por la presión de las uñas sobre la piel. El *fadista* canallesco, en actitud amenazadora, se aleja. La guitarra, que momentos antes entregaba á la brisa del mar sus armoniosos quejidos, yace en mil fragmentos sobre el piso

embaldosado. Más humana que el cruel tañedor, lanzó un suspiro amargo de sus cuerdas, al romperse sobre aquella cabeza rubia de veinte Abriles.

Me acerco á consolar á la misera y oigo hablar español. Aquella boca juvenil, que arrugó el vicio, es una charca; pero habla el acento de mi patria.

\*  
\* \*

Se llama Isabel y podria con más motivo llamarse derrota. Su trajecillo de ajada seda, mostraba con desconsoladora continuidad tantos desgarrones, que parecía, en vez de traje, un inmenso jirón. La parte superior del cuerpo la cubria algo que en su tiempo debió de haber sido chal y que estaba reducido á un sucio guñapo por cuyos agujeros se descubria la blancura dudosa del flácido pecho y la rigidez de unas clavículas que la falta de camisa y la sobra de hambre ponian de relieve.

Completaban tan extraña vestimenta una *polaca* vieja en el pie derecho, una babucha destrozada en el otro, y en la boca un cigarro á medio chupar, que habia resistido con

valor, sin caerse, la violencia del guitarrazo.

*Aquello* era coja. No me decido á llamarle mujer.

\*  
\* \*

—El gran tunante, caballero; por dos infames monedas de cobre que le pido después de tres semanas!... Y yo tengo que alimentarme con algo, beber algo para sostener estos despojos; caña.... por que ciertamente con un *testón* no voy á lanzarme á pedir vino de Madera.

¿Qué tal me encuentra usted, paisano?... por que V. es mi compatriota. Si, lo conozco en esa mirada de compasión que me está usted lanzando... ¿Verdad que estoy vestida de rusa de teatro?.. Vea V: hay majestad hasta en la desgracia. No me avengo á renunciar al lujo; y, al decir ésto, estiró el pie calzado con la botina polaca. El pie corto lo guardo para la zapatilla, el otro para el ¡corturo! Por aquí, soy la Cigarra; por aquí, Medea; por aquí, la igualdad, por aquí, la soberbia; por aquí, Portugal, por aquí, España.

Lanzó estas frases, ejercitando un juego de piernas que consistía en estirar y encoger una

y otra alternativamente, á medida que iba hablando. Su saña á Portugal, objeto acaso inconsciente de su perdición, la llevaba á compararle con una babucha usada.

—¿Que soy coja?... ¡pues vaya una falta! Pertenezco en la literatura humana al género de Becquer. Versos desiguales. La culpa de todo la tiene una paliza que me arrimó aquel animal. Como V., era el bruto aquel, caballero de marina... No bebía caña, como yo ahora, però se bebía los vientos por este cura que tiene usted delante de la nariz. ¡Cuánta diferencia de tiempos á tiempos!... Desde mi Custodio al *fadista* canallesco que acaba V. de ver, corrí un diluvio de cochinos, D. Juan. ¿Se llama V. D. Juan?... Bueno; por mí llámese V. como quiera..... Vaya; se quedó V. lelo, D. Liborio?... ¡Calla!... pues sí está llorando como un asno este marino de palangana! ¿A mí con esas?... Ea!... aliviarse!...

Y se retiró silvando:

*Spirto gentil,*  
*Nei sogni miei.....*

\*  
\* \*



Al ver marchar aquella visión, aquel asco que se retiraba cojeando al son de notas que surgían de su boca como ángeles por el cañón de un fusil, no pude sofocar por más tiempo mis sollozos. En mis lágrimas iba envuelta una terrible protesta á algo que no sabía yo especificar.

Aquel pedazo de cielo, cuya conversación trituraba el alma, había sido una mujer. En aquel cabello rubio, había lucido lo aureola de la inocencia. En aquella imaginación enferma había habido—es indudable—pensamientos tiernos, dulces ansias, honradas ideas.

En aquel corazón, acaso se habrían albergado un día risueños amores. Quizás el tálamo nupcial habría cobijado aquel cuerpo hoy lisiado y marchito. ¿A quién la culpa de la metamorfosis? ¿A quién la responsabilidad infinita de haber matado un ser y creado un ente despreciable? La educación, el vicio, el hambre... ¿A qué, á quién achacar tan terrible culpa?...

El vicio en la mujer es una bola que, una vez impulsada, nada la detiene hasta precipitarse en lo mas hondo del fango. ¡Ay de la mísera que recibe el primer puntapié!

\*  
\* \*

Disponíame á abandonar aquel sitio, donde por primera vez en mi vida habia estado tan en contacto con la miseria, cuando mi pie tropezó con un objeto oscuro que mostraba en su centro un punto brillante. Me bajé, y reconocí que aquello era una cartera que, sin duda en su pelea con el *fadista*, se habría caído á mi reciente interlocutora. Al tacto, noté que tenia papeles. La guardé y seguí el casualmente interrumpido camino de Lisboa, prometiéndome, con más calma y ya sosegado de mis tristes impresiones, encontrar acaso la misteriosa clave de mi aventura, dentro de la sucia gacela.

Aquel envoltorio, en contacto con mi pecho, me lo quemaba. Parece como que allí dentro se encerraba algo que á mi se refería. Me parecía que de aquellos papeles iba á surgir un fantasma, señalándome con el dedo y apostrofándome con una carcajada. Creí sentir, arañándome el corazón, la conciencia social envuelta en unas cartas sucias. Se me figuraba que aquella cartera, introduciéndose en mi organismo, vengaba en mi peca-

dos de mi sexo... Sí: ¿qué hombre puede alabarse de no haber arrojado su puñado de cieno á las estercoleras públicas? ¿Quién tan grande, tan sublime, tan noble, que no haya dado su pequeño puntapié á la bola? ¡Canallas! damos al objeto el primer impulso hacia el abismo, y nos admiramos después de que adquiera velocidad y ruedel!

¿Qué iba yo á lograr al abrir la cartera?: ¿conocer el nombre del bandido?... ¿para qué? ¿Componer con los datos allí encerrados una historia de abandono, de hambre, de prostitución, de miseria?... Inútil.... ¿Leer acaso, entre los convulsos renglones allí escritos, el nombre de una familia conocida?... Oh! no.... la cogí, arranquéla de sobre mi pecho, y acercándome al pretil del muelle, con febril impulso, lancéla á lo más oscuro del agua del Tajo.

El sonido débil que lanzó, al sentirse en contacto con las ondas, era el de una historia triste que se ahogaba.

Cádiz 1882.







## EL NICHÓ NÚMERO 13



Yo ví un cementerio. Era en una risueña capital andaluza y brotaban las sepulturas de entre flores. La gramínea y el azahar embalsamaban los vastos recintos de los patios de la necrópolis. El cadáver daba su savia á la flor y se convertía en aroma. Los que fueron seres humanos pasaban á cebolleta y de cebolleta á perfume. Y el perfume yo lo aspiré y me puse pálido.

Era un perfume especial; el perfume de la muerte.

Pasé indiferente por entre aquella muchedumbre de soledades, y en el silencio de las bóvedas resonaba mi paso como un quejido hueco que sale del fondo de un pecho enfermo. Miré aquellas cajonadas de sepulturas, unas sobre otras, con sus medios puntos calcáreos y me reí de la civilización. Me parecía aquel conjunto de huecos, las cajas de una tipografía ó los moldes de un chocolatero. Pequeño, exiguo, pobre, ruin todo para el albergue de la eternidad.

Prefiero la tierra.

En ese teatro de vanidades, me quedo sin butaca y me voy á la cazuela.

Uno de tantos.

Democracia de ultratumba.

¡Cuánto me reí de la vanidad heredada, de la soberbia humana, del orgullo alargado hasta más allá de la huesa!

Por entre el hacinamiento de sepulcros, severo, amenazador, fantasma de horca y cuchillo, rodeado de vasallos, álzase granítico ó marmóreo túmulo. Es la continuación del palacio. Entró el doblón en el sagrado asilo y robó á los demás muertos su derecho. Es el magnate que pisó y sigue aquí pisando. Es el escogido de la sociedad que también aquí

---

traspasa el nivel. Es el rico, el poderoso que se compra su derecho de abofetear á sus hermanos entre el silencio de las tumbas. Es el que en el mundo les robó el oro y aquí les roba el terreno y la luz. Sobre esos túmulos siempre veo un libro mayor y un pagaré tintos en sangre. Judas descansa y hasta la religión va á decirle misa al fondo del sarcófago.

Muertos de baja esfera, vosotros los que debéis á la piedad de vuestras familias un metro cuadrado de tierra regado con llanto, mirad para esa cruz de mármol negro que rasga el aire, y moríos otra vez de envidia! Vosotros, que sentís en la cabeza la pisada del transeunte, no os acerquéis al altivo túmulo, porque hay cadenas doradas y puertas de hierro niquelado. No sabré deciros si esas seguridades son inspiradas á los herederos por el miedo de que vuelva el difunto.

Quizá se den casos.

Esta es la soberbia en grande; sus aproximaciones son todavía más bufas. Aquí un cadáver se exhibe en su nicho como un anuncio de periódico. Murió de tal edad, de tal padecimiento, dejó tantos hijos, tantos sobrinos y tantas suegras. Es el nicho-biografía.

La familia de otro, juzga de precisión enterarnos del pelo que gastaba la difunta en vida, y cuelga un añadido de la urna. Se leen versos que matan. Las ofrendas piadosas crearon una industria de abalorios y agremanes. Hay lágrimas que lloró un buril; gritos del corazón, de fábrica, en fondo blanco y negro. Paris y Barcelona lloran por nosotros. En aquel nicho hay un retrato, en aquel otro un emblema de las artes, medio roto; en el de más allá un pomposo letrado. Honores, títulos, escudos blasonados, ennegrecidos por la humedad de la muerte. En las hiladas altas hay que leer con el auxilio de unos gemelos. Son difuntos de cuarto piso: poca cosa.

Al orgullo aislado sucede el orgullo en congregación; ensamblaje de soberbias:



**PAQUIDERMOS Y PAVOS**

Son dos familias que se unen en la huesa y lo anuncian con ese letrado que dora el cornisamento alto de su mausoleo. Es una razón social de ultratumba.



Encuentro bufo el cementerio. Sagrado depósito de los despojos de nuestros padres, aquello no me inspira lágrimas; mansión del silencio, allí no brota de mi alma la oración. Yo no sé, ante una de aquellas miserables celdas, rezar á mi madre; yo entregaría con mucha pena un ser querido á uno de esos canutos funerarios. No veo allí lo severo de la religión, veo un avispero explotado por un municipio.

Y exclamo con el poeta gallego:

*Cuando yo forme parte  
de la vasta familia de los muertos,  
no me dcis, no, mundana sepultura  
en vuestros hediondos cementerios...*

Y sin embargo, cuando cruzo el de mi pueblo, al pasar por el patio segundo, donde hay multitud de sepulturas vacías, no puedo sin dolor fijarme en aquellos lóbregos boquetes: ¿A cual?...

\*  
\* \*

Vi el primer año el nicho del pobre mártir, adornado diariamente con un ramito de violetas. Un bulto negro, al caer de la tarde, descansaba sobre el pavimento y hundía la

frente en el marco de la sombría lápida. Oía sollozos, y cuando el sol trasponía el lejano otero, rumor de besos dados á una sombra. Después, el bulto negro se retiraba; preñaban la atmósfera del cementerio quejidos, y del interior del sarcófago, por las grietas de la piedra, se escapaba un suspiro tierno. Acaso el muerto...

La violeta triste permanecía allí á solas velando el sueño sin fin, hasta que la siguiente tarde era reemplazada por un ramito más fresco. Envidiaba yo la suerte de aquel cadáver. Me acerqué á leer la lápida; sólo grababa un nombre. Pasó Octubre con sus fríos, Diciembre con sus tardes heladas, y siempre el bulto negro. Volvió la primavera con sus flores y sus sonrisas... y ¡ay! yo esperaba el renacimiento de las violetas. Fui una tardecita de Mayo y no las ví; fui otra, y no las vi tampoco..., se murió, me dije, la cuidadosa y amante viuda.

Una tarde vi una tela de araña en el cristal y la limpié; la siguiente vi el cristal roto. Sí, se han reunido en el cielo, se ha muerto la triste. Apenas acababa de pronunciar estas palabras, un sepulturero que pasaba, me dijo con socarronería, guiñando el ojo:

—No señor, no se ha muerto; se ha casado.  
Oí un arañazo dentro del nicho, que hizo un ruido como el que produciría, rozando sobre un pedernal, el asta de un ciervo.

\*  
\* \*

Volví al pueblo tras años, y al acercarme al nicho n.º 13, temblé.

¿Que nueva manifestación de la indiferencia, qué nueva forma del olvido iba á encontrar sobre aquella lápida?

El cristal faltaba por completo. Los caracoles ensuciaban con su baba la superficie del mármol.

Del único nombre que había existido grabado sobre la piedra: BAURISTA se habían comido las seis primeras letras y sólo la sílaba: TA!, aparecía con una admiración al final, clara, inteligible, fría, severa.

Aquella T y aquella A me parecía que hablaban. Me inspiraban miedo.

Creí, perdóneme Dios, que era el muerto el que pronunciaba esa sílaba final de una palabra iracunda, con que increpaba duramente á su ingrata mujer.....

Malta 1882.





## GALICIA EN AFRICA

---

La campaña *anglo-egipcia* condujo á las aguas del poético golfo de la antigua *Pelusa* representaciones genuinas de todas, ó casi todas las armadas del globo.

Los más extraños pabellones, flotando en el extremo de los airosos mástiles de las naves, daban á las mansas brisas de aquel país el abandono de sus pliegues. Allí estaban todos los matices, palpitaban todas las nacionalidades, se escuchaban todos los idiomas. Allí estaban desde Cervantes hasta Klopstok. Era

aquello la confraternidad universal representada por un fragmento de lanilla de cada pueblo.

Cuando al hundirse el sol entre las ondas azules del terso mar, se escuchaba en tierra el grito chillón de los *muezzines*, convocando á la oración á los fieles de Mahoma, era pintoresco ver aquella familia de telas multicolores, descendiendo por las tersas drizas. Las marciales cornetas de las guarniciones imponían silencio, después, en armonías diversas. Luego, todo callado y tétrico, aquellos inmensos buques, agrandados por la oscuridad, aparecían en la sombra de la noche como visiones evocadas por el genio de los mares, negras, imponentes, majestuosas, fantásticas.

Más tarde, en el interior de cada bajel palpitaban corazones, brotaban suspiros, surgían recuerdos.

El marino besaba mentalmente su bendita tierra á mil leguas de la patria, y dos oraciones, igualmente azules, se elevaban juntas al cielo: la del melancólico escocés que llora, echando de menos sus brumas, y la de nuestro gallego que canta, al verse tan lejos de sus montañas.

\*  
\* \*

Pero el canto de nuestro gallego es un lloro. Es un quejido. Es un rayo plateado de luna que penetra en las aguas cristalinas de un remanso. El canto de nuestro gallego es un beso, es una promesa, es una oración, es una caricia maternal; es un recuerdo, es una lágrima triste, es una brisa, es una gasa misteriosa que embalsama el corazón y lo paraliza, que se apodera de la respiración y la suspende, que coge el alma y la trasporta. En el canto del gallego hay flores, hay vegas, hay vallados, hay mieles. Una nota, es una casita blanca que asoma su faz por entre las enredaderas del bosque. Otra nota, es el río azul que duerme descuidado entre las matas. Aquella colección de notas juntas, es un rebaño que paca en la ladera... Allí sale el señor Cura con su faz risueña y patriarcal... Allí están *él* y *ella*, los esposos jurados, los prometidos cariñosos... Y el gallego ve y cree y palpita... y, á mil leguas de su aldea, siente, cantando, acariciar su rostro el mismo aire que acarició su cuna y oye, excitada su fantasía, en las ondulaciones de su canción,

el timbre del *si*! aquel que pronunciaron unos labios de cereza, aquella noche de *fiada*.

\*  
\* \*

Entre el soldado y el marinero gallegos hay una diferencia. El primero sale del país, pero apenas sale de España; el segundo sale de España y del país. El soldado no se ve expuesto á esas inmensas soledades que sufre el marinero, soledades suyas, tan grandes como las soledades del mar por que navega. De ahí que el marinero gallego padece frecuentemente de nostalgia, nostalgia que lo consume, que lo mata. Allí le vereis tirado contra la amurada, pálido, ojeroso, inactivo, triste, desmadejado. Las rosas de sus mejillas las marchitó la distancia, el vigor lo destruyó la ausencia. No tiene nada; pero suspira, suspira muy hondamente, suspira por un algo que no sabe explicar. Su corazón experimenta un vacío, su alma siente una ansiedad cruel; pero el médico dice que está bueno, y trabaja.

Trabaja muriéndose.

Por fin, la prolongada ausencia mina su constitución; obtiene una baja para la enfer-



mería y el médico naval asegura bajo su firma que murió de una fiebre éctica. Aun se ven allí, sobre la mesa de balance, los últimos frascos de activos reconstituyentes y los últimos pomos de los febrífugos.... Todo es inútil. El robusto brigantino no precisaba dosis de quinina, y sí notas de gaita.

\*  
\* \*

Las exigencias de la guerra trasladaron el núcleo de las operaciones militares desde Alejandría á Ismalia. Los bajeles británicos llevaron el fuego de sus cañones monstruos á asustar á las golondrinas que cruzan pacíficas por el lago *Timsah*. Allí fuimos también nosotros. El pabellón rojo y amarillo de nuestra patria era uno de los dos únicos neutrales que fueron á lucir sus colores entre las arenas de aquel desierto. Allí estaban España y Holanda únicamente sirviendo de testigos al modo que tiene de interpretar el derecho internacional marítimo la orgullosa Albión.

Jamás, tampoco, se habían visto tantos buques ingleses en el lago.

\*  
\* \*

Veníamos de tierra. Era de noche. La esquivazón de mi bote suspendió los remos sobre las bordas.

Una sensación misteriosa circuló por las venas de todos aquellos hombres que remaban, y detuvo sus movimientos. ¿Qué había pasado?

Ordené seguir ávante, y, á las seis ó siete paladas, ya pude darme cuenta del misterio que había electrizado á mis remeros. Una gaita se oía á lo lejos á bordo de uno de aquellos vapores. Una gaita y un tamboril que, acompasados, poéticos, sublimes, entonaban una melodía de nuestra tierra.

Aquello era gallego puro.

La tenue brisa venía embalsamada de tomillo.

Metí el timón y me aproximé. Una de esas fantasías melódicas sin tema, uno de esos sueños de gaitero que se transforman no en notas, en quejidos, sonaba en el silencio de la noche y percutía sobre las aguas oscuras del lago. ¡Una gaita en el desierto! ¡Un pedazo del país florido entre la arena! ¡Un oasis!

Creí en aquel momento que me hablaba mi madre, que me acariciaba mi esposa, que me saltaban sobre las rodillas mis chiquitines. Yo ya no estaba abordo de un bote de guerra, en un país semi-salvaje, asistiendo forzosamente á sucesos políticos que me tenían sin cuidado; ya no era el oficial que debe permanecer severo delante de su gente; yo en aquel instante era el hombre que siente embargada su alma por algo sublime, por algo misterioso, por algo grande que le habla de su país, de su patria, de su familia.

¡Bendita gaita! ¡Bendito vapor escocés que me hiciste oír los aires de mis montañas y de mis selvas!

Mi asistente, que era de Cedeira, lloraba cada lágrimón como un puño, y entre moco y baba, y entre risueño y afligido, me dijo:

—Está cosa buena, señorito; pero por eso, como el tío Muiños no le hay quién toque en toda la tierra.

\*  
\* \*

Me desperté al siguiente día con un despertar acariciado aún por los últimos compases de la gaita de la noche anterior, que re-

---

voloteaban todavía en mi imaginación, y envié un beso de cariño á todas las gaitas gallegas, bien ajeno de que con el tiempo iba á ser honrado dirigiéndoles mi saludo tierno y afectuoso desde el mismo pueblo natal de mi asistente.

Cedeira, 1863.





## ATAQUE DE TORPEDEROS



FANTASIA



Fué una espantosa noche.

La escuadra enemiga, compuesta de siete acorazados de gran porte, tres cruceros y un *aviso*, en posición, á larga distancia de nuestras costas, bombardeaba los fuertes de la ciudad, apagando sus fuegos y sin que nuestras granadas consiguieran llegar á herir, ni á uno solo de sus buques.

En los pétreos bastiones de los baluartes, chocaban los monstruosos proyectiles y arrancaban de cuajo las aristas, como trombas de acero desatadas por un poder sobrenatural.

Los artilleros morían por centenares al pie de las cureñas rotas. Las piezas, impotentes para hostilizar, humillaban hacia el suelo sus bocas inofensivas, como si tuviesen rubor de su inutilidad para la guerra.

Organismos humanos destrozados confundían sus miembros, palpitantes aún, con los restos de los montajes, hechos astillas á lo largo de la cortina fortificada.

Sembraban el suelo los cadáveres, presentándose en horrorosas mutilaciones. Unos aparecían aplastados contra el muro y oprimidos por los cuartones de las correderas desvencijadas; otros, boca arriba en el glasis, con las pupilas fijas en el cielo, parecían preguntarle el motivo de tanta matanza; otros, de bruces sobre la yerba sanguinolenta, diríase que escondían en el suelo su última maldición.

El número de heridos era inmenso, y las heridas desconocidas y espantosas. La sangre recogíase con lampazos dentro de las

tinias de combate que espumaban en líquido rojo, y los oficiales de marina pegaban de plano con las hojas de sus sables en las espaldas de los sirvientes de los cañones, que huían acobardados ante las parábolas fatídicas que trazaban en el aire las enemigas bombas.

Los acorazados extranjeros se balanceaban, en tanto, suavemente sobre la superficie del rizado mar, y sólo una nubecilla de humo empañaba por intervalos la tersura de sus bruñidas bandas.

Comenzó el incendio. La escuadra hace adelantar sus cruceros hacia el interior de la ría para hacer fuego sobre la población. El pueblo amotinado se desborda, y llena las calles en imponente avalancha. Las masas populares, atacadas directamente en sus haciendas, se imponen y quieren hacer influir sus alaridos en la balanza de las operaciones de la guerra. No basta ya que les maten á sus hijos, sino que también les incendian sus hogares. El cañón sigue tronando indiferente, y los ecos de su voz quedan apagados por lo inmenso del clamoreo de las mujeres que en bandas de arpías, se dirigen á donde está el que manda. El general se inclina al

oído de un jefe de superior jerarquía, algo dice, luce en el aire el vivísimo resplandor de una luz Very, y se ven salir á poco, sigilosos y negros, de detrás de una oculta dársena, hasta una docena de torpederos, escupiendo hilos de vapor por sus tiros y hendiendo las aguas con sus cortantes rodas.

\*  
\* \*

Allá van, como vil representación del odio humano, conduciendo en el interior de sus frágiles trabazones la imagen de la perfidia.

Allá van, sombríos y traidores, moviendo con cante!a sus hélices y deslizándose en al sombra como el asesino que teme. Su paso es receloso; sus movimientos infunden sospecha. Abordo de aquellas naves todo estorba. Estorba el ruido del mecanismo que funciona con la suavidad del *caoutchouc*; estorba el tornillo que horada el agua; estorba el exceso de vapor que ruge en los cilindros é invade los condensadores; estorban las voces, las luces, el aliento...

Es el torpedero un embozado que se acer-



ca en noche oscura requiriendo convulso su puñal.

Es un reptil que se arrastra por entre lo espeso de la retama, conteniendo su silbido para no delatar su presencia. Es una traición científica con que el mundo moderno afronta á los pueblos pobres, dispensándoles del compromiso de ser hidalgos.

Los torpederos españoles, surgidos como visión extraña de detrás del muro, avanzan con sigilo, sobre la escuadra que no los espera. El espíritu de venganza anima á sus dotaciones. En cada miembro de acero de aquellas máquinas infernales palpita un rencor. El blando ruido de las piezas, ahogadas en aceite, simula una maldición proferida en voz baja. Van, como una bandada de mosquitos que se despliega, á molestar á un elefante. Trepidan sus costados como si estuviesen invadidos por la fiebre. El vapor, sujeto á cálculo, forcejéa é invade los manómetros hasta alturas anormales y peligrosas.

No se ve un solo hombre. Los sirvientes de las piezas van ocultos tras los manteletes, y los tubos apuntados á las moles enemigas. Se ha renunciado á un orden de formación; destruir, es la consigna, y estorba todo cuan-

to pueda dar al hecho apariencias de simulacro. Procedentes de un punto, las pequeñas naves se alejan diagonalmente como las varillas de un abanico.

De pronto, rasga la oscuridad de la noche el resplandor siniestro de un torpedo que hace su explosión cerca de la escuadra. La impaciencia de un comandante acaba de destruir un éxito casi seguro. El enemigo se apercibe, y cual si el trueno estridente, que reventó cerca de sus bajeles, fuese la alarmante señal, lanza al agua los aparatos de sus redes protectoras y enfoca la electricidad de sus luces sobre el diminuto agresor. Aquellos haces luminicos que caen sobre el torpedero, desde distintos puntos cardinales, le deslumbran y envuelven en un círculo de fantasía que le molesta. Guiñan los torpederos, huyendo aquel ojo airado que les sorprende, y giran abordo de la escuadra los aparatos de luz sobre su eje, para perseguirles siempre en su camino. En estas guiñadas, se van los torpederos unos sobre otros, y desaparecen tres, víctimas de espantosa colisión. Los que quedan, avanzan caracoleando, sorteando el mar, cada uno dirigido á su presa, con sus luces también en juego y dirigiendo

sus rayos sobre las cofas, desde donde surge la muerte, oculta en nube de acero. Aquellos buques enemigos, envolviéndose mutuamente en el resplandor de sus luces, parecen gigantes rabiosos que se miran y quieren destrozarse con sus miradas.

Es un sistema nuevo de combatir.

Mas la tempestad de fuego continúa. Al proyectil inmenso, sucédele el proyectil menudo de los Hotchkis; al fuego severo de las torres, el fuego graneado de las alturas; á la majestad en el tiro, la repetición incesante de la avalancha; al acero en grandes moles, el acero en fragmentos cónicos; al gran cañón de poderosos movimientos, el tubo órgano de la ametralladora; á Krup, Nordenfeldt.....

Los torpederos se ven contenidos en su avance; vacilan; alguno retrocede despavorido; alguno siente destrozadas mortalmente sus partes vitales; alguno, falto de gobierno, se vá sobre los cantiles de la costa. Embarcan el agua en grandes masas y descuidan su objetivo por atender á su seguridad. Las maniobras del lanzamiento tropiezan á cada paso con obstáculos imprevistos, y los siluros, lejos de llegar, se pierden; otros describen

estrañas curvas y tornan á herir el punto de partida; algunos estallan á medio camino, elevando altísimas columnas de líquido salado.

Aquel mar es un infierno; aquel ataque una derrota, aquellas operaciones, un caos en el que nadie se entiende.

Los corazones están sometidos al influjo del pavor. El ánimo flaquea. Cada paso adelante es un paso en el camino de la muerte. Cada tiro es una víctima segura. Suena el *metropolitan*, con su chillido de buho, dando órdenes enérgicas, y nadie atiende las señales del pito. Los torpederos, encerrados en un verdadero sector de fuegos convergentes, ni aun pueden esperar la salvación de una retirada. La tumba está abierta para aquel puñado de valientes.

El que escape á la metralla, perecerá entre las ondas del mar.

Un torpedero sólo llega. Un héroe lo dirige. Percute contra el costado de un buque, inflámase el ominoso mixto, y vuelan juntos por el aire buque y torpedero.

\*  
\* \*

Ya cesó el fragor de la batalla.  
Enmudeció el cañón.

El mar lame tranquilamente los destrozos de tanta ruina, y la escuadra vencedora pone en movimiento sus hélices y se aleja tranquila, dejándonos llenos de espanto.

La noticia, de esta victoria, que se consideraba problemática, hizo subir fabulosamente en las Bolsas los valores ingleses, y muchos tenedores españoles, cargados de papel, vendieron y realizaron un pingüe negocio.

Ferrol 2 de Mayo de 1908.







## EL BAILE DE LAS ESTATUAS

---

El día de *Todos-Santos* del año 1882, procedente de una campaña de seis meses en Egipto, llegaba la fragata de guerra española *Carmen* al puerto de Cagliari, capital de la Cerdeña, con objeto de repostarse de carbón, y seguir su viaje á las Baleares, á cuyas islas se dirigía, cumpliendo superiores órdenes del Gobierno.

De los tripulantes que dicho buque había conducido de España, dos no volvían. A

uno de ellos lo habíamos dejado enterrado bajo las arenas de Port-Saïd, y al otro—¡infelices!—al otro lo arrojamos al agua el víspera de entrar en Malta, ya de viaje de regreso.

Rezar por nuestros compañeros infortunados, y derramar una lágrima por el marino que no tornaría á ver las costas de su patria, fué el motivo que nos condujo al cementerio en ese día tan señalado. La campana, doblando con timbre dolorido, nos llamaba... y fuimos.

\* .  
\* . \*

He visto muchos cementerios de grandes capitales. He visto la severidad, el lujo, la grandeza, el misterio en estos alcázares de la muerte. Vi la melancolía filtrándose á través de los vidrios de las grandes cúpulas; sentí el latido frío de lo incomprensible, la admiración de lo majestuoso, el respeto de lo eterno; pisé las flores sin aroma de sus enramadas; ví los mármóreos túmulos destacándose de las siluetas de negro verdor; me extasié ante las yertas estatuas, moradores inanimados de la mansión del silencio; conté las lágrimas de



los epitafios y lloré bajo la sombra de los sauces...; pero, á un tiempo mismo, poesía y recogimiento; unidas, elevándose del fondo del alma, la admiración por lo bello y el ansia de lo religioso, el estremecimiento de lo infinito con el asombro de lo sublime, no se siente mas que en uno de esos cementerios que baña con su luz el acariciante sol italiano.

La piqueta y el cincel; el suspiro y la flor; el ataúd y el caballete; el escultor y el sepulturero, Dios y el hombre; viven allí en tan íntimo consorcio; la idea religiosa y el sentimiento profano se amalgaman de modo tal, que la oración brota entre un effluvio de admiración al arte, y la admiración al arte lleva á los labios una oración.

Rezamos en el cementerio de Gagliari por nuestros muertos, y, después, ya me pareció menos dolorido el eco de la campana.

\*  
\* \*

Por entre las sepulturas—y aquí comienza la historia—se agitaba un hombre. Vestía el misero destrozados guiñapos sobre los que destacaba una barba blanca, luenga y descuidada. Demacrado, casi esqueleto, parecía

el genio de aquella mansión sombría. Con su mano descarnada y amarilla arañaba, al pasar el mármol de las estatuas, el encaje de estuco de los frisos y los triglifos de los elegantes cornisamentos sepulcrales.

Una risa gutural y medrosa fluía de sus labios. Diríase existir una extraña dependencia entre aquel viejo desharapado y los bustos silenciosos que increpaba al pasar.

Un oficial italiano que vió nuestra sorpresa, nos aclaró el misterio:

Aquel anciano era un pobre loco.

Pero, dejemos hablar al complaciente oficial que, invitándonos á tomar unos *boks* de *birra*, en la *Scala de ferro*, se explicó de esta manera:

\*  
\* \*

—El pobre Sr. Luigi Darnelli era un inteligente y acreditado escultor. Nacido en la cuna de las bellas artes, en la Roma monumental, sintió en su alma nacer el entusiasmo de lo sublime á la vista de las concepciones grandes de los genios. Se dedicó al arte. Soñador, como artista, henchida su fantasía de gloria y de esperanza, creyó adivinar

horizontes desconocidos y maravillosos, pensó en triunfos, saboreó glorias, esperó laureles, acarició el renombre, la fama, la historia.. ¿qué sé yo?..; mas su bolsillo, que no corría parejas con sus sueños, pronto le demostró tangiblemente que para sumergirse en el mar de lo ideal, adorando al arte por el arte, hacen falta muchas *liras*, y al Sr. Luiggi, de familia pobre, no le sobraba la plata en la faltriquera...

—¡*Corpo di Baco!*—añadió el oficial—Váyale V. al estómago con idealismos!...

En esto amaneció un día de gloria en el país. La Italia disgregada, desunida, rota, llamaba á sus buenos hijos. El clarín guerrero suena vertiginoso; hierve la sangre en las venas del ciudadano; nace el voluntario; se unen varios, y engendran el pelotón; se unen los pelotones, y forman la compañía, el batallón, la falange, el ejército, lleno de amor, henchido de entusiasmo, que escribió en el mapa de Europa con letras rojas este nombre bendito:

¡ITALIA!

El oficial italiano, se puso trémulo, sacó su kópis y saludó á un ser invisible... á la imagen de su patria, supusimos nosotros.

—El Sr. Luiggi,—continuó—fué uno de tantos. Trocó el cincel por el fusil, y si buenas esculturas brotaban de su taller allá por Roma, buenas punterías produjeron sus ojos en los campos de batalla. Por fin, herido y pobre, arribó un día no sé como, á estas pobres playas. Trajo una cruz militar; pero le pareció poco; ambicionó otra civil, y se casó. A la cruz del honor le dió por compañera la cruz del matrimonio...

—;Si vieran ustedes cuántas veces me contó el infeliz sus bodas! ¡Con cuánto amor, el antiguo soldado preconizaba el amor á la mujer sobre el amor al arte! Su sueño era su Felisa, su hija.—No hay obra mia—me decía sonriendo—que pueda igualarse á mi Felisa; porque mi Felisa es también una obra superior.... porque yo afirmo que el mismo paroxismo celestial que invade al artista cuando crea, cuyo paroxismo se llama genio, le invade en su calidad de hombre cuando...; pero hemos llegado—dijo nuestro picaresco interlocutor—ya estamos en el café... ¡Mozo! ¡una botella de cerveza y cuatro vasos!...

Nos quedamos sin saber el resto de la teoría.

\*  
\* \*

Yo prefiero la cerveza de Strasburgo... es pálida, como la virgen que se adora; rubia, como las crenchas de sus cabellos, incitante, como un beso de sus labios. Es una cerveza filosófica, esta pícara cerveza alemana.

—Y ahí tienen ustedes el motivo inocente de la locura de nuestro buen Luiggi—añadió el oficial, subiendo su tanque á la altura de la vista y soplando con deleite sobre las frescas burbujas que elevó el líquido á la superficie del vaso.

Descorchamos otra botella; otra aún. La cerveza mitiga la sed y la excita á un tiempo. La cerveza es una muchacha bonita que inspira pasiones y las calma, para darse el placer de volver á inspirarlas nuevamente.

El líquido de color de oro desarrolló sin duda la fantasía de nuestro querido acompañante, como á mi me sucede también. En sus ojos azules palpitaba el sentimiento del misterio, el espíritu de la leyenda, el amor á lo fantástico. Irguió su dedo índice en forma sibilitica, dió inflexiones nuevas á su voz, y recorriendo la gamma de lo lúgubre, continuó la interrumpida historia.

Oigamos.

\*  
\* \*

—El Sr. Luiggi celebra el octavo aniversario del nacimiento de su Felisa. En torno á la alegre mesa, una docena de amigos se entrega al placer. Circula la botella y cae la cerveza en la vibrante copa, desbordada en hilos de espuma. Felisa y Magdalena, su madre, sirven á los bebedores con el rostro irradiando pura y franca alegría. Se canta, se alborota, se hacen frases, se bebe á la salud, á la esperanza, al trabajo... Se brinda por el arte.

Se recuerda el campamento; el anochecer del día de la batalla, el hospital de sangre, la interminable fila de wagones cargados de heridos que pasan majestuosos por entre el silencio religioso del ejército, antes de desocupar su carga de tristezas en los andenes de la estación. Porque allí hay camaradas, hermanos de armas antiguos, militares de ayer que llevan hoy con orgullo el dictado de simples ciudadanos... Un comensal, entreabre los blancos pliegues de su camisa y enseña sobre su fornido pecho la apenas cicatrizada huella de una bala; otro, remanga un brazo, y muestra una superficie negra de la piel, cuya negrura fué una herida gloriosa; otro se sube sobre un pedestal, é improvisando una

tribuna, pronuncia un discurso patriótico; otro dibuja con macarrones en el fondo de su plato una tiara, y la deshace después á cucharazos; otra silva el popular himno del gran aventurero y del gran caudillo, Garibaldi. La borrachera crece, y Luiggi se levanta tétrico y sombrío.

—Yo no soy sospechoso, dice. Yo también llevo con orgullo sobre el rostro esta cuchillada que me desperfecciona el busto; pero yo no bebo á las glorias militares... Yo brindo por las obras de la Naturaleza. Yo creo, no destruyo.

Mirad, amigos míos, arrancad ese velo que cubre esa estatua... es el capitán Palmarolli... es el valiente... sus hijos piden limosna... la patria sólo tuvo para la familia del bravo, una esquina, donde pide su mujer, yerta de frío, una caridad que le tira á la cara la cobarde burguesía. La tumba de Palmarolli está desnuda, porque la sangre no se cotiza en la Bolsa... Pues bien: yo voy á colocar eso trabajo sobre el sepulcro del héroe de poco sueldo... Nadie me lo paga, es cierto; pero ¡*per la Madonna!* que les he de aplicar su parte alicuota al resto de mis difuntos...

¡Muertos, cuyas estatuas salidas de mi

---

cincel adornáis el cementerio de Cagliari; muertos estúpidos, sin más timbres á la perpetuidad que la necia prosapia de vuestras familias; yo os invito á un escote de ultratumba... Aquí en mi casa, *Via de Roma, 75, primo piano*, queda abierta desde hoy la lista de suscripción para costear una estatua al capitán Palmarolli!...

Una carcajada general acogió estas palabras, y dominando aquel estruendo de voces y risas, descollando sobre aquella naciente orgía, la estatua de blanco yeso del capitán aparecía grave, majestuosa, inerte, en actitud de caer y con sus manos apoyadas sobre el herido pecho.

La *espuela* fué de *Chianti*, de ese vino que viene envuelto en pajas, afectando modestia, y que luego se sube tanto, se crece, monta á la cabeza...

—¡A los muertos de Luiggi!...

—¡A la suscripción del borracho!...



Ya se marcharon los comensales. Ya el último eco de la última carcajada desapareció entre el silencio de la noche. Ya está solo el escultor en su aposento. Un cendal de verde gasa vela la artística palometa que ilumina débilmente el dormitorio. El murmullo de un péndulo desflora solamente aquella quietud.

Suena la media noche, esa hora clásica del fantasma y del gnomo, con sus doce golpes campanudos, prolongados, en la torre de la vecina iglesia. La luz de la palometa agoniza y da al aire, de minuto en minuto, sus suspiros, á modo de vibraciones luminicas, de una vida que se éxtingue.

Con la última campanada que sonó en la habitación, dolorida, triste, congojosa, que sonó como un eco moribundo de un ser imaginario, un portier se descorrió. El escultor se incorporó en su lecho. Envuelto en blanco sudario, traspasó aquella puerta de terciopelo un esqueleto. De las cuencas vacías de sus ojos se escapaba una luz siniestra. La mandíbula superior contraíase torcida en son de mueca horrible. Tras aquél entró otro, y otro nuevo, hasta ocupar por completo la habitación del asombrado artista....

No, no era aquello una visión, producto de la fantasía exaltada, no era el resultado de un vértigo; no era el vino de *Chianti*, obrando sobre el cerebro de un borracho. Allí estaban rígidos, mudos, efectivos, amenazantes. Se escuchan sus pisadas secas sobre el pavimento, se distinguía perceptiblemente el crujido de sus articulaciones, al andar, se veían blanquear, por bajo los sudarios recogidos, las descarnadas tibias.

De pronto, uno de ellos extendió un largo pergamino sobre un velador y allí fué escribiendo algo, y firmando por debajo el resto de la fúnebre patulea... Era la lista de suscripción á favor del monumento á Palmarolli.

Luego, aquella caterva de visiones, aquel conjunto de huesos, aquel pelotón de desenterrados rodeó el lecho, y agitando en la mano unos bolsillos de mallas, llenos de oro, bailaron una danza infernal acompañada por el chasquido de las clavículas y por el *tin tin* de las monedas...

Luiggi, frío, yerto, desencajado, guarecido tras la colcha de su cama, ahuyentaba con la mano aquella visión... Sus nervios crispados, sus dientes entrechocándose, su frente sudorosa; quería pronunciar un acento, y la voz

se anudaba en su garganta... Suplicaba con el ademán, gemía, extraviaba sus ojos tras los párpados en convulsión horrible, pero la feroz danza seguía, seguía con estrépito espantoso.

Por fin, en uno de los estremecimientos del pavor, pudo gritar; gritó; acudieron alarmadas su mujer y su hija, y encontraron á Luigi desvanecido, y blanca, completamente blanca, su barba, horas há negra como el plumaje de un cuervo. Volvió en sí, y al ver á su esposa, al sentirse en los brazos de su hija tan querida, contestó á sus caricias con una carcajada de insensato.

Estaba loco.

\*  
\* \*

—Caballeros—nos dijo el galantisimo oficial narrador—eso me contaron. Y ahora que satisfice su natural curiosidad de ustedes, me voy, porque estoy de semana.

Nos hizo una graciosa reverencia y se despidió de nosotros *hasta mañana*.

No lo volvimos á ver, porque salimos á la mar á las seis de la madrugada del día siguiente.

Tolón 1832.





## MATILDA



IDILIO DE UN BAÑISTA



Veámos: ¿que predominio ejercía sobre mi imaginación aquella aldeanita de diecisiete años, entequilla, de faz pálida, de descalzo pie, cuando me miraba somnolienta, envolviéndome en una gasa de sensaciones desconocidas? ¿Por qué me afluia la sangre al rostro y la lengua balbucia torpemente, al más leve roce con su burdo delantal?... ¡Pobre criatura!... ¿Tenias acaso cerca de tí al gavilán pronto á desgarrar con sus uñas el cen-

dal de tu honra? ¿era el señorito del balneario uno de esos conquistadores frívolos de virtudes silvestres? ¿eras tú una presa cierta, de poca monta, trofeo insignificante que añadir, como simple nota, al libro de fechorías del desocupado caballero?... No, Matilda; tranquila debes estar ahí por tus cañadas de Caldelas, observando como crece el Miño; peina tus trenzas humedeciéndolas en el agua de la limpia fuente y corretea tranquila por las finas arenas del playazo, que yo no me acuerdo de tí mas que para venerarte, niña mía.

Si supieses leer, y llegasen—que no llegarán—estas páginas á encontrarse con tus ojos pardos, verías como te quiero.

\*  
\* \*

Era Matilda un ser excepcional en la aldea. No tenia rosas en la mejilla, ni vigor en los miembros, ni turgencias en el seno, ni llamaradas en los ojos, ni falso candor en la frente, ni brusquedades en su lenguaje. Flor silvestre, en su búcaro había reminiscencias de población; en sus pétalos, delicadezas de estufa; en sus estambres, matices de inverna-

dero. No era su vocecilla el chillador acento de nuestra gaita; ni el timbre de un brillante al caer sobre un plato de Bohemia, como diría un poeta... Era más dulce. Era el arrullo sosegado de una mata que se mueve cuando la tarde cae; era una nota misteriosa de la gamma de la selva; era una balada sentimental, henchida de esas cadencias y de esas canturías que solo el escocés y el gallego saben expresar con ternura...

*Matildiña!... Joaquinciño!...* nunca me pareció tan dulce nuestro dialecto.

\*  
\* \*

La pobre chica era una desnudez. Un corpiño derrotado mal ceñía su pequeño talle, y una camisa burda y morena apenas tapaba sus pechos, cuya nieve sucia se escapaba de trecho en trecho por los jirones de la tela. Un recio picote formaba su zagalejo, por bajo el cual asomaban sus pies desnudos, y heridos por las guijas de la *corredoira*.

Venía al hotel de los bañistas á traer vino en sendos canastos; ese vinillo gallego y descolorido que se extrae de las parras, y es un compuesto de crémor y ¡voto á Dios!

Así la conocí en las inmediaciones de la cocina. Posaba el canasto y respondía con un desvío selvático á un achuchón del cocinero que, muerto de risa, daba tregua un instante á la manivela de su máquina de hacer picadillos. La miré y me miró... y se puso más encendida que el caldo de sus botellas; me dijo que no tenía novio; que la desairaban por fea y por delicada; que los aldeanos de Caldelas eran muy brutos y muy *aquelados* y que... *además... ella... no tenía partido... porque su madre le había enseñado á... guardar...* enrojé mucho, mucho, y acabó la frase diciéndome al oído, con susurro casi imperceptible: *¡aquelo!* Aquí suspiró la niña, movió los labios como desflorando un rezo, se santiguó, alzó los ojos con fijeza hacia una nube de su fantasía, se enjugó una lágrima con la punta de su delantal y tornó á mirarme, serena y confiada. Acaso la pobrecita era huérfana de madre.

Creció en confianzas conmigo, y, dando tortura entre sus dedos al orillo de su picote, me extasiaba cen su charla semi-infantil y con sus gorjeos de alondra. Me enseñó una medallita de latón que pendía de un extremo de su justillo y un chismecillo negro en for-



ma de mano tosca, que me dijo ser una *figa* contra las *meigas*. En los antros de su bolsillo, y revuelto entre un aluvión de migajas de la borona, también traía un diente de ajo y un colmillo de cerdo, dotado de las mismas maravillosas virtudes. Después, me enseñó en un brazo un cardenal, originado por un torniscón de un mozo. Era una caricia lugareña. Luego jugó un momento con los colgarejos de mi leontina, me dió una palmadita en el pecho, dió un saltito, y, emprendiendo á correr como una gacela, se volvió en mitad de su viaje y lanzóme con su boca húmeda una sonrisa cariñosa. La ví desaparecer pisando follajes y retamas, llevando sobre su cabeza el canasto vacío, y aún me durara el éxtasis si no me arrancase de él la campana del establecimiento que anunciaba la hora de que fuésemos á tomar el agua los tísicos.

\*  
\* \*

Esta pícara vanidad de varón me impulsaba á la infamia de registrar á Matilda en mi *carpet* de hombre despreocupado. Inducíanme más á ello los celos: supe que la perseguía un médico del Ferrol, también pensionista tem-

poral del balneario, y sentía yo así como cierto orgullo en que Esculapio, como la serpiente de su vara, se mordiese la cola de rabia pura. Decidido!... aquella era una conquista fácil, casi hecha. No halagaba, es cierto, mi corazón, ni aún mi orgullo; pero satisfacía mi amor propio y hacía dulces ofertas á mi buen humor. ¡Cuánto habría de hacer reír en la mesa de la fonda cuando narrase las heroicidades de mi aventura campesina, adornando mi cuento con ribetes pastoriles que oliesen á tomillo y á zampoña!.., Luego, aquel maldito don José me azuzaba con sus mofas: *chico, jamás te creyera tan santo: si no estuviésemos en Julio, juraría que dejabas la capa!....* Insensiblemente se apoderaba de mi el ansia de lo pecaminoso, y no como una satisfacción á la carne, que nada pedía, sino como un homenaje á mi fatuidad, que chillaba mucho.

La pobre niña, confiaba en mí como en un hermano, ignorando que yo era un necio. Llevaba su sencillez al extremo de agasajarme con sus mimos, dando á su voz aquellas melosas inflexiones y á sus palabras aquellos diminutivos amorosos que me gustaban tanto. De día en día crecía su abandono, se me

entregaba por instantes, aumentaba en su alma la tendencia hacia mí; é indefensa, confiada, sola, me buscaba en los pinares, me acechaba tras los juncos, me sorprendía en las poéticas amanecidas del bosque y aprovechaba los anocheceres de la era ¿lo digo?... para darme un beso detrás de un barril roto. Entonces entrelazaba sus manos con mis manos, me enseñaba afanosa, y como para probarme su amor, un punto del ruin corsé que su corazón alzaba y deprimía por menudos intervalos, y estableciendo un paralelo estético entre el galeno ferrolano y yo, me decía que yo era *muy garridiño*..... *muy garridiño!*...

No, allí no había farsa. Era una inocente. Como esas flores que crecen entre las zarzas, mi Matilda me daba su perfume ingenuo, rudo, sencillo, montaraz, sin encontrar delito en sus espontaneidades hacia mí. Me amaba y me lo decía, sin preocuparse de las diferencias de su *cós* de estopa, á mi chaleco de blanco piqué almidonado... ¿Por qué juzgarla mala?... ¿Por qué abusar de la inocencia de la pobre niña?... ¿por qué no ver en ella la pureza del ánfora y si las emanaciones de la sentina?..... ¿Acaso no puede haber virtud en

el campo?... ¿Es la aldea el escenario de los candores, ó es el terreno en donde brotan los detritus de todas las promiscuidades?... Ah! con qué gran pena leía yo entonces la sublime *Bucólica* de la reina de nuestros escritores regionales, de la inimitable Emilia... pues sin aspirar á casarme con mi flor campestre, no incurriendo en delito de bigamia, era muy duro á mi corazón resultase romántico en mí, lo que yo juzgaba honesto en Matilda.

Me molestaba pensar que era objeto de una quimera de mi fantasía... Si aquel angel era una bribona, adiós mi leyenda!...

\*  
\* \*

—Maliciosilla!... ¿con que también polvos de arroz para agradarme?... Devuelve, hija, devuelve al buhonero su mercancía, que sientan mal en la frescura de tu tez los afeites del tocador. Deja las sartas de falso coral engarzadas en alambre negruzco, que afean tu lindo cuello de paloma blanca... ¿Lloras?... Tontuela, ¡si te lo agradezco con toda mi alma!; pero yo amo en tí la naturaleza con todas sus realidades, con todo su encanto

sencillo... ¿Qué prefieres ser para mí, una madre selva ó una flor de trapo?... ¿Ves como ya te ries?... Y la pobrecilla, al reirse, limpiaba con saña verdadera, hasta hacerse sangre, la velutina barata de que embadurnaba su rostro, y miraba para las puntas de sus pies para llamarme la atención sobre sus zapatos nuevos!

Pasaba esta escena en un extremo del jardín del hotel. Los huéspedes, en el patio, agrupados en torno de las mesas, deleitaban su tarde tomando café ó disputando sobre las legalidades de una *bola*. El tresillo invadía toda la línea, con sus altercados de mal gusto y con su tecnicismo insoportable. Abandoné los grupos de jugadores y corrí al jardín á reposar en dulce siesta. Quería estar solo.

Un banco rústico, si puede llamarse así á un haz de varetas pintadas de verde y aseguradas en fuerte armazón de hierro con escrupuloso paralelismo, me ofreció descanso y me quedé medio dormido. Sentía llegar á mí, en los sopores del semisueño, el aroma de la resina del pino, evaporada bajo los rayos de un sol ardiente. El follaje de la parra me daba grata sombra, y deleitaba mis sentidos el olor

á monte mezclado con las acideces del olor á mirto.

Me despertó una sensación extraña. Abri los ojos, y vi junto á mi á Matildiña, haciéndome cosquillas en la nariz con la punta de un papel.

Pasaba de entregar su vino, y, al mariposar por las veredas, le dió la idea de si andaría yo cercano.

—*¡Olfatécete!*. me dijo, abriendo mucho los ojos y envolviéndome en una sonrisa que le ponía en descubierto todo el coral de sus encías.

Después que la reprendí dulcemente por su coquetería, y que se limpió los polvos de su cara, se sentó sobre el musgo frente á mi banco, tan cerquita de mí, que le contaba una á una todas las pecas diminutas que se extendían por ambos lados del nacimiento de su nariz picaresca. El ritmo agitado de su corazón llegaba á mi oído. Estábamos solos. La pasión desbordaba de su pecho y se escapaba por sus ojos en llamaradas de ternura. Me afligía con sus pronósticos sobre mi ya próxima ausencia. Deshojaba una flor que tenía en la mano, y me decía, respirando fatigosa:  
—“Mira como quedará tu Matilda, cuando

tú te vayas. Pero siempre me acordaré de tí.,  
—¡Niña querida! ¡No, no!... conserva tu  
inocencia dentro del cerrado broche; duermine  
en tu apacible candor que no ha de ser mi  
mano la que rasgue ese velo rosado de tu pu-  
bertad adorable. Vete, Matilda, vete; aléjate  
de mi lado, hijita mía. Yo no te merezco...  
Vuela á tu nido y devuélvate su calor el jui-  
cio que te hice perder. No te beso, no, porque  
te mancillo... Escapa, Matilda, huyo... y que  
se rian después de mí esos necios del balnea-  
rio.....

\*  
\* \*

No he vuelto á ver á mi niña; pero en re-  
cuerdo de aquel día, grabé una fecha con la  
piedra de mi sortija en el respaldo del banco.

Allí estará aquella fecha elocuente, muda,  
sincera, anunciando los escrúpulos honrosos  
de un hombre de bien... por lo menos... hasta  
que pinten el banco de nuevo.

Braga 1835.









## UNA NOCHE-BUENA ABORDO

— ■ —  
RECUERDOS  
—

¡Pobre marino!... En el banquete de la vida sólo te cupo en suerte el agua.

Llega al mundo, fecunda en flores y en aromas, la dulce primavera, viste el campo sus más verdes y frescas galas; pintan el suelo fecundo las mimosas campanillas; pían de amor los pajarillos en la espesura de los bosques; y tú, expatriado en el proceloso elemento, en pugna constante con el misterio de tu existencia; tú, problema patente de la vida;

pobre paria de la familia humana, infeliz desterrado, hijastro de los continentes, ni orea tu sien el bálsamo del viento de la montaña, ni pisa tu pie el mullido cesped de la aldea, ni llena tu corazón de ansias la proximidad de una mujer querida. Más desgraciado que nadie, no tienes junto á ti á quien decirle tus amores. Esclavo del destino, tu vida es un recuerdo, recuerdo triste, más desconsolador cuanto más lejos se le contempla.

Sí; tu vida, querido hermano, es una ficción. Tu estás ahí, es cierto; tu planta hue-lla altiva esa tabla que un día, oloroso pino, acaso mezcló el rumor de sus hojas á las tier-nas declaraciones de dos amantes; tu cabello lo agita el viento de la tempestad; tu valor subyuga la ira de la encrespada ola; tu voz domina el trueno; tu corazón desafía y vence á la tormenta. Pero tu alma, tus recuerdos, tus ansias, están en otro lado. Tu alma está en aquella casita blanca que vislumbra á través de tu deseo. Tu alma está en aquel ni-do de amores que abandonaste un día, lleván-dote para abordo una bendición y un beso.

El beso, de tu mujer; la bendición, de tu madre.

Tu alma está, en este momento, al lado de

aquellas dos criaturas sonrosadas que juegan con un retrato. Es el tuyo. Los endiablados chiquillos se rien grandemente de verte con aquellas botazas, y uno con un alfiler te pincha los ojos en el cartón, y el otro con un lápiz tosco embadurna los bigotes de la fotografía. Dos mujeres alarmadas arrancan el retrato á los chicos, y la más vieja, al cojerlo, llora, y la más jóven—¡vaya si es guapa!—también lo coje y lo besa con ternura cuando la vieja no mira.

Ya sabes quienes son esas dos mujeres.

Mientras, allá dentro, se siente un ruido infernal de cacerolas. La chiquillería de la aldea invade la bodega de tu casa y con unas zambombas tosquisimas, improvisadas con un puchero viejo, ensordecen y piden *migallos*.

—Señora María... de hoy en un año y con salud, gritan las chiquillas, llevándose los delantales repletos de higos secos.

—Anda, anda..... *enchédeos, galopis*, que por la mar anda *quen ó gana*.

Suenan las zambombas con algazara del demonio, *rallando las tripas*; como dice tu madre, y los coros de chiquillos entonan un aguinaldo monótono, al son de la gaita que

toca el tío Pedro de arriba, á quien on-  
gatusaron al efecto los bullangueros mu-  
chachos.

\*  
\* \*

Es la noche del 24 de Diciembre de 187...

El Cantábrico ruge sordo é iracundo,  
cual si su enojado acento fuese una protesta  
contra la sangre de hermanos que viene á  
torrondes á enrojecer sus cristales. Negros  
crespones de funesto augurio entoldan el cie-  
lo. Preñada de negruras, avanza en serie con-  
tinua de erizados fantasmas la encrespada  
ola, que al batir la costa, se deshace en frag-  
mentos infinitos de maldiciones.

Un barco desarbolado se mira en aquel  
mar terrible, pronto á convertirse en tumba.  
Juguete de la mar el débil vaso, tan pronto  
sube al cielo en la cúspide de líquida mon-  
taña, como descende al abismo en la misma  
ola, que se encoge y achica para volver á  
crecer con saña. El viento ruge en los oben-  
ques, que faltan uno á uno. Rota la maniobra  
firme, por las oscilaciones continuadas del  
bajel, cae á cubierta con aterrador estrépito.  
El barómetro baja con desesperante indifo-

rencia. Las anclas garrean sobre el arenisco fondo; la costa cercana prepara sus despiadados picos para recibir en ellos al buque que naufraga; y á este cuadro de dolor ofrece un marco lívido la nieve que cae á copos, como brindando un sudario al infeliz navegante que se está perdiendo.

El casco se queja. Rechinan sus ligazones y sus baos; toca ya la quilla, imprimiendo feroces sacudidas que rompen las cadenas, y el bergantín se va sobre los bajos.

Aquellas desnudas breñas que velan con sus picachos sobre el mar, son la atalaya de la muerte. El pobre bergantín es cruelmente herido en sus pantoques; sus bombas no son suficientes á achicar el agua que hace por aquellos inmensos rumbos que le abrió el cuarzo en las entrañas de la obra viva. El tripulante, descalzo, mojado, roto, aférrase á las palancas de la bomba como á un último hilo de la existencia; pero, no hay remedio, hay que morir.

Solo la virgen del Carmen á quien rezan, perdida la esperanza, puede hacer un milagro.

Mas los milagros van escaseando tanto sobre las olas!...

¡Y llamarle Noche-Buena á eso!....

\*  
\* \*

Era inevitable!.. Desciende el buque con fúnebre armonía al fondo del avaro mar que le sepulta entre hirvientes torbellinos; las olas borran indiferentes aquel punto, un momento há habitado por el hombre; desaparece la inmensa espiral de espumas, único epitafio que consagró el Océano al absorbido leño, y.... allá lejos, en la casita blanca, en el hogar tranquilo del pobre marinero, dos ángeles rubios dan vueltas á la caja de turrón, que, para aquel día, envió el ausente que está perociendo, Se rien, manotean y disputan entre sí las etiquetas pintarrajeadas que envuelven la tapa. Mientras, dos mujeres, agitadas, sin duda, por presentimientos extraños y por esa zozobra en que se agita continuamente el corazón de la esposa del marino, lloran y rezan. Y, ¡oh prodigio de la sentida oración!..... *El* se ha salvado.

Enjuga tu llanto, buena madre. Sonriete, esposa tierna, y vuelvan á agraciarse tus mejillas esos dos lindos hoyuelos que matan de amor á tu marido. *El*, se ha salvado pensando en tí, y mira tú lo que es esa pícará cos-

---

tumbre del mar; en este momento sueña en el fondo del bote salvador, en que se quedó dormido, con un coy húmedo por almohada ¿qué creerás?... pues, que está á tu lado en el lecho, y que juntos oís tocar á misa de gallo en el campanario de vuestra aldea.

Alégrate, tontísima, que aun es tuyo, aun le tienes; pero no te aseguraré yo que escape de otra, aunque reces mucho.

En la mar, 1881.









## LA AVANZADA DEL PINAR



COSAS DE GALICIA (1)



Formando término á la dilatada carretera que se desarrolla como sedosa cinta, y á mano izquierda, sobre pelada roca, se descubre el castillo feudal, pavoroso y negro como vestigio que nos habla de tiempos ominosos; como nota trasplantada de un pentágono de sangre y de vergüenza; como retrato viviente

---

(1) Dedicada por el autor á su respetable y cariñoso amigo el Sr. Saralegui y Medina, quien le invitó á escribir esta tradición gallega.

de la sabiduría de un linaje; como encarnación fatídica de un yugo que ha pasado; como puño convulso que aún se crispa, mas no hiera. Nos presenta á la mirada sus aristas mal seguras; sus muros semi-derrumbados, en cuyas grietas crece el musgo; su almenaje carcomido, como dentadura que sucumbe; y sus saeteras, desportilladas y ciegas por la hiedra, tras las cuales, al balletero, sustituyó el lagarto.

Coronan el edificio, destejadas y ruinosas torres que vierten ladrillo á ladrillo sobre el pavimento su vetusto macizaje y dejan al aire, escuetas, las armazones de sus cimbras. Caen los ladrillos como lágrimas viejas de una edad borrada; y de rebote en rebote, á lo largo de los muros, aquellos augustos componentes de un signo de fuerza van á aumentar los escombros en que tanta grandeza se convierte.

El castillón formidable se yergue roto, pero altivo. El fantasma de clámide negra que alzó el despotismo, aun insulta con su dedo al pobre caserío que se extiende á sus pies. Aun la fantasía escucha, en torno, en la callada noche, el estridente ruido de la cadena, el timbre de la trompa, el grito del

sayón, el lamento del siervo, los impacientes gruñidos de la trahilla..... Aun el viajero que se acerca, tímido é irresoluto, á los dominios del coloso, ve en aquella silueta misteriosa que la luna agranda con su fulgor, algo sobrehumano que le inspira miedo. Siente notas extrañas en los guturales chillidos del ave nocturna, y quejas y lamentos, que no son otra cosa que los rumores del ramaje del pinar.

Un solo rayo de la luz del sol destruye el encanto; el día aleja la visión pavorosa, y lo que en lo oscuro fué sangriento torreón amenazante, es, ante el astro rey, un juguete que inspira risa.

Así, el progreso del mundo borró con desprecio esas guaridas del feudalismo, y hoy, entre las esplendideces de su arquitectura, sólo crece el moho que afloja paso á paso las uniones de las piedras.

\*  
\* \*

Hace ya de ello mucho tiempo.

Corren los turbulentos siglos de la Edad media, y lo que hoy es morada del buho, era entonces espléndida mansión señorial. El cas-

tillo que hoy amedrenta al transeunte, era emporio de poder, signo de vigor, talismán de una familia cuna de un apellido, matriz de una raza.... De sus enhiestos torreones brota el relámpago de la ira, de sus almenas pende el cordel de la servidumbre, de sus rastrillos se escapa el miedo.

Algo nuevo sucede en el antro.

Los amplios salones arden en luz, que se escapa por las caladas vidrieras de los ajimeces, y lucha, al salir, con las primeras tintas del alba que penetran hacia dentro. En la plaza de armas de la fortaleza, golpe de guerreros viste sus arneses de batalla. Las cotas despiden de sus bruñidos, débiles resplandores. Los penachos del pesado yelmo y las superficies del tosco capacete se matizan de menudas gotas que llevó allí la helada del amanecer.

Cruje el roble de la lanza en la callosa mano del guerrero que la blande en prueba, y en el arenisco suelo se ven huellas frescas del casco del potro que piafa.

La falange va á salir, y sólo espera á su señor.

\*  
\* \*

¡Qué hermosa está la castellana con sus ojos negros que lloran! .. ¡Cuán bello el grupo que forman aquellos brazos, flojos por el insomnio, entrelazados al noble y robusto cuello de su dueño y marido que se dispone á partir!

Bebe él en las pestañas de su amada la lágrima caliente, y aprieta ella contra su cuerpo de niña aquel otro cuerpo varonil, cubierto de herrajes, que le da frío. La armadura y la seda se confunden en un abrazo de amor, y el seno de acero recibe las palpitaciones que emanan del seno de carne á él unido. Los esposos se dicen sus últimos adioses, y terminan con besos de fuego. la melancólica balada, cuyas notas aun gimen tras los purpúreos cortinajes del cercano camarín... ¡Qué noche!... ¡Noche maldita que traerá al funesto día que se lleve á su esposo!... ¿Le volverá á ver?... ¿Volverá á hundir sus dedos, crispados de pasión, entre la crencha rubia de su adorado? ¿Volverá á galopar por aquellos caminos, al lado de su Alfonso, fustigando con su látigo los rostros de los pecheros agradecidos al señorial halago?...

—¡Alfonso, Alfonso mío, malditos sean tus pendones que te arrancan de tu nido y le

deshacen!... ¿Qué entiende de guerras el carriño?... ¿Qué sabe de glorias el corazón de una mujer enamorada?... Para mí, mi gloria eres tú y aquel ángel del cielo... ¡Mirale y bésale, Alfonso de mi alma!...

Y la afigida mujer señalaba un grupo tierno, formado por una nodriza y un niño mamando, en un ángulo oscuro del salón. Aproximóse el caballero al grupo, inclinó su rostro y besó con ternura de padre una cabeza de color de oro que destacaba en la penumbra, sobre el seno niveo de una mujer que también sollozaba. El niño, indiferente á todo, siguió tragando oleadas de vida, y pagó con un gruñido quejumbroso el momento de molestia.

Calzó sus guanteletes de malla el caballero, ciñó, ayudado por su esposa, los talabartes del espadón; encasquetóse el pesado yelmo, ornado de condal corona, y por el hueco de la visera, aun no calada, envió el último suspiro á la compañera de su vida y madre de su primogénito dormido.

Aquello era ya solamente una estatua de metal llorando por dentro.

\*  
\* \*

También la pobre nodriza plebeya, la triste Múnia, se quedó sola. También en aquel pecho villano deja un hueco el amor. Alvár se va con el Conde; el escudero fiel sigue como un perro á su amo.

Enlazada Múnia con el servidor leal, ha muy breve tiempo, ya inunda de nuevo sus párpados el llanto, cuando aun no terminó de llorar la rota ilusión de un primer hijo, esperado con vida y nacido muerto. El seno de la madre, defraudada en sus ensueños, ni aun se acercó á los débiles labios de su criatura, trasportada del vientre á la fosa. El jugo lacteo de la robusta criadora fué para el engendro de sus señores. La crisálida feudal comenzaba desde la cuna á utilizar á sus vasallos, chupando la leche de sus mujeres en espera de pedirles á ellos su sangre.

El niño, engordaba colgado del fecundo pezón, y en sus precoces llamaradas de cólera, mordía la sonrosada mucosa que le daba vida. Con sus puñitos de seda abofeteaba á la aldeana y ésta, como única venganza, le cambiaba de pecho.

¡Pobre Múnia!.. También ella tiene sentimientos; también su corazón acrecienta su ritmo al tener la mano de su marido, próxi-

mo á partir, entre las suyas. También ella, la misera, la esclava, llora. También hay ternezas en el alma de los siervos. También el ruido amor tiene sus poesías...

Alvár la mira embelesado; ahoga sus suspiros, y con el dorso de la mano oculta, como un crimen, una lágrima presa en sus pestañas. ¡Es una vergüenza para un hombre de armas el llorar!... Múnia le cerca con sus brazos por la cintura, le atrae á sí, y como no llega con su rostro al rostro del gigante, se encarama en las puntas de los pies y le muerde con delicia en el bronceado cuello. El buen hombre la coge entonces con nervioso ademán, la eleva hasta el nivel de su boca, cual si fuese una pluma, y la acaricia con ternura, depositando múltiples y locos besos en el hoyuelo de su barba. Al volverla al suelo, siente el son de la trompa que le congrega; crispa el puño, amenazando algo invisible, y huye...

Por los ferrados tablonés del puente levadizo se oye fragor de armas y pisadas de corceles.

Suenan los pífanos y ensordece el ruido del atambor.

Es la mesnada que se va.



\*  
\* \*

Pasó un año desde aquel triste día de la ausencia, y doña Aldonza la aristocrática dama, y Múnia, la nodriza, se comunican sus esperanzas y sus temores.

El niño crece, y por bajo la fina piel de sus mejillas, circula una sangre roja y ardiente que manifiesta salud y promete vigor. Ama mucho á su pobre aya, que le enseña la dulce lengua de los campos en sus primeros balbuceos; comparte con él su tazón de leche donde migó la borona, y corretéa á su lado por entre los trigos.

Alla lejos, á la cañada, por donde el azulado río pasa lamiendo guijas y conduciendo ramas, acuden Múnia y el niño, con frecuencia, á lavarse los pies. Chapuza la criatura, pateando en las ondas pacíficas del agua, y encuentra luego un gran placer en andar descalzo. Múnia le deja hacer porque le gusta robusto, y cuando el niño, después de larga permanencia caprichosa dentro del río, sale con sus pies cárdenos y entumecidos, ella se los seca, cogiéndolos entre sus manos, y lan-

zando luego sobre ellos el baho de su boca que les comunica grato calor. . . . .

Pero había de llegar un día infausto. Aquellas mismas ondas rizadas del idilio, se convertirán en lápida de duelo. El padre ausente no tornará á ver á su vástago. Los juegos de la linda criatura no han de ser delicia para el guerrero ausente.....

Ciérnese el primer soplo de la noche sobre la comarca. Los resplandores lejanos anuncian tormenta, y el cielo, de diáfano, conviértese poco á poco en densa madeja de negros algodones. Se inicia un trueno que percute en la cuenca del río como una voz que riñe, y las aguas alborotadas truecan en avalancha, que desborda, los inofensivos encajes de sus espumas. Huyen los pájaros á refugiarse en sus nidos y el viento silva por entre las breñas. Gruesas gotas de lluvia humillan las matas que en la ribera crecen, y al recibirlas también en sus hojas, algo murmuran incomprensible y extraño los vecinos maizales.

Múnia, sorprendida por la tempestad, no se mueve. Está aterrada. En aquellos salvajes sonidos del trueno que se acerca le hace

---

ver la superstición algo fatídico. Se santigua con frecuencia y aprieta mucho contra su pecho, envolviéndole en el picote de su saya, al niño que llora. A cada fulgor de un nuevo relámpago, que pasa de nube á nube, Múnia da un estrechón á su niño. Convulsa y desencajada, parece que quiere, para defenderlo, introducirlo dentro de su ser.

Y el río crece, con sonido ronco, como acechando una presa. Y el relámpago, al abrirse el cielo en un punto, parece un ojo inyectado que mira. Y el trueno simula un vozarrón de gigante que blasfema. La fantasía de Múnia, excitada por la noche que cerró ya del todo, no ve en aquello un fenómeno natural, sinó los resultados de un poderoso maleficio. Su faz se alarga con el miedo, sus dientes chocan y rechinan amenazando pulverizar la mandíbula que los sostiene, sus ojos se salen de las órbitas, su cabeza comienza á desvariar. Quiere levantarse, y no puede, quiere gritar, y la voz no brota de su pulmón congestionado. Mira con horror al río que se encarama por la tersa superficie del cantil y no huye. Está clavada á aquel montón de cuarzo en que se sienta....

De pronto, un trueno, mayor que todos, re-

vienta en su oído... Múnia se horroriza, abre los brazos, y el niño desde el regazo de la aterrada mujer, pasa rodando al fondo del río que ya le esperaba. Loca, despavorida, jadeante, extiende sus brazos como pidiendo su niño á la corriente que se lo lleva; pero la corriente se aleja á prisa culebreando, y conduciendo un dolor inmenso en sus negruras.

\*  
\* \*

No, no hay piedad... ¿Quién le habla de piedad al feudalismo?... La madre dolorida, será un juez de la que amamantó á su hijo, para después matarle. Desapareció la madre y surge la leona. La amiga de las viejas confianzas con Múnia, será ahora la cuchilla que la hiera. ¡Un hijo perdido! ¡La perpetuidad de un nombre acaso borrada por el estúpido terror de una villana! El Conde viene; ya llegó el buen Alvár, anticipándose, para traer buenas nuevas de su señor, y al abrazarse con su Múnia, huída desde la aciaga noche, leyó en sus ojos y oyó de sus labios la relación terrible de tanta desdicha. No, no habrá perdón; él conoce bien todos los resortes del alma de un caballero; el sabe de

memoria la leyenda de las venganzas; él aspiró allí en el castillo el vapor de la sangre fresca de las justicias... Un noble no perdona; el noble tiene el corazón, como su cuerpo, forrado de férrea corteza, que no permite el paso á las súplicas...

A aquella cabaña, donde huyó Múnia, buscando asilo, llegará en breve la representación de una majestad implacable; el sayón huroneará la guarida, y no ha de marcharse sin llevar en la mano una cabeza...

—Huyamos, Múnia mía... ¿pero adónde?... ¿Dónde marchar que el aterrador poder no nos sorprenda?... ¿Ves esas cresterías azules de la montaña que reciben del cielo un caudal de luz?... pues allí los sabuesos del Conde nos cazarán como á fieras...

Gente armada se aproxima. Ya los cuentos de las lanzas percuten en la débil puerta de la choza. Jerga brutal de gritos y de juramentos se oye. Ya están ahí. La puerta cae á los golpes, deshaciéndose en astillas, y el sayón repugnante, al entrar en el recinto, ve los esposos aterrados, defendiéndose mutuamente con sus cuerpos. La palabra perdón sueña; pero no se escucha, El hacha de acerado filo se apresta; el olor de la sangre, pronta á

correr, embriaga á aquella canalla miserable. Alvár desnuda su daga, decidido á vender cada la vida de su esposa... el acero vibra un momento en su diestra; pero el brazo se le cae y envaina de nuevo aquel instrumento inútil...

De pronto, una idea brota en su cerebro; llama á parte al sayón, le habla, discuten, triunfa, y por epílogo á aquella conversación tenebrosa y secreta, se ve pasar una bolsa de cuero, en cuyo interior timbra el oro, del seno de Alvár á la manaza del sayón, que la recibe y oculta con codicia...

El pacto está hecho y sellado: cabeza por cabeza...

Alvár reemplazará en el tajo á su mujer.

\*  
\* \*

Ya la cuerda de cáñamo liga las robustas muñecas del noble escudero. El tajo está listo y calzado con cuñas para conservarle la horizontalidad. La tropa se agrupa en semicírculo. El sayón sonríe y tienta, con disimulo, el sitio donde colocó la bolsa de monedas en el interior de su jubón.

Se acerca el momento. Alvár mira al techo

que le oculta el cielo azul como ofreciendo á Dios aquel sacrificio; junta los labios en actitud de besar á su mujer, que dentro gime y espera, y con movimiento enérgico, decisivo, se tiende y coloca el cuello descamisado sobre el tosco picadero. Alza el verdugo con potente ademán, el hacha corva, mantiénela un momento en el aire, y antes de descender y herir, ya Múnia, rápida como su pensamiento, frenética, lúgubre, está tendida al lado de su esposo, abrazada á él con salvaje vigor y reposando su blanco cuello sobre su misma brutal almohada. La acción fué inesperada y vertiginosa, sin un ademán, sin un sollozo, sin un grito.... Cuando el hacha, alzada un segundo, terminó su viaje, hizo, en vez de uno, dos asesinatos; tronchó dos gargantas unidas, y dos cabezas se desprendieron juntas rebotando por el pavimento y regándolo con el raudal de sangre que vertían sus carótidas. En aquellos cuatro ojos, aun abiertos, había ira, y el tronco de Alvár se agitó en movimientos nerviosos que no cesaron hasta que la mirada de su cabeza perdió el brillo, tomando el empañamiento de la muerte.

Formando linde á la dilatada carretera que

conduce al feudal castillo, se ve un pinar.

Antes de introducirse en la espesura que forma el conjunto del arbolado, hay dos pinos solos, unidos, que crecen paralelos y cuyas ramas se entrelazan unas á otras como manos que se estrechan con cariño. En el descascarado de sus cortezas, que dejan al descubierto pedazos de encarnado tronco, parecen verse heridas. Cuando la brisa de la noche llega con sus cadencias y con sus misterios, los pinos unen sus copas y, besándose en lo alto, cambian entre sí el aroma de sus resinas evaporadas. Desde lejos, y cuando la luna alumbra con su plateada luz, simulan aquellos árboles solitarios una pareja amante y selvática que se dió cita á la entrada del bosque. El viajero, que se acerca, se ve obligado á refrenar su caballo, que se asusta al ver aquellos dos pinos que se adelantan.

Preguntad á los aldeanos de la comárca, y os dirán que debajo de aquellos pinos están enterrados los restos de aquel buen escudero y de aquella robusta criadora.

Alvár y Múnia son *la avanzada del pinar*.

Ferrol, Marzo 1897.



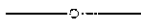




## TRAFALGAR



(En el álbum de la distinguida Srta. Rosa Topete)



El barco de vapor que pasa por aquellas aguas, oscureciendo el limpio cristal del cielo de Andalucía con sus penachos de humo, acaso hiere con su roda de metálicas trabazonas la misma estela de gloria que dejaron allí imperecedera nuestros viejos navios.

A oídos del viajero, llega, en las amorosas alas de la brisa salobre y húmeda, un eco de antigua y formidable pelea naval, y en las ondas que quedan por la popa azota-

das y convertidas en espuma por las hélices, parece que van gotas que asistieron á la proeza, é iris que fueron testigos del inmenso descalabro.

El navegante, al surcar las aguas del histórico cabo, siente ansiedades en su pecho, recuerdos venerandos en su mente, respeto en su corazón, y la gorra azul deja al descubierto la cabeza, y el labio murmura algo que no se sabe si es una plegaria ó un reto.

La fiereza del marino ve en aquel mar un panteón de su orgullo; y en el cabo, que silencioso vela en la calma de la noche como centinela negro del destino, ve un monumento perpetuo que señala el punto de partiba de una gran decadencia. El marino español, en aquellas crestas del granito, cree leer una fecha fatídica, y al dirigirles una visual por las pínulas de su instrumento, para lograr una situación en la carta, la mirada parte cólerica.

Yo también pasé por allí y sentí agitarse mi espíritu, presa de ignorados influjos. La pobre España mía apareció en mi imaginación, honrada, pero rota; poética, legendaria, sublime; pero manando sangre de sus hijos por sus venas desgarradas. Vi la Inglaterra

surgir como un inmenso egoísmo del fondo del mar, sin epopeyas de poema, pero envuelta en amplio manto de satisfacciones prácticas. Vi la lucha de este Quijote español perpetuo contra la esfinge de lo positivo; vi la pelea del sentimiento romancesco y la libra esterlina; de la organización y el acaso; del cálculo contra el valor, y oí los *hurrahs* de los vencedores, y el estertor de la agonía de los mártires.

Vi aquellos bosques de arboladuras inglesas, tremolando odiados pabellones; sentí el ruido horrísono de las piezas vomitando avalanchas de metralla homicida, vi flotar los destrozos de las humilladas naves y los palpitantes miembros rotos de los combatientes... y el mar pasaba bajo mis ojos teñido de sangre, y de la cesta se elevaban, en rojas tintas, celajes de triste augurio y de desdichas para mi patria.

Después ví las madres inglesas y españolas vestidas de luto; dudé si una página de oro en el libro de la historia será compensación bastante al sacrificio de una vida; oí el rumor poético de los plectros españoles ensalzando nuestras hazañas; no sé si admiré ó si compadecí al héroe, y bajé de la toldilla de

mi buque pensando qué cosa es la gloria militar.

Aquella inmensa hecatombe del año cinco, que cubrió de honra y laureles nuestras banderas, nos arrebató la flor de nuestros marineros é inundó de crespones negros los hogares de las costas. La madre, que vió partir á su hijo para la lucha titánica, recibió, en vez de un héroe, un cadáver; y la prometida, la bella y casta futura esposa, en cuyo oído percutía aún con delicia apasionado juramento, sintió, desgarrada por el rayo de la infame guerra, la balada de sus dulcesamores.

La gloria de TRAFALGAR fué amasada con lágrimas, con sangre, con supremos quebrantos, con amarguísimas consecuencias que aún se sienten. TRAFALGAR es una efeméride gloriosa; pero triste; es un laurel y un sauce, un timbre y una tumba; un recuerdo sublime y una sublime postración.

El sol de TRAFALGAR dió un beso de adiós á nuestro poderio, al ocultar su frente horrorizada en las sombras del crepúsculo. El sol del día siguiente ya no alumbró mas que soledades y grandes infortunios. A la luz de su lumbre vistió sus tocas la viuda y sollozaron desamparados muchos huérfanos.....

---

\*  
\* \*

Señorita: Sois hija de un valiente y pun-  
donoroso marino; quizá mañana seáis la es-  
posa de otro... Que nunca un sol de duelo en-  
nublezca esos serenos ojos, bañándolos en lá-  
grimas.....

Ferrol 1897.







## LOS ZAPATOS DE MATILDA



RECUERDOS DE CALDELAS DE TUY



En las treinta ó cuarenta familias que constituyen la aldea que se agrupa alrededor de la torre de la iglesia, apenas si á primera vista descubre el forastero que llega, sediento de salud, otra cosa que un patriarcalismo envidiable que trasporta la imaginación á aquellos tiempos bíblicos de tradición feliz. Asoman las casitas por entre el verdor del follaje, enseñando sus tejados rojo-oscueros á través de los pámpanos que suben acarician-

do las paredes, y en aquellas mansiones tranquilas de paz y de silencio sólo se escucha el balido de la oveja que trisca la hierba con su hociquito de coqueta desdeñosa y el mugido del buey que solicita de amores á la vaca del pesebre vecino, pegando una cornada en la tablazón de pino tosco que los separa.

El humo azulado sube al cielo por el cañón de la chimenea; la vieja hila en la rueca el negro copo de lana burda que ha de servir para tejer el picote; regresa el labrador de la agrícola faena, con su *sacho* al hombro, y lava el lino la moza fornida en el remanso de cristal, produciendo oleadas de espuma de jabón.

Ni pasiones alarman aquellos corazones puros, ni ambición hiere en aquellos espíritus tranquilos, ni la zozobra anida en aquellos pechos, ni envidias corroen el ánimo. Todo es cándido, pastoril, sencillo. Sólo falta Batilo con su flauta, entonando un aire de bosque, ó Anacreonte vertiendo imágenes de idilio perfumado.

Tranquilo está el río y trasparente la onda; paz disfruta la aldea; serenidad y dulce calma se bebe en las miradas de las labradoras; el pecho erguido respira con satisfacción,



y pisa seguro, sobre la resbaladiza retama del monte, el pie descalzo.

Las mocitas impúberes forman rueda, cogidas de las manos, y entonan en coro esos aires sentidos de nuestras montañas que atraen al párpado la lágrima de ternura. Mueven su cuerpo para marcar el ritmo de la canción, y balancean los toneletes, que dejan al descubierto sus piernecillas magras y curtidadas por la inclemencia de la intemperie.

Hinchan sus carótidas para gritar mucho, y aquellos rostros congestionados despiden de sí rayos de luz angelical. Terminada su canción con un chillido penetrante, mezcla de quejido y de alarma, con ese grito con que el primitivo montañés gallego debió de haber hecho el amor y la guerra, con sólo cambiar de inflexiones, se lanza el bando sobre la lluvia de monedas de cobre que arrojan los bañistas, y una morenita de cara de color de trigo, que apenas contará trece años, es siempre la heroína de la *rapañota*. Eleva al aire su brazo, en cuyo extremo luce la codiciada pieza, en señal de triunfo, y enjuga su frente sudorosa con la manga del jubón. Los mozos miran, apoyados en sus azadas del trabajo, los viejos dejan asomar al labio hon-

radotas sonrisas, y las rapazas mayores sujetan las impulsos que las atrae también hacia aquel tesoro que rueda por el césped!

También está allí Matilda, la gala del lugar, luciendo su dentadura de leche, que esmaltó la borona. Sonríe por entre el lacre encendido de sus encías, y me mira curiosa y extrañada, porque le han dicho que la *saque en papeles*.

Matilda, la honradota, la afable, la cariñosa, la que eleva la mirada cuando os mira, ocultando las niñas de sus ojos como una ninfa que duerme, y deja al descubierto todo el ópalo del globo blanco, acaba de ser la causa inocente de que este cielo de la aldea se enturbie. Ella, la mísera, arrojó sin saberlo la manzana de la discordia en este tranquilo paraiso. Está dando muchísimo que hablar. Cuando pasa con su faz inclinada al suelo, y como huída, las mozas cuchichean, los mozos se rien y la señalan, las viejas se santiguan, y hasta el carabinero de punto en la margen del río se la atreve con vocablos poco cultos é insinuaciones groseras que aprendió en los cuarteles de las guarniciones cuando militaba de soldado. La noticia partió del cuchitril del zapatero; esparcióla el

Nelo, el rapista, por el lugar; tomó cuerpo y color en el puesto de buhonera de la tía Barriga, y ya, dejando á un lado la cobardia del misterio, se propala franca, descubierta, abrumadora, corre de boca en boca, de círculo en círculo, de comadre en comadre; hizo como el ruido de un tren que se acerca, vago y confuso á distancia, estridente al pasar y detenerse entre agujas. La honra de Matilda está perdida, sin que nadie se la haya arrebatado. La calumnia aldeana cébase en la pobre inocente con esa insistencia y esa saña que lleva en si todo lo pigmeo; y el causante soy yo y unos zapatos que regalé á la infeliz, de lástima de verla con sus pies heridos por las guijas de la ribera.

Mis zapatos de señorito jamás levantaron tanto polvo. Estrechos de punta, aprietan á Matilda el ancho pie de montañesa, que apenas cabe dentro de la piel; pero le aprietan aún más en el corazón. Estos necios no comprenden que se pueda hacer un obsequio por el obsequio, sino á cambio de la honra, y confunden mi limosna con una dádiva egoísta. Un collar de brillantes ofrecido á una hermosa por arrogante caballero, ó un palacio encantado regalado á un genio por un

---

hada, no hubiesen producido tanto estruendo como mis zapatos de Caldelas. Cabildeos, conferencias, aquelarres, juntas, reuniones; en el hotel, en el estanco, en el monte, en la barquilla, en el fielato, en la estación,... por todos sitios se murmura de los zapatos de la pobre Matilda. Ese par de zapatos es el escándalo del día, la gran noticia de sensación, el asunto. Si se publicase periódico en Caldelas, hubiesen sido motivo de un artículo de fondo; si allí imperasen las estupideces del honor, esos zapatos me hubiesen proporcionado más de un duelo.

Matilda está tristísima, y llora. Las primeras espinas que hieren su vida, tranquila hasta hoy, la desconsuelan mucho su corazón de niña. Mira para sus pies, y ve en ellos algo lúgubre; algo de terrible anatema que la reconviene, algo de pronóstico que la empuja. Sueña en escaparse; ve abrirse á sus ojos un camino misterioso que la obliga, la incita y la asusta. Quiere huir á este clamoreo de befa que la acosa, y se le van los ojos tras los trenes que bajan para Vigo. La inconsideración idiota de la aldea, va, de una virgen, á hacer una mártir. Unos miserables zapatos, regalados en mal hora, van á añadir una escoria

al montón que recoge en la ciudad los rurales detritus...

¡Pobre Matilda!... mi afección te hizo desgraciada... Tienes mil razones, hija, esos zapatos te están comiendo por los pies. Quitálos, arrójaselos al Miño, y corretea descalza, que es preferible honra sin zapatos, que zapatos sin honra. La aldea tiene su buen sentido, y, aunque burda, te acaba de dar una lección. El mundo, así en el campo como en la ciudad, no perdona á los preferidos. Lo que quizá juzgamos interés, no sea más que envidia. Tú, zapatos, y descalzas las otras... no es tolerable. Tú, mimada, y olvidadas las demás... no es posible. ¿Sabes tú un medio seguro de hacer terminar el clamoreo que te ofende y te desprestigia?... Don José, el jefe de estación, me lo dijo. con esa filosofía que no se aprende en ningún libro:

—Desengáñese, don Joaquín; ó quítele á Matilda los zapatos, ó cómprele zapatos á todas.

Oporto, 1887.







## FRAISES AU JUS D'ORANGE

---

Yo había saboreado ya el perfumado fruto del frenal, adicionándole las cristalinas burbujas del *Champagne* espumoso. Me parecía aquel sabroso postre una mirada provocativa de *cocotte* ardiente.

Me había deleitado en polvorear con menudo y blanco azúcar el platito de fresas nadando en fresca nata, y el contacto de la cucharilla, que conducía á mis labios los menudos pomos de esencia, sentíalo como un beso de casta mujer enamorada.

El consorcio del *champagne* y la fresa lo juzgo una voluptuosidad; la unión de la fresa y la leche la encuentro una caricia.

Veo en lo primero carcajada; en lo segundo veo ternura.

Las *fresas al champagne* me recuerdan mi vida de soltero; las fresas en leche me hablan de la familia.

En aquéllas leo orgía, en éstas leo hogar.

Unas me excitan, otras me calman.

A las *fresas al champagne* se le componen wals; á las fresas en leche deben componérsele oraciones.

Las fresas con vino caro, eran los postres de aquellas que me brindaban pasión hasta enfriarse, condensados, los vapores de la orgía; las fresas en leche son los postres de mis hijos.

\*  
\* \*

Pero no conocía yo el postre de fresa empapada en jugo de naranja.

Se lo ví tomar por vez primera á una joven flaca y ojerosa. Las gotas pálidas caían sobre el rojo fruto, exprimidas por una manó convulsiva, y me parecía ver á las fresas agi-



tarse intranquilas sobre la tersa superficie del plato, al sentir el contacto extraño y desusado del ácido dentro de sus poros.

No comprendía yo bien una ligazón de efectos entre la esencia del naranjo y la esencia del fresal.

En la encarnación de aquellas dos sustancias, del alma de aquellos frutos, había, á mis ojos, algo incompatible, cual si se juntasen en un mismo pomo el dulzor de una sonrisa y la amargura de una lágrima.

Aquellos jugos creía yo que debían repeleerse.

No se explicaba mi mente hubiese allí amalgama posible, aun disimulada por el azúcar.

Y sin embargo, la joven ojerosa comía con delicia el extraño brevaje, que la obligaba á verificar pasajero mohín, cuando la punta de la cucharilla encontraba la punta de la lengua.

Yo comparaba á aquella niña á un funámbulo que pasa por una cuerda tirante, pudiendo pasar muy bien por otro camino más cómodo, y la miraba absorto, creándose un placer con la misma ausencia del placer.

Algo curioso vió en mi mirada, algo inqui-

sitivo en mi atención y algo de pregunta en mi rostro, que, encarándome el suyo, me dijo entre una sonrisa de sus labios, húmedos aun por la mezcla de ambos ácidos:

—Estoy educando el gusto.

\*  
\* \*

Era en el Funchal, en la isla de Madera, y era una inglesa viuda y nuevamente recién casada, que hacía su segundo viaje de novios, proporcionándome el capricho de establecer paralelos entre jugos extraños.

Desde aquel día, cuando veo comer fresas *au jus d'orange*, me acuerdo de las viudas que reinciden.

Y me pregunto si, á imitación de mi inglesa, tendrán también que educar el gusto.

Coruña, 1887.





# SATUS

LA NOVELA DE UN *Midshipman*

*Dedicada á mi querido amigo Isidoro Gimenez Quiros, primer  
Médico de Marina*

Llegamos á Vigo en la fragata de guerra —no me acuerdo ¡caramba! de su nombre— pero sí me acuerdo que el bajel era de vela, y que lo mandaba un distinguido Capitán de Navío que es hoy Contra, ó Vicealmirante, no estoy seguro. Aquel fragatón de madera, estaba precioso haciendo su entrada por entre las Cíes, con todo su trapo desplegado al viento; sus mayores, sus gaviás, sus alas, sus

velas de cuchillo, su mesana, y su bandera en el pico, y gallardete al tope que culebrea-ba, lanzando destellos de luz, al reverberar en él el sol de la tarde. Media población estaba en el muelle atenta al espectáculo, con la boca abierta al ver los *zig-zags* del buque que maniobraba para enfilarse al canal, y no salió de allí hasta mucho después de haber dado fondo. Lanzamos al agua las anclas, poniéndonos á la gira; largamos los tangones, arriamos los botes de los pescantes, se montó la guardia de puerto, se tocó á *tinto*, y ya encendidas las luces, y los oficiales hechos primores con su disfraz de señoritos civiles, poco tardamos en desembarcar y subir la empinada cuesta de la Gamboa, seguidos de las miradas de las muchachas que se reían al vernos tan morenos y tan descarados, y del clamoreo de los pilletes que se nos adicionaron tomándonos por ingleses y haciéndonos proposiciones, poco admisibles, á pesar de las veinticuatro singladuras que pusimos en el viaje desde Cádiz.

Yo no había estado nunca en Vigo, y me pareció—visto así por encima—un pueblo pobre, pequeño, sin vida, sin aspiraciones, sin movimiento, sin tráfico. Tan sólo en su bahía

existían unos cuantos cachuchos de cabotaje y dos ó tres vapores ingleses que venían á cargar ganado vacuno. Ni una mala plaza, ni una calle digna de ser llamada calle, ni un mal teatro, como no fuese aquel caserón inmundo al que daban acceso unas escalerillas toscas de piedra berroqueña y un océano de lodo gredoso que se subía hasta las corbas del pantalón. Vigo, decididamente era feo, y no merecía la pena de tragarse aquella *carne de pecho* que le da entrada, para encontrarse á la postre, una vez arriba, con una sociedad de pollos cargantes, docena y media de timbistas en el Casino, la confitería de Pepe en la plaza, á la que llamaban la *Puerta del Sol*, sin duda por escarnio, los vigueses, y una compañía dramática en el teatro, restos mal unidos de algo que había sido regular, y cuyos actores y actrices se estaban muriendo de hambre, como suena. (1)

Los oficiales, y yo—que no lo era aún—encontramos cómodo y distraído frecuentar la amistad de aquellos destrozos del arte

---

(1) El autor se complace en reconocer que el Vigo de hoy no es el Vigo de hace 20 años, que pinta. Hoy es una población culta, comercial, industrial y una de las más importantes de Galicia en todo.

escénico, que ya no languidecían, sino que estaban anémicos por completo, á fuerza de decir versos cálidos y de no comer caliente.

El primer actor tenía empeñados sus baúles, llenos de indumentaria teatral heroica y del tiempo; el galán cómico, ahito de hacer reir á las paredes del coliseo, se había dedicado al *sable*, con ciertos resultados, y las damas, que paraban en la posada de Mendiola—cuyo Mendiola, además de posadero, era *racionista* en el teatro, y recuerdo que accionaba como si le tirasen de un hilo—las damas, vuelvo á decir, estaban de tan mal pelaje, que Satus, la pobre y simpática Satus, llegó á salir á la calle con chanclos de goma ;en Agosto! por no tener con que adquirir unas botinas.

Eso, es puramente histórico.

Me daba lástima ver aquella graciosa morena, en cuyos ojos grandes, negros y expresivos jugueteaban las caricias, en situación tan precaria y aflictiva, con su trajecillo escocés de cuadritos verdes muy ajados, y sus zapatos que se reían á carcajadas. Yo la protegí como pude, haciendo rodeos para evitarla el bochorno de admitir mis auxilios, y aun recuerdo que llevé el heroísmo hasta com-

prarle botas, á despecho de las mías que se empezaban también á reír, obligándome á disimularles el buen humor, con tinta china.

La dorada buena sociedad viguesa—*todo Vigo*, diré con más exactitud—estaba escandalizado de ver á los marinos estrechamente unidos con las *cómicas*; y la pollería, en sus círculos íntimos, nos arrancaba tiras de pellejo, y nos *cortaba unos trajes...* que era lástima no pudiesen servir de regalo para aquellas infelices, que bien necesitadas andaban de ellos.

Satus y yo, de la categoría de protector y protegida, llevados por el embeleso de la juventud que se atrae, saltamos sin pensarlo, ni darnos de ello cuenta, á la categoría más dulce é íntima de amante y amada.

Era ella mi primera pasión; era la realidad de ese sueño de adolescente que todo muchacho alberga dentro de su alma; era mi fábula, mi balada, mi poema, hechos carne; carne palpitante y ardorosa, carne que suspira y sonríe, carne que se extremece de pasión, carne que ama. Jamás música más armoniosa escucharon mis oídos, que los dulces susurros de mi Satus, diciéndome en grato secreteo frases de amor. Ella apoyaba

su mano morena en mi hombro, y yo juguetaba con su cabello rizo y cortado á estilo de niña, cuyas sedas contaba una á una. Sus cartas, eran para mí la más interesante lectura. No las abría de pronto al recibirlas, no; conservábalas sobre mi pecho y dilataba aquella dicha hasta encontrarme solo en el camarote. Una vez allí, las leía, las releía, las aspiraba, me las asimilaba, me perdía gozoso en el dédalo de sus giros tiernos, me las aprendía de memoria...

¡Cosas de los dieciocho años!

Por entonces, coqueteaba conmigo una preciosa inglesa rubia, Miss Pekhin, sobrina del capitán de un vapor inglés que estaba en bahía, cargando bueyes para conducir á Liverpool. La lánguida Miss no soltaba los gemelos de la mano, siempre fija en el puente de su vapor, y yo por mi parte, no soltaba el anteojo de batayola, clavado como un poste en la toldilla de mi vieja fragata. Aquellas dos visuales que nos dirigíamos el uno al otro, al través de las lentes, eran dos líneas elocuentísimas que decían, apesar de su mudéz, que nos gustábamos mucho. La fría hija de la nebulosa Albión se la sacrifiqué á Satus, toda entera; vean ustedes, si la quería.



Sin embargo, nuestro amor era idílico, era puramente platónico, casto é inocente. Era el cariño de dos almas que se funden en un solo sentimiento; era una pasión de niños, blanca é inmaculada como las alas de un Espíritu Santo. Mi dignidad de protector de aquella joven, no me permitía, por otro lado, llegar á un abuso que pareciese una imposición; no me permitía pedir nada que pudiera hacer creer que reclamaba el pago de mis favores. Mis dieciocho años me hacían generoso, y—lo confesaré—me hacía generoso también el rubor que se apoderaba de mí, cuando cierta clase de ideas carnales me danzaban en la mente. Sólo al pensar que aquella mujer, con aquellos ojos tan dulces y tan enamorados, pudiera ser mía, me volaba de vergüenza. Antes me hubiose muerto que cogerla una mano, una sola mano, con mal fin.

Satus veía así correr con delicia nuestro tiempo, sumergidos en la atmósfera de lo ideal; escuchaba complaciente mis desahogos poéticos, que se significaban más, haciéndose cursis, á la luz de la luna; pero cuando me ponía excesivamente bucólico, me disparaba, por entre la grana de sus labios, unas sonri-

sas, entre piadosas y picarescas, que yo no sabía interpretar entonces.

Un día, viendo unos mocetones que escataban una cucaña, sin poder traspasar la mitad del mástil ensebado, desde donde volvían á deslizarse á tierra, me dijo muerta de risa:

—Mira; se parecen á ti....

Veinte años tuvieron que trascurrir para que yo diese con la interpretación de aquella frase.

Pero ¡ah! una noche..... corazón mío, cuanto latiste!.... Era el tesoro inesperado, la antigua acariciada ilusión que se convertía en hecho; pero en hecho verdadero, material, tangible, que avasallaba todos los rubores, disipando la escarlata de las pueriles vergüenzas del adolescente.

Ella á mi lado, yo enfermo, mojado hasta la piel por la lluvia y los golpes de mar de la alborotada bahía. Mi dulce enfermera me tomaba el pulso y me auscultaba con interés el corazón que se desbordaba en oleadas de sangre, latiendo por ella. Sentía yo á mi lado el tibio calor de su piel; escuchaba detrás de su corsé el martilleo de su pecho; me olía, no á mujer, á cielo azul diáfano, á flores de encañ-

---

tado huerto, á lo que le huele al náufrago el pino húmedo, cuando logra asirse de una tabla.

Era la alta noche y estábamos solos, juntitos, callados, comprendiéndonos con el ansia de las respiraciones confundidas, y con las miradas de nuestros ojos que se decían miles de ternezas. Sobre la vecina consola, un cabo de vela, próximo á agotarse, daba al aire sus últimos alientos de luz. Ella y yo mirábamos el oleoso fragmento, que chisporroteaba, ya casi ahogado en la estearina derretida del cubo del candelero, y nos interrogábamos después con ansiedades... ¿Cuándo daría el último suspiro aquel testigo inoportuno? ¿Cuándo acabaría de apagarse aquella luz indiscreta?...

. . . . .  
. . . . .  
¡Ah!... por fin, la vela se apagó, y la bella Satus no siguió comparándome á los mocetones que subían á la cucaña...

\*  
\* \*

El epilogo de este cuento es, que al aparecer al día siguiente á bordo, con la faz con-

---

fusa y la conciencia alborotada, el digno Capitán de navio que mandaba el barco y que es hoy Contra ó Vice almirante—no estoy seguro—me arrestó cruelmente por quince días.

¡Si él supiera el poema de amor que truncaba aquella orden!

¡Si él pudiera comprender cómo me apretaba el corazón al separarme de mi Satus!

¡Si él hubiese tenido dieciocho años!...

Ferrol, Mayo del 88.



---

---

## ÍNDICE

—■—

|  | <u>Páginas.</u> |
|--|-----------------|
| <i>Prólogo..</i> . . . . .                           | v               |
| <i>Dos palabras al que leyere.</i> . . . . .         | 19              |
| <i>Sabela.</i> . . . . .                             | 21              |
| <i>Un legajito.</i> . . . . .                        | 29              |
| <i>Ora pro novis.</i> . . . . .                      | 47              |
| <i>Serina.</i> . . . . .                             | 67              |
| <i>Al piano.</i> . . . . .                           | 75              |
| <i>C. L..</i> . . . . .                              | 81              |
| <i>En el tronco de la hélice.</i> . . . . .          | 95              |
| <i>Mugardos.</i> . . . . .                           | 117             |
| <i>Un episodio de la guerra de Egipto.</i> . . . . . | 127             |
| <i>La Noche-buena de un niño.</i> . . . . .          | 137             |
| <i>Entre patios.</i> . . . . .                       | 143             |
| <i>En los malecones.</i> . . . . .                   | 149             |

## ÍNDICE

---

---

|                                  |     |
|----------------------------------|-----|
| <i>El nicho número 13.</i>       | 163 |
| <i>Galicia en Africa.</i>        | 171 |
| <i>Ataque de torpederos.</i>     | 179 |
| <i>El baile de las estatuas.</i> | 189 |
| <i>Matilda.</i>                  | 203 |
| <i>Una Noche-buena á bordo.</i>  | 215 |
| <i>La avanzada del pinar.</i>    | 223 |
| <i>Trafalgar.</i>                | 239 |
| <i>Los zapatos de Matilda.</i>   | 245 |
| <i>Fraises au jus d'orange.</i>  | 253 |
| <i>Satus.</i>                    | 257 |

## ERRATAS NOTABLES

| Páginas | Lineas.         | DICE             | DEBE DECIR     |
|---------|-----------------|------------------|----------------|
| x       | 7               | <i>masière</i>   | <i>manière</i> |
| “       | 12              | afluyente        | afluente       |
| 90      | 6               | <i>dispepsia</i> | <i>dispnea</i> |
| 209     | 18              | mc               | me             |
| 224     | 1. <sup>a</sup> | sabiduría        | soberbia       |
| 227     | 7               | ameda            | amada          |
| 248     | 2               | las impulsos     | los impulsos   |
| 255     | 5               | efectos          | afectos        |











*El precio de este libro es el de 2 pesetas para los señores suscriptores á la BIBLIOTECA GALLEGA, y el de 3 para los que no lo son. Remitiendo 60 céntimos más, se envía certificado.*

*Los pedidos deberán dirigirse á D. ANDRÉS MARTÍNEZ, Luchana 16. LA CORUÑA; acompañando su importe en libranza del Giro mutuo, letra de fácil cobro ó sellos de franqueo, certificando la carta en este último caso.*

#### OBRAS PUBLICADAS

**Los Precursores**, por M. Murguía.

**Aires d'a miña terra**, por M. Curros: tercera edición.

**El idioma gallego**, por Antonio de la Iglesia; tres tomos.

**Soazes d'un vello**, por Benito Losada.

**Queixumes dos pinos**, por E. Pondal.

**Historia crítica de la literatura gallega**, por Augusto G. Besada: volúmenes I y II.

**Varones ilustres de Galicia**, por José Parodiñas.

**Romancero de Galicia**, por V. Novo y García.

**Elogio del P. M. Feijóo**, por Marcelo Macías y García.

**La campaña de Ultramar**, (novelas), por Aurelio Ribalta.

**La propiedad foral en Galicia**, por Eduardo Vincenti.

#### EN PRENSA

**Poesías selectas**, por D. José María Posada.